

izquierda nacional

LN

Agosto de 1971

15

LOS TUPAMAROS
POR LA
NACION
LATINOAMERICANA

MANIFIESTO DEL
PSIN AL
PUEBLO
ARGENTINO

ROSISMO Y
MITRISMO; DOS
ALAS DE UN
MISMO PARTIDO

por Manuel
Cruz Tamayo

CARTAS POLEMICAS

CINE, HISTORIA,
FALSIFICACION

por Enrique Valverde

HOMENAJE A
TROTSKY

por Isaac Deutscher

EN EL 31 ANIVERSARIO
DE SU ASESINATO POR
UN AGENTE STALINISTA



AL CORRER
DEL MES

LECTURAS
CRITICAS

Ediciones de la Izquierda Nacional

Clase Obrera y Poder. Tesis política del Partido Socialista de la Izquierda Nacional aprobada por el III Congreso de 1964. En esta tesis se exponen los lineamientos fundamentales de la sociedad argentina, las fuerzas motrices de su revolución y las tareas que esta revolución deberá resolver para dar a los argentinos la plena soberanía de su existencia económica, política y espiritual en el marco de una sociedad igualitaria en marcha hacia el socialismo \$ 1,50

¿Qué es la Izquierda Nacional? Por José Luis Madariaga. Util librito que expone, con el método de preguntas y respuestas, en un lenguaje claro y didáctico los interrogantes fundamentales que formula la situación argentina: por ej. ¿Qué es el Imperialismo?; ¿Qué es la Oligarquía? ¿Qué es el Peronismo? ¿Qué fue la Revolución Rusa?, etc. \$ 3,50

Pedidos a Casilla de Correo 323,
Correo Central, Bs. As.

Por agotarse la 2ª edición.

Historia de la Nación Latinoamericana

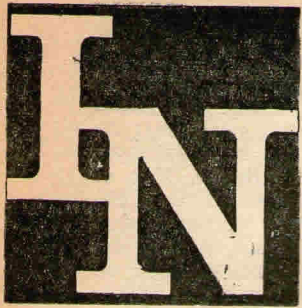
por Jorge Abelardo Ramos

Una historia completa de América Latina, desde el pasado precolombino hasta la Cuba socialista de Fidel Castro, en la que explica la razón de la balcanización de la Patria Grande, el poder bolivariano y sanmartiniano, su caída y la aparición de los movimientos nacionales y populares del siglo XX en la tierra devastada por la intrusión extranjera. Es, al mismo tiempo, una aplicación del método marxista a la interpretación de periodos no bien comprendidos, como las Misiones Jesuíticas, la personalidad del Dr. Francia, la sociedad chilena, el enigma del Brasil, etc. El ejemplar de 620 pág. \$ 21,50
Pedidos a Ediciones del Mar Dulce,
Casilla de Correo 5027, Correo Central, Bs. As.

IN

DIRECTOR: JORGE ABELARDO RAMOS -
SECRETARIA DE REDACCION: HERMINIA DENOT - **ADMINISTRADOR:** ERNESTO ROMERO - **ORGANO TEORICO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL DE LA ARGENTINA - APARECE MENSUALMENTE - COLABORADORES:** JORGE ENEA SPILIMBERGO - BLAS M. ALBERTI - ALBERTO GUERBEROFF - NORBERTO GALLI - MARIO BERNICH - ARTURO ARROYO - GREGORIO ABELARDO CARO FIGUEROA - MANUEL CRUZ TAMAYO - LUCIA SOLIS - ANA MARIA GACOSA - **CORRESPONDENCIA:** CASILLA DE CORREO 323, CORREO CENTRAL, BUENOS AIRES, ARGENTINA - Agentes y Corresponsales en México, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú, Chile, Uruguay y Brasil - Precio del ejemplar en América Latina: u\$s 0,75 dólar - En Argentina \$ 3,00 ley 18.188.





BUENOS AIRES

SUMARIO

AGOSTO

AL CORRER DEL MES	2
<hr/>	
MANIFIESTO DE LA IZQUIERDA NACIONAL AL PUEBLO ARGENTINO	
Texto completo	5
<hr/>	
LOS TUPAMAROS POR LA NACION LATINOAMERICANA	11
<hr/>	
ROSISMO Y MITRISMO: DOS ALAS DEL MISMO PARTIDO	
Por Manuel Cruz Tamayo	14
<hr/>	
HOMENAJE A TROTSKY	
Por Isaac Deutscher	21
<hr/>	
CINE, HISTORIA, FALSIFICACION	
Por Enrique Valverde	36
<hr/>	
CARTAS	
Polémica entre Benito Marianetti y Marcelo Palero	40
<hr/>	
LECTURAS CRITICAS	46
<hr/>	



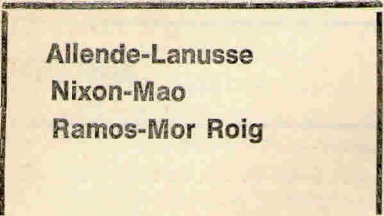
**AL CORRER
DEL MES**



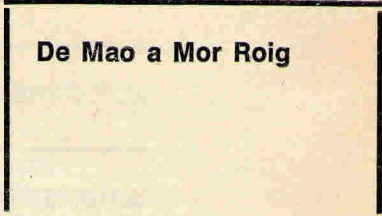
**Notas
Observaciones
Dichos y hechos**

ción entre las sectas y grupitos de la izquierda cipaya. Procederemos con orden.

Los llamados "pro-chinos" se han quedado aletados: la historia es para ellos una cruel caja de sorpresas. Por un lado, Lanusse se abraza con Allende. Por el otro, Mao recibe en Pekín a Nixon. Estos ultras verbales, que hasta rechazan que el jefe del movimiento nacional popular de la Argentina dialogue con el jefe del ejército, se ven obligados a aceptar que el gran Mao estreche la mano al asesino de Vietnam. Pero es así y solo tontos de capirote podrían reprochar nada a Mao, que hace lo que debe hacer: cuando puede lucha y cuando debe, habla. Pero el stalinismo rusófilo les gana de mano. Merece un comentario especial.



**Allende-Lanusse
Nixon-Mao
Ramos-Mor Roig**



De Mao a Mor Roig

El stalinismo se supera cada día: aunque no les guste a sus jóvenes "disidentes" (desde los tiempos del grupo Portantiero hasta los actuales llamados "comunistas revolucionarios") es preciso admitir que el reumático y opulento PC codovillista es el verdadero maestro de todos ellos. Con el mismo espíritu de justicia agreguemos que, a su vez, Codovilla, Ghioldi y congéneres proceden en línea directa de Juan B. Justo, aquel librecambista y mitrista que declaraba a la Argentina, lisa y llanamente "una nación capitalista" y en consecuencia, un territorio donde debían oponerse tan solo "obreros y burgueses".

Semejante servilismo europeo, que Juan B. Justo extraía de su admiración por la Inglaterra victoriana, con sus abstemios, sufragistas de rodete, laboristas luteranos y gerentes prácticos, se trocó a partir de la escisión comunista de 1913 en una rusofilia que ha resistido el paso de las edades. Después del 30, esta rusofilia adquirió un matiz siniestro, con el poder absoluto de Stalin y las descargas de los fusilamientos. Cada paso de la diplomacia soviética era seguido con devota admiración por el PC. Ahora, las desinteligencias con China los ha vuelto antichinos, docilidad no menos tragicómica que la adoptada por unos seres extraños llamados, a su turno, "pro-chinos".

Ambos grupos demuestran ser incapaces de poseer una política

propia, independiente de los problemas que preocupan a los Estados soviéticos y a sus respectivas burocracias o direcciones. Son los Borges y Victoria Ocampo de la izquierda, los Krieger Vasena del "marxismo" vernáculo, los cipayos de la revolución declamada. En lugar de examinar los problemas de China, Estados Unidos o Nueva Zelandia desde el punto de vista de los intereses de la revolución argentina (como hace Mao con el resto del mundo) examinan a la Argentina con los ojos de Moscú, La Habana, Pekín o Belgrado. Ahora se dice que también hay muchachos de la Calle Corrientes a quienes gusta Tirana y se solazan en la misteriosa doctrina albanesa.

Nuestros lectores más sutiles podrán regodearse, si lo desean, con la noticia de que hasta hay jóvenes porteños que declaran su éxtasis por Kim-Il-Sun (o como se llame), teórico y ministro de Corea del Norte. Con estos neocoreanos los "docks" de la izquierda portuaria están ya de bote en bote. Habrá que mejorar la estiba si vienen nuevas remesas de las tiendas de ultramarinos.

Lo dicho anteriormente no significa que es preciso romper con el internacionalismo proletario de Lenin, que Stalin y sus sucesores han mancillado e infamado. Nada que pueda ser útil a la revolución nacional y social de los argentinos puede constituir una traición a los intereses del proletariado latinoamericano o mundial. Por el contrario, cada triunfo de una revolución nacional o social consolida el frente internacional de los pueblos oprimidos y ayuda a la confianza en sí misma de la clase obrera mundial. A propósito de la anunciada visita de Nixon a Pekín, se ha producido una especie de conmo-

La Federación Juvenil Comunista, que inspira el adolescente Ernesto Giúdice, acaba de publicar un manifiesto en Córdoba titulado "El poder nace del ping-pong" dirigido simultáneamente contra Mao-Tse Tung y contra el compañero Jorge Abelardo Ramos. Tanto la compañía como los comunes adversarios, no nos disgustan.

El manifiesto pone de relieve lo que en realidad es el Partido Comunista de la Argentina y la razón por la cual merecen el calificativo de "cipayos soviéticos", así como Borges es un "cipayo inglés". Los cipayos soviéticos consideran completamente natural que Krushchev o Breshnev conversen con Kennedy o Johnson y establezcan lo que ellos llaman "la coexistencia pacífica". Pero lo que admiten para sus amos, lo rechazan para cualquier gobernante argentino. Al fin y al cabo, somos un país de pobres diablos perdidos en el Atlántico Sur e incomparable con el Estado superpolicial de los cohetes y los astronautas, que tiene derecho a dialogar con la fortaleza del imperialismo y hasta retroceder frente a ella, como en ocasión de la crisis del Caribe, en 1962. Pero cuando un presidente argentino, sea Perón, con el petróleo, o Frondizi, en la conferencia de Punta del Este, negocia, cede o simplemente conversa con los representantes del imperialismo, lo califican de "traidor". Estos mucamos se parecen como una gota de

agua a otra a los cipayos del Barrio Norte, que también piensan que la Casa Blanca puede hacer negocios con los rusos, pero que califican de "comunista" o "extremista" a cualquier presidente argentino que intente hacer lo propio. Lo que las grandes potencias hacen (E.E.U.U. o la U.R.S.S.) les está vedado hacerlo a los países de última categoría (Argentina). Esta actitud ha sido compartida por igual por cipayos de izquierda, cipayos de derecha y cipayos del Ejército, en muchas ocasiones.

Ahora, el viraje que las circunstancias imponen a Estados Unidos y China, desata las furias del stalinismo de nuestro país. En el manifiesto aludido los stalinistas afirman que la política de Mao llevaría "a China coincidiendo objetivamente con el imperialismo yanqui". Estos pequeñuelos de Codovilla agregan: "El viaje de Nixon a China viene a ser algo así como el "Gran Acuerdo Nacional" en el plano de la política internacional. Es el "Gran Acuerdo Antisoviético" para ayudar a salir del pantano vietnamita al genocida Nixon. Mao cumple una faena parecida a la de ciertos "izquierdistas nacionales" que tenemos por aquí, que como Abelardo Ramos se entrevistan con Mor Roig". La referencia al Secretario General de nuestro Partido no dice esto: exigir al gobierno la amnistía inmediata para los presos y acusados de terrorismo y guerrillas quiere decir lo mismo, en otros planos y circunstancias, que negociar con una patronal un convenio de salarios, o tratar con el enemigo de clase una tregua en una guerra civil. Pero lo que hacen los amos, en su país, es muy distinto de lo que deben hacer los lacayos en su propio país. Tal es la regla de conducta que siguen con una fidelidad perruna los stalinistas de la Argentina, maestros, mal que les pese a todos ellos, de los ultraizquierdistas que vociferan en las lecherías.

Amnesias

El jefe de redacción de la revista "Confirmado", que está muy bien enterada de lo que ocurre en la Casa de Gobierno, es Rodolfo Pandolfi, antiguo joven socialista. Ahora sufre de amnesia. Escribe lo siguiente: "No fue casual que todo el pen-

samiento izquierdista, revolucionario, progresista, haya sido opositor neto y declarado al gobierno de Juan Perón entre 1946 y 1955". Hay un pequeño error en ese juicio: y es que ni el partido Socialista, ni el partido Comunista ni otros "izquierdistas" semejantes, eran "progresistas", ni "revolucionarios". ¡De otro modo no hubieran apoyado a Braden en 1946! Pero hubo sí, una corriente revolucionaria, socialista y nacional, que expresó su posición en la época y que Pandolfi conoce muy bien: es la corriente que a partir del periódico "Frente Obrero" y la revista "Octubre", confluyó a través de un rico proceso ideológico, por otra parte público, a la formación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional.

Exportación de capitales

El 15 de julio el Ministro de Hacienda y Finanzas, Juan A. Quilici, pronunció un discurso en la Bolsa de Comercio, donde afirmó que los capitales argentinos en el exterior alcanzaban a un monto calculado en 8.000 millones de dólares. El Ministro se propone estimular su repatriación, mediante la generosa medida de blanquear el carácter ilegal de su origen y emigración, emitiendo bonos cotizables en dólares, que serían beneficiados con un interés anual del 9 por ciento. Este premio al delito proviene de un gobierno militar que usurpó el poder en 1966 y de un régimen político que derribó al peronismo en 1955 con el objeto de introducir el orden, el imperio de la ley y la racionalidad económica. El desparpajo del Ministro es equivalente a la naturaleza del gobierno de que forma parte. A esto se agrega la inaudita medida adoptada por el Banco de la Nación (Argentina) otorgando un crédito de 3.200 millones de pesos viejos a la Deltec International, con el permiso del Banco Central. El Presidente de este último Banco es el Dr. Gruneisen, que a su vez es director de la Casa Piano, agencia de cambios, clausurada una media docena de veces por varios gobier-

nos por especular en divisas. Han puesto al tiburón como guardián de las sardinas. ¡Cómo para no hacer un préstamo a la Deltec!

Nuestro país se ha convertido en el puerto franco del banditaje financiero internacional. Para rendirle justicia a este gobierno, esto no ocurre desde 1966, sino desde 1955, lo que constituye una valoración objetiva del gobierno de Perón.

Es preciso recordar que no hay posibilidad alguna de que los frutos del trabajo nacional permanezcan en el país para beneficio de todos los argentinos sin controles cambiarios estrictos como los que aplicó el peronismo en su época o aplica hoy el gobierno de Salvador Allende en Chile. En una nota publicada en "La Opinión" el 21 de julio, Carlos Vaisman denunciaba que gran parte de esos capitales emigrados pertenecen a los sectores ganaderos. Agrega en su denuncia que en 1967 la Dirección General Impositiva ordenó una investigación en solo 250 establecimientos de campo del sur de Buenos Aires que permitió descubrir una evasión de impuestos de unos 1.000 millones de pesos viejos. En esa oportunidad la Sociedad Rural Argentina pidió al Secretario de Hacienda que no se diera a publicidad el resultado de tales investigaciones para no dañar "la imagen", como dicen ahora los cnantapufis, de ese grupo parasitario. También dice Vaisman que la investigación fue enterrada.

A la luz de estos hechos monstruosos, que solo muestran una pequeña parte de la realidad fraudulenta de las clases dominantes, es fácil comprender porque sólo un gobierno obrero y popular, únicamente el socialismo, pondrá fin a este drenaje de las riquezas producidas por los trabajadores argentinos.

Opinan los guerrilleros del Perú

El dirigente de las guerrillas peruanas, Héctor Béjar e Ismael Frías, Secretario de la Liga Socialista Revolucionaria del Perú,

y asimismo antiguo miembro del MIR que combatió con Luis de la Puente Uceda en las montañas de su país, expresaron su apoyo a las medidas revolucionarias adoptadas por el gobierno militar. Béjar declaró: "Hay un sector de izquierda ululante, incapaz de comprender las posibilidades revolucionarias del proceso peruano y que más parece irritado porque le han quitado la oportunidad de protagonizar la revolución...son los mismos que cuando estuvimos alzados en las sierras se quedaron en las ciudades discutiendo en tono fiero... como ahora". En todas partes se cuecen habas.

Sindicalismo y ultraizquierdismo

El dirigente Flores, del Sitrac de Córdoba, que se encuentra actualmente detenido, en un texto del que se hace eco la prensa burguesa, declaró que es preferible tener un mal convenio, si se tiene una buena dirección (revolucionaria).

Este error de Flores le ha sido indudablemente dictado por los asesores pequeños burgueses cipayos de que dispone abundantemente Sitrac-Sitram y que conducirán a esos dirigentes obreros, honestos y combativos, sin duda, a perder sus actuales posiciones de dirección y, lo que es peor, a perder la confianza de sus compañeros de fábrica.

Flores parece ignorar algo elemental: un obrero es elegido por sus compañeros de trabajo, no por que sea partidario de Marx, Perón o Bakunin, sino porque evidencia condiciones de luchador y de negociador que la masa de trabajadores considera adecuadas para tratar con la patronal. La primera prueba que debe atravesar ese dirigente, es la discusión y aprobación de un convenio que sea satisfactorio para los obreros. Es posible que no siempre ese convenio sea óptimo, ni siquiera bueno. Pero lo que no es posible es que un dirigente

elegido para conseguir un buen convenio declare que esa conquista no tiene importancia; que es mejor que los trabajadores cuenten con un valeroso equipo de revolucionarios como dirigentes. Es seguro que una asamblea de los trabajadores de ese u otros sindicatos desaprobaría semejante insensatez, que ignora a la clase obrera tal cual es, sus necesidades y sus aspiraciones. El sindicato está para obtener mejores condiciones de vida; y los obreros que se elevan al nivel de una conciencia de clase, luchan además en un partido revolucionario. Pero se trata de dos cosas diferentes. Quien las confunda, sufrirá las consecuencias de su error. Los que no sufrirán dichas consecuencias en su nivel de vida, ni en su regalada existencia, son los estudiantes pequeños burgueses o burgueses, muchos de los cuales viven en el Cerro de las Rosas, que ensordecen con sus gritos "clasistas" las asambleas y que disimulan su antiperonismo de clase con una peligrosa adhesión a los trabajadores de Sitrac-Sitram.

Es cierto que FIAT es la adversaria de esos trabajadores; pero a veces hay que cuidarse tanto de ciertos amigos como de los más encarnizados enemigos. A esos estudiantes cipayos, y a algunos de los dirigentes acipayados como Massera (que parece ignorar que además de los 4.000 trabajadores de FIAT hay dos millones de trabajadores industriales que en la Argentina todavía son peronistas) los obreros de Concord y Materfer deberán decirle alguna vez: "no me des consejos: sé equivocarme solo".

Rucci y Manolo

Con la desenvoltura, entre torpe y cínica, que lo caracteriza, Rucci declaró a la revista "Confirmado": "Yo pertenezco al movimiento obrero y el movimiento obrero pertenece a Perón". Su verborrea crónica permitió al mundo informarse luego de otro

pensamiento del mismo personaje, inflado como un sapo y abrumado por su propia importancia: "Yo no conozco ningún dirigente sindical llamado Ongaro. Conozco un dirigente político llamado Ongaro. En cuanto a Tosco, es medio trosko". Este pequeño burócrata no podía haber hecho con menos palabras un retrato más adecuado de sí mismo. Según se sabe, cuando Perón era un coronel retirado, preso y enfermo, el 17 de Octubre de 1945, las masas populares salieron a la calle y lo rescataron de su situación. Hemos dicho muchas veces, y la historia lo confirma, que Perón no creó el peronismo, sino que, desde cierto punto de vista, "el peronismo creó a Perón". Que Rucci pertenezca al movimiento obrero es tan falso como que el movimiento obrero pertenezca a Perón. Rucci es un ex obrero elevado a la burocracia vandorista, como tantos otros y separado de la masa de metalúrgicos, infinitamente más próximo a los intereses de la burguesía que a los intereses de los trabajadores que lo eligieron a un cargo sindical. Tampoco el movimiento obrero pertenece a Perón, sino que, del mismo modo que las grandes masas populares argentinas, sostuvo a Perón cada vez que el jefe popular interpretó a dichas masas y las dirigió en las luchas contra los enemigos comunes. Cuando Perón, en 1963, eligió a Solano Lima como su candidato, su movimiento estuvo a punto de dividirse, pues las masas populares tienen más independencia hacia su jefe y más espíritu crítico que el que demuestran individuos como Rucci, que realmente parece pertenecerle a Perón, como un objeto que puede ser sustituido. En cuanto a la calificación tran presos por su integridad personal hacia Ongaro y Tosco, que se encuentran y política, Rucci debería cerrar su boca. Su amigo Manuel de Anchorena, extravagante sujeto que entre sus vacas y toros sueña con los huesos de Rosas, podría aconsejarle mayor moderación. Pues al parecer, en la decadencia y corrupción a que se libran en esta hora algunos dirigentes sindicales, encuentran en el rosismo y en algunos mequetrefes del Barrio Norte con inclinaciones delictuosas que siguen a Manolo, sus mejores aliados. Ahí está Mauricio Labat, aquel taxista de Córdoba sobornado por todos los gobernadores que nombró Onganía, concertido hoy en un rosista convicto y confeso. ¡Qué mala fama adquirirá Don Juan Manuel, si las cosas siguen así, aclamado por los burócratas más siniestros y entregadores del país!

Manifiesto de la Izquierda Nacional al Pueblo Argentino

Texto completo publicado por el PSIN

A cinco años del 28 de junio y dieciséis de la llamada "Revolución Libertadora", el gobierno invita a reasumir la vida política y declara abolidas las proscripciones. Pero una serie de hechos inquietantes pone en tela de juicio esas promesas. El pueblo desconfía, y da a su desconfianza un carácter activo y combatiente.

Seguimos bajo la férula de los usurpadores. El actual gobierno es la sedición armada de los altos mandos militares alzados contra la soberanía política y nacional de los argentinos, por cuenta de una oligarquía corrupta, inhumana, incapaz y vendepatria formada por los terratenientes ganaderos, los monopolios imperialistas, el gran capital nacional y demás ladrones públicos y privados.

El actual gobierno, como los de Levingston y Onganía, es una dictadura oligárquica. Pero la dictadura no empieza en 1966 sino en 1955. Hijos del golpe de setiembre, Lonardi y Aramburu, Frondizi, Guido e Illia, se asentaron, como Onganía y su cese, en la pros-

cripción, la violencia y el fraude al servicio del privilegio oligárquico.

¿Qué induce ahora al presidente y comandante en jefe a erigirse en defensor de la soberanía popular sin proscripciones? La respuesta es sencilla: la formidable embestida de las masas, que terminó con Onganía y barrió con Levingston.

Sin la etapa de luchas iniciada en mayo de 1969, el puño de Borda y Onganía, las garras de Krieger Vasena, seguirían asfixiando al país y al general Lanusse no lo desvelaría ningún calendario electoral.

Bajo la furia de las movilizaciones populares, el régimen, quebrantado pero no vencido, aislado de todo apoyo ciudadano, ha tenido que maniobrar retrocediendo. A cada retroceso, cada nuevo ocupante de la Casa Rosada echaba por la borda uno de los "principios sagrados" del sistema. Levingston se descubre "nacionalista" económico. Lanusse venera los comicios sin proscripciones.

¿Otorgaremos crédito a sus protestas de-

mocráticas? Lanusse merece tanto crédito como sus antecesores desde 1955. Lo que hace es por imperio de las circunstancias, o sea, bajo el impacto de la ofensiva popular. Si esta ofensiva declinase, terminaríamos en otra maniobra tramposa para legalizar el poder oligárquico.

DESBARATAR LA MANIOBRA FRAUDULENTA

Lo que ha variado del régimen no es su esencia sino la táctica, ante el imperio de nuevas circunstancias: las movilizaciones populares. A su vez, estos cambios pueden modificar aspectos de la táctica popular sin alterar su esencia combativa en la línea inaugurada por las jornadas del '69.

Sólo desbaratando la maniobra habrá salida electoral sin fraude. Sólo organizándonos y luchando podremos desbaratar la maniobra de Lanusse, torcer su voluntad oligárquica, imponer la solución popular.

Jaqueado por la crisis, el aislamiento político y la lucha de las masas, el gobierno señala el camino de las urnas bajo el lema del "gran acuerdo nacional".

Pero ese "gran acuerdo" no es sino la tentativa de borrar con el codo lo que acaba de escribirse con la mano. Si prevaleciese, el pueblo votaría "libremente", pero renunciando a imponer su voluntad. Nadie será proscrito, si accede al... "renunciamento". "Todos jugarán este partido", si el resultado se fija antes de comenzar. Cuarto oscuro y trampa clara: la presidencia irá a Lanusse, o al militar que éste designe.

Según el general Sánchez de Bustamante, uno de los autores del plan, gobernarán "dos partidos": peronismo (sin Perón) ¡y ejército! El "gran acuerdo" significa que la voluntad popular deberá someterse a la voluntad proscriptiva de los altos mandos.

Naturalmente, éstos ignorán u ocultan cuál es el verdadero poder que urde la trama: Sociedad Rural, Bolsa de Comercio, ACIEI, Fondo Monetario, Pentágono, Departamento de Estado. Tan prosaicas y feroces realida-

des se subliman en grandes palabras como "tradicional estilo de vida", "libertad", "respeto a la minoría", "occidental y cristiano". ¿Acaso la invasión imperialista yanqui en Vietnam fue presentada alguna vez por sus ejecutores en su verdadero aspecto de agresión criminal contra un pueblo resuelto a conquistar su independencia?

Para el presidente Lanusse la democracia consistiría, no en la voluntad mayoritaria, sino en el "respeto a la minoría". ¡Curiosa preocupación tras 16 años de usurpación oligárquica a través de 8 gobiernos!

Pero no son derechos civiles o políticos los reclamados por Lanusse para la minoría, sino económico-sociales: el derecho a seguir explotando a los trabajadores y al pueblo.

Los argentinos podremos "gobernar" si dejamos que todo siga como siempre. Si "respetamos" a la "minoría".

Pero la clase trabajadora y el pueblo no han derramado su sangre en formidables acometidas para concurrir ahora como corderos a la legalización de sus opresores. La combatividad se halla intacta y se nutre de una dolorosa experiencia cotidiana.

En 16 años de dictadura oligárquica, la mortalidad infantil subió del 58 al 60 por mil, ¡mientras decisivos avances científicos, como la vacuna antipolio la han hecho bajar sin excepción en todo el mundo! Decenas de miles de recién nacidos muertos por culpa de estos generales, ministros y presidentes que destruyeron nuestra economía en beneficio de un puñado de parásitos.

no va a ser así si la oligarquía ganadora, que

Los niños mueren de desnutrición. ¿Cómo ya embolsaba 600 millones de dólares en 1960 (bajo Frondizi y Alsogaray), en 1970 tragó 900 millones, sin haber aumentado en una sola cabeza los stocks, en un solo kilo su producción de carne? El poder adquisitivo de un novillo subió entre dos y tres veces desde 1955, medido en bienes de la industria nacional.

¿Cómo no va a ser así si en la última década el imperialismo extrajo de nuestro país 1.000 millones de dólares limpios de polvo y paja, después de usar nuestro propio dinero (el trabajo de los argentinos) para copar em-

presas, monopolizar áreas decisivas y endeudarnos con préstamos que nos satelizan?

¿Cómo no va a ser así si en el sector norte de la ciudad de Buenos Aires se construye en 6 años departamentos de lujo por valor de 500 millones de dólares, mientras la mayoría de los argentinos carecemos de techo y gran parte vegeta en hoteluchos o barrios de emergencia?

Una minoría parásita confisca en su provecho los excedentes del trabajo nacional (es decir, lo que sobra después de reponer los gastos de producción y de consumo de los trabajadores) y los evade al extranjero, los dilapida o los desvía hacia inversiones ociosas o especulativas.

Mientras las cosas sigan de ese modo, la capitalización, el progreso industrial y agrario, el pleno empleo, el mejor nivel de vida, son algo tan quimérico como querer llenar de agua un balde colado de agujeros. ¡Antes de abrir más la canilla hay que tapar los agujeros!

Pero nuestros "conductores" tapan un agujero destapando otro: si aumentan los salarios o los créditos, activan la inflación; si invierten o equipan la industria se endeudan al exterior; si equilibran los pagos, asfixian la economía. Marchan en zig-zag constantemente porque no pueden y no quieren cercenar los privilegios parásitos del latifundio, el monopolio, la gran intermediación, que se tragan la crema del producto nacional y escupen hambre, estancamiento, dependencia, fraude y persecuciones.

La perspectiva socialista no nace de un capricho "ideológico" sino de las entrañas mismas de la crisis argentina. Sin extirpar el cáncer oligárquico expropiando a las clases parásitas, no es posible hablar siquiera de desarrollo, soberanía y bienestar.

El ejercicio del poder político por los trabajadores y el pueblo sólo tiene sentido como instrumento de esa gran transformación que dará a los verdaderos productores el gobierno económico de la sociedad, liberando sus fuerzas creadoras y emancipándose del hambre y la dependencia.

¿Cómo aceptar entonces un "gran acuerdo nacional" que reduce la soberanía a una farsa impotente e hipócrita?

Si el actual gobierno ha reemplazado el puño cerrado de Onganía por el lenguaje de las urnas, ello se debe a las grandes victorias populares que enterraron el "orden", la "estabilidad", la "racionalización" y la "eficiencia" enarbolados por los sátrapas.

¡NINGUNA CONFIANZA, NI TREGUA A LOS USURPADORES!

¡Ninguna confianza, ninguna tregua a esos jerarcas! Sólo la lucha los obligará a capitular e impondrá su derrocamiento. Si algún sentido tiene el menguado proceso electoral que ahora se abriría, es el de constituir un nuevo campo de movilización y lucha en defensa de la soberanía popular efectiva, contra la nueva maniobra fraudulenta.

Nuestra historia demuestra que las grandes victorias electorales logradas por el pueblo argentino, la de Yrigoyen en 1916, la de Perón en 1946, fueron arrancadas a la oligarquía después de intensas luchas, necesariamente "ilegales" y "subversivas", desde que la "ley" y el "orden" eran la ley y el orden de las clases opresoras: las revoluciones radicales, el 17 de octubre de 1945.

Nuestro partido proclama la movilización popular por elecciones inmediatas sin fraudes ni proscripciones abiertas o encubiertas; la lucha contra el Estatuto-trampa de los partidos políticos, contra las leyes represivas y por la libertad de todos los presos.

En particular, exigimos garantías terminantes al regreso y candidatura del general Perón, cuyo "renunciamento", lejos de "pacificar", sería una declaración de guerra contra el pueblo argentino.

El derecho a presentarse y ser elegido no es un derecho de la persona de Perón, al que éste pueda renunciar como a algo propio. Es el derecho del pueblo argentino a elegir soberanamente a quien merezca su confianza para gobernar el país. Perón no puede renunciar a lo que no le pertenece. El gobierno no puede exigir una "pacificación" fundada en la renuncia del pueblo a su soberanía, sin burlarse de esa soberanía, única fuente de todo poder legítimo.

La candidatura de Perón no resulta de la voluntad subjetiva de nadie, sino de una maduración de experiencias colectivas, de un vasto proceso que en estos momentos amalgama en torno a su figura a una aplastante mayoría del pueblo argentino.

Esto no significa, a nuestro juicio, que un triunfo de Perón o el peronismo resolverá automáticamente los problemas. La grandiosa tarea de transformar de arriba a abajo la estructura económico-política, supone el crecimiento y consolidación de un poderoso movimiento socialista-revolucionario que aglutine a los mejores cuadros de la vanguardia obrera y popular.

Creemos que el peronismo, como tal, está limitado por las condiciones de acuerdo social que presidieron su origen en 1945 y fijaron su proyecto de liberar la economía sin transgredir los marcos de un capitalismo nacional. Ese proyecto se derrumbó en 1955 y sería quimérico en nuestros días porque falta un empresariado capaz de sustentarlo.

Pero creemos que es el propio pueblo, la propia clase trabajadora, el sujeto viviente de la historia. A él corresponde decidir su destino, a la luz de sus propias experiencias, que necesitan normalizarse en el ejercicio del poder político.

Las grandes batallas del 69 ya evidenciaron que las fuerzas dinámicas de la sociedad argentina ha superado el nivel de las viejas direcciones y estructuras políticas o sindicales. Ni los partidos de la Unión Democrática, incluido el partido "comunista", ni el peronismo político, ni la alta burocracia sindical, pesaron en esas luchas, donde una nueva generación combatiente enarboló las banderas del "gobierno obrero y popular".

¡BASTA DE BUROCRATAS LACAYOS DEL REGIMEN!

A través de infinitos canales, este vasto movimiento busca ahora su propia expresión político-organizativa que le permita pasar de las simples victorias tácticas al triunfo estratégico sobre el sistema de las clases dominantes.

Para el movimiento obrero, se trata de superar la cuña Buenos Aires-interior, introducida por la alta burocracia al frenar transitoriamente las movilizaciones en la Capital. El punto crítico es ahora romper esa cadena asfixiante.

El señor Rucci, ungido en un congreso digitado por Onganía, se tragó la presidencia Levingston de un sorbo sin viajar a Madrid ni ejercer su oratoria peronista. Ahora afirma que todo trabajador es un "fiel soldado de Perón", fidelidad a los "mandos naturales" encarnados aquí, en la Argentina, no por Perón sino ... por Rucci. Hay, pues, que obedecerlo "ciegamente". La burocracia cierra el garfio sobre nuestras gargantas. Son los capataces del Régimen: su función es inmovilizarnos.

Pero este señor que vuelve de Madrid como oráculo de Perón, ¿a quién representa, a Perón o a Lanusse, a quien lo recibe o a quien le da luz verde para viajar después de nueve meses de tranquila parálisis? ¿Y a qué se debe este permiso sino a que el segundo "cordobazo", que Rucci y su burocracia traicionaron, hizo cimbrar a Levingston y arrugó el ceño de los señores generales?

Así, pues, la burocracia quiere aprovechar las luchas que traiciona para empinarse en la alta política, obtener reconocimiento oficial y concesiones, y aplastar con nueva fuerza la voluntad renovadora de las bases.

UN PACTO CONCILIADOR Y UN "ENCUENTRO" GORILA

Con esos métodos policiales, patronales y administrativos no hacen más que cavar su propia tumba. Bajo la crisis creciente, la clase trabajadora presiona desde abajo y barrerá sin consideración a estos lacayos. La lucha por la democratización de los sindicatos ocupa ahora, en consecuencia, primer lugar en las preocupaciones de miles de activistas obreros. Es preciso poner fin al imperio de la burocracia cómplice, convertida en alcahueta de los enemigos del pueblo.

En cuanto al peronismo político y al radicalismo del pueblo, el pacto Paladino-Bal-

hín refleja en cierto modo el vuelco de la clase media antiperonista hacia el proletariado ante la quiebra de las ilusiones del 55. Pero no encauza esa aproximación, que rebasa los límites de ambos movimientos, que se ha producido en otro terreno, el de la lucha de masas y las barricadas callejeras de obreros, vecinos y estudiantes, "La Hora del Pueblo" es la versión burguesa, legalista y electoralista de aquella confluencia, y no ofrece perspectivas ni de encabezar un combate real por la soberanía popular que pregona como mero principio, ni de promover las transformaciones decisivas que el país reclama.

No hablamos del "Encuentro Nacional de los Argentinos", engendro liberal-oligárquico del llamado Partido Comunista, cuyo antiperonismo gorila compite con el del propio almirante Rojas, e implora reemplazar a Lanusse por una nueva Unión Democrática llamada "gobierno cívico-militar de amplia coalición democrática".

Tampoco ofrecen una opción real los "antieleccionarios" del género Onganía, Levingston, Frondizi, Cándido López, etc., para quienes, ¡todavía!, hay que hacer la "verdadera revolución argentina". Según estos caballeros, primero ellos "solucionarán" los problemas y después... ¡que gobierne el pueblo!

**BAJO LAS BANDERAS DEL
17 DE OCTUBRE Y DEL 29 DE MAYO
¡¡POR UN GRAN PARTIDO
COMBATIENTE!!**

Ellos nos hablan del "fracaso de los partidos", embarullando a propósito las cosas. Son los partidos y los dictadores oligárquicos los que fracasan, la política proscriptiva y entreguista inaugurada en el 55, común a Levingston y a Illia, a Américo Ghioldi y Onganía, a Frondizi y Aramburu. ¡No deduzcan ellos, de la infamia que los engloba, un rechazo de las urnas sin trampa que dieron el gobierno a Yrigoyen en 1916 y a Perón en 1946!

Esta simple consideración desmiente a quienes, desde una pseudo izquierda vocin-

glera, hacen coro a los anteriores tras la consigna "ni golpe ni elección, revolución", como si la marcha hacia la revolución excluyese la lucha por elecciones inmediatas sin fraudes ni procripciones.

El Partido Socialista de la Izquierda Nacional inscribe su trayectoria en las grandes luchas obreras y populares a partir de 1945. La corriente socialista revolucionaria que ya entonces proclamó su apoyo crítico al gobierno peronista y enfrentó en 1955 el cuartelazo gorila, existe por derecho propio dentro de ese cauce aún antes de nacer como fuerza organizada en 1962.

El nuevo ciclo inaugurado por las jornadas de mayo de 1969, dio una primera confirmación práctica a nuestras cuatro banderas: independencia económica, soberanía política, justicia social, gobierno obrero y popular. Sólo el gobierno obrero y popular hara posible el triunfo definitivo de las banderas del 45.

Dentro de las luchas presentes del pueblo argentino, preparamos su porvenir revolucionario y victorioso. La conquista de un nuevo nivel organizativo, político y programático requiere emprender desde ahora la construcción de un nuevo eje de reagrupamiento de las masas, en función, ya no de objetivos y reajustes parciales, sino de un enfrentamiento global con el sistema.

La historia se acelera en nuestros días ante la desintegración del imperialismo mundial. Latinoamérica despierta en Cuba, Perú, Chile o Bolivia, y los argentinos hemos demostrado que no seremos espectadores de un mundo en transformación.

La experiencia de estos años no ha hecho sino fortalecer nuestra confianza en la energía combatiente de las masas argentinas, capaz de conmover el imponente aparato represivo de sus explotadores. Estos no son invulnerables, como tampoco el imperialismo yanqui en el que se respaldan, que ha fracasado en su papel de policía mundial.

Respetamos el heroísmo de los grupos combatientes que se han lanzado a acciones armadas contra el Régimen, y declaramos que es hipócrita condenar en ellos la "violencia" olvidando el cuadro de violencia social, política y represiva en el cual vivimos hoy los argentinos. Pero consideramos in-

fructuoso todo esfuerzo militante que se separe de la acción de masas, verdadera fuerza motriz de la historia, cuya vertebración requiere las mejores y más abnegadas voluntades de los hijos del pueblo.

Para esta tarea, para la formación del gran partido combatiente de la clase obrera y el pueblo argentinos, llamamos a nuestras filas a la juventud obrera y estudiantil, a los militantes sindicales, a todos los compatriotas empeñados en la liberación nacional y social de nuestro país.

TRABAJADORES, ESTUDIANTES, CIUDADANOS, EL P.S.I.N. LLAMA A Luchar

Por la formación de una gran fuerza socialista revolucionaria que garantice el triunfal cumplimiento del nuevo ciclo histórico inaugurado en las batallas de mayo de 1969.

Movilización popular por elecciones inmediatas sin fraude ni proscripciones formales o encubiertas. Abajo el Estatuto-trampa de los partidos políticos. Abajo el "gran acuerdo nacional" de Lanusse y la oligarquía. Contra la legislación represiva y el Estado de Sitio. Amnistía total e inmediata para todos los presos políticos, incluidos los condenados o procesados por acciones armadas.

Por la democratización de los sindicatos y su unidad combatiente bajo las banderas del 17 de octubre y el 29 de mayo. Organizarse desde los talleres, las fábricas, las oficinas y los barrios para romper el freno de la burocracia sindical cómplice, renovar los cuerpos de dirección, garantizar la discusión de los problemas políticos y gremiales, hacer efectiva la voluntad de las bases.

Por la sindicalización de los estudiantes universitarios y secundarios en torno a organismos únicos federados y el fortalecimiento de la FUA del X Congreso (Córdoba) con su programa de unidad obrero-estudiantil. Por la unidad sindical de los maestros y profesores a partir de delegados por lugar de trabajo, en una Federación nacional, afiliada a la CGT.

Por la constitución en y para la lucha de un vasto Frente Nacional Revolucionario bajo la dirección de la clase trabajadora que reúna al

conjunto de clases y sectores oprimidos por el sistema oligárquico-imperialista.

Por la expropiación con control obrero de las grandes empresas urbanas y rurales y de las inversiones monopolistas, por la nacionalización de las estancias de la pampa húmeda superiores a 500 hectáreas, por la nacionalización de la banca y del comercio exterior. Planificación democrática de la economía en todos los niveles, a partir de las empresas.

Por un aumento general que devuelva a los salarios su poder adquisitivo de 1955, expropiando para ello las rentas parásitas de la oligarquía y demás sectores que engordan improductivamente a expensas del pueblo.

Por la constitución, apelando a las mismas fuentes, de un fondo de crédito industrial para el sector público nacionalizado, las inversiones básicas, la mediana y pequeña industria, las cooperativas y la tecnificación agraria. Por el pleno empleo.

Por el aseguramiento inmediato y directo para todo niño y toda mujer embarazada o en período de lactancia de alimentación racional suficiente y asistencia médica. Por la renovación del sistema hospitalario, la socialización de la actividad médica, el seguro social a la salud, la expropiación de los trusts farmacéuticos.

Inmediata congelación y rebaja de alquileres urbanos y expropiación de los predios rurales arrendados. Expropiación de las viviendas desocupadas y entrega inmediata a los sin techo, incluso de las unidades actualmente en venta. Expropiación de los hoteles-vivienda bajo la gestión de sus inquilinos. Impuesto del 50% a los alquileres rebajados con destino a un Fondo Nacional de la Vivienda. Plan nacional de la Vivienda que centralice los recursos con exclusión del lucro privado, y parta de la inmediata eliminación de las villas de emergencia.

Por el control de precios con vigilancia obrera y popular. Nacionalización de los grandes circuitos de distribución mayorista, mercados de abasto, etc., estímulo a la cooperativización del comercio minorista.

Por una política exterior independiente y solidaria con los países en lucha por su liberación. Solidaridad con Cuba, Chile, Bolivia, Perú. Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Solidaridad con Vietnam.

Por la independencia económica, la soberanía política, la justicia social, bajo las banderas del 17 de octubre y el 29 de mayo, hacia el gobierno obrero y popular.

Los Tupamaros por la Nación Latinoamericana

por Carlos López Matteo

MONTEVIDEO, 28 (IPS). — El último documento político del Movimiento de Liberación Nacional (MLN-Tupamaros), revelado por la policía uruguaya después de encontrarlo en una casa allanada, parece estar destinado a marcar una etapa dentro de la izquierda. Los dos aspectos fundamentales que enfoca se relacionan con la ubicación del Uruguay en el contexto continental, al que se analiza esquemáticamente, y a partir de ahí el futuro de la organización guerrillera, la propuesta toma del poder y el encuadre, sin perder la individualidad, en un frente de liberación nacional.

En lo que toca al primer punto, muchos observadores no han vacilado en calificar al documento como uno de los más importantes que ha producido la izquierda uruguaya en lo que va del siglo. Incluso tal vez sea de los más importantes que han surgido de los movimientos guerrilleros latinoamericanos, en cuanto intenta romper antiguos esquemas originados en doctrinas de otros continentes, y realiza un esfuerzo por arraigarse en lo nacional, o si se quiere en la realidad de estos países. Al margen del juicio que merezca el enfoque tupamaro concreto, es evidente un rompimiento con lo que el argentino Jorge Abelardo Ramos denomina la "Izquierda Cipaya", o sea aquella que intentó trasplantar mecánicamente las experiencias europeas a las realidades latinoamericanas, o que estaba sujeta a la estrategia de partidos internacionales o de grandes potencias. En este sentido no ha dejado de llamar la atención la actitud del diario comunista "El Popular", que procuró minimizar la importancia de la conferencia de prensa en la cual la policía dio a conocer el estudio, junto a otros documentos, armas encontradas, etc. y justamente, respecto de este análisis, que muchos ya consideran clave, el órgano comunista nada dijo, intentando, aparentemente, evitar un debate político. Esta polémica, de haberse producido, no sólo habría traído nuevamente al tapete las bases sobre las que casi siempre desarrolló sus acciones la mayoría de los partidos comunistas y socialistas de América latina, sino también la incapacidad que demostraron —a juicio de muchos estudiosos de estos problemas— para comprender lo que había de auténtico y positivo en las variadas realidades nacionales. La discusión, entonces, se habría remontado hasta los argentinos Sarmiento y Mitre, que despreciaron a las masas rurales rioplatenses, a sus montoneros, a sus instintos de libertad y rebeldía, y habría llegado hasta la incomprensión que demostraron (aunque la actitud haya variado después)

con el nacionalismo del uruguayo Luis Alberto de Herrera, con el brasileño Getulio Vargas, y con la multitud de "cabecitas negras" que siguieron a Juan Perón.

Finalmente, no deja de llamar la atención la flexibilidad que demuestran los tupamaros en lo táctico y en lo estratégico a mediano y corto plazo, sin descartar ninguna vía o posibilidad para hacer una aproximación a los objetivos finales. A diferencia de otros movimientos guerrilleros que parecen encerrarse pura y exclusivamente en la lucha armada, sin reconocer otras posibilidades políticas, el MLN se muestra abierto a sacar partido de las alternativas que puedan ofrecer las fuerzas armadas, los sindicatos, los sectores más o menos radicalizados, las distintas iglesias, las elecciones, los restantes grupos izquierdistas, etcétera.

El siguiente es el texto de la primera parte del documento, en la que se analiza la situación continental con un criterio nacionalista.

1. La situación del "bloque andino" se ha modificado favorablemente. En muchos aspectos estos países podrán ser considerados neutrales, en otros podrán ser aliados objetivos nuestros e introducirán una cuña diplomática, económica, política y militar en los engranajes del imperio.

2. La situación mencionada contribuirá a modificar el proceso político de otros países vecinos. Las modificaciones posibles en Ecuador, Colombia y Venezuela no tendrán incidencia directa en nuestro proceso. Debemos así estar atentos a los cambios posibles en Brasil y Argentina. Diversos hechos hacen más crítica la situación argentina, entre ellos: su situación geográfica, sus tendencias militares nacionalistas de antigua data, el peronismo, etc. Un cambio de la política de estos países que los neutralice o los sume a posiciones progresistas tendría una gran repercusión acá.

3. Los "modelos" recientemente exitosos inciden "ideológicamente" en nuestro proceso. A) Las fuerzas armadas: ya se han constatado sectores con simpatías "peruanistas" (por Perú), pero no se puede pensar que cuenten con fuerza como para adueñarse del poder. Si se puede pensar en su toma de posiciones con respecto a hechos de importancia revolucionario y/o política: nuestra acción, el "frentismo", el imperialismo, la represión, etcétera. B) En las fuerzas políticas: la constitución del frente amplio y los grupos "nacionalistas" de algunos sectores de los partidos tradicionales.

4. El golpismo gendarme, gorila, pro-yanqui parece no tener perspectivas en este país.

5. Los procesos peruano y boliviano son, en líneas generales, positivos y pueden devenir en plenamente revolucionarios; en el caso boliviano se combinan: un frente de fuerzas políticas con apoyo de masas armadas y sectores progresistas fuertes en el seno de las fuerzas armadas; la situación parece estar esperando un desenlace, pero ha demostrado la peculiaridad del proceso boliviano que repite la tradición insurreccional de 1952.

6. El triunfo electoral de la unidad popular en Chile le ha permitido alcanzar el gobierno y por lo tanto importantes resortes del poder. Pero la cuestión del poder está pendiente y se dilucidará cuando se defina la posición de la fuerza armada. La situación es tensa y los primeros pasos del gobierno popular parecen ir bien encaminados. Sea cual fuere el tránsito futuro en Chile, nosotros no tenemos nada que perder frente a esa experiencia. El triunfo electoral ha demostrado la factibilidad de esa estrategia (frentista y electoral) para llegar al gobierno y aproximarse al poder en países de alta organización política (Argentina, Brasil y Uruguay la tienen).

7. Los últimos hechos (Perú, Bolivia y Chile) han replanteado el problema de las vías de aproximación al poder y han demostrado la gama posible. La validez o no de estas vías para procesar cambios revolucionarios sólo podremos definirla en un período más largo de tiempo. No se puede afirmar aún que ellas sean pacíficas, aunque sí que son poco cruentas y que posibilitan, en caso de ser necesario, la violencia. Partir con un caudal de masas y resortes de poder que pueden hacer más segura la victoria.

8. Las fuerzas armadas de algunos países han demostrado que frente al atraso de las masas y a la inexistencia de un fuerte proletariado, pueden asumir el rol de vanguardia y de partido (por ser el sector más poderoso, moderno, templado, cohesionado y disciplinado) desempeñando un buen papel en la defensa de la soberanía, la independencia y el desarrollo. Por ello las fuerzas armadas no pueden ser descalificadas masivamente y no puede renunciarse a la política en su seno.

9. Las declaraciones de dirigentes peruanos y bolivianos proclaman que su ideología es la del "nacionalismo revolucionario". Así, subestimando otras cuestiones ideológicas, ha reverdecido un poderoso movimiento antiimperia-

lista. Esto demuestra la necesidad de plantearse los problemas del nacionalismo y el socialismo, del carácter de nuestra revolución y de sus formas ideológicas.

Debemos comprender que en nuestro proceso, el nacionalismo no es una mera cobertura teórica para engañar burgueses y capas medias: América latina puede ser una gran nación, significa una unidad geográfica y económica, cultural y lingüística. Racialmente somos la fusión de tres pueblos. Sin problemas raciales y, lo que es más importante, históricamente existimos en común, fuimos balcanizados, fragmentados por los imperialismos y sojuzgados, convertidos en semicolonias productoras de materias primas y en algunos casos en bases industriales o en zonas dependientes y deformadas. Hoy como ayer, surgen en estos países nacionalismos que se plantean eliminar la dependencia, entroncar su acción con el pasado y construir una economía libre y una sociedad libre. No podemos dudar de la legitimidad de esos procesos ni de su valor, por el contrario, debemos profundizarlos hasta el socialismo como palanca esencial, aun para el crecimiento económico y, por supuesto, para el nuevo orden social.

La nación es el pueblo: asumir el nacionalismo es asumir las tareas históricas de ese pueblo.

La historia de las sociedades ha sido la lucha de las clases oprimidas contra las opresoras y también la lucha de los pueblos oprimidos contra los opresores: por eso serán siempre diferentes los nacionalismos de los países opresores que los de los países oprimidos. Por eso nuestra "cuestión nacional" es parte de la cuestión de la independencia y de la reunificación latinoamericana.

La contradicción fundamental hoy es imperialismo-nación, de ahí la importancia de la liberación nacional como tarea, sólo después podremos plantearnos la construcción plena del socialismo.

El socialismo en América latina será nacionalista y a la inversa. Esta misma problemática la han abordado hoy los cristianos, los movimientos nacionales, los militares y coincide con el resquebrajamiento del monolitismo ideológico del bloque socialista, requebrajamiento que ha llegado, incluso, a posiciones antagónicas. Coincide también con las vías heterodoxas hacia el socialismo seguidas por países árabes y africanos.

Para nosotros el quid está en aplicar el marxismo-leninismo a nuestras condiciones concretas. Las teorías del socialismo nacional son varias: nos encontramos ante una gama que conserva, empero, una identidad esencial: la nación y el socialismo".

Servicio Especial de Inter Press Service

Rosismo y Mitrismo:

Dos alas de un mismo partido

por Manuel Cruz Tamayo

En la sección "Lecturas Críticas" de *IZQUIERDA NACIONAL*, N° 13, bajo el título *El Mitrismo de un rosista*, se muestra una descarnada antología, por así decirlo, de las afirmaciones estampadas por el escritor rosista Juan Pablo Oliver en el *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas*, a propósito de la Guerra del Paraguay, del revisionismo histórico marxista y de la personalidad de Mitre, afirmaciones que, como era de prever, no tardaron en merecer el benévolo si que cauteloso aplauso editorial del diario "La Nación".

No hemos de recordar en detalle el impresionante cúmulo de absurdos lógicos, contradicciones históricas y desvaríos políticos en que incurriera Oliver en aquellos artículos. Baste decir que los ha reiterado y ampliado, sobre todo en cuanto al generalísimo de la Triple Alianza en un reciente reportaje publicado por la revista "*Todo es Historia*", en su número de junio, dedicado precisamente a Mitre.

El propio Boletín del Instituto JMR, al publicar el primero de aquellos artículos, se encargó de puntualizar que no todos los rosistas tienen esa posición, y que aún hay quienes, en ese campo, han adoptado "posiciones antagónicas con las tesis principales" de dicho autor. Así parecería confirmarlo, en efecto, el hecho de que otro miembro del mismo instituto, como es el doctor José María Rosa, mereciera entonces ser condecorado por el gobierno de Asunción, a raíz de su libro "*La Guerra del Paraguay y las Montoneras Argentinas*".

La divergencia entre los miembros del Instituto JMR, no ha llegado, que sepamos, a extremos mayores, aunque bien puede conjeturarse que, para el doctor Oliver, el doctor Rosa ha de ser algo así como un "traidor a la patria", condenación a la que quizá no escaparía el propio Juan Manuel de Rosas, por su decisión testamentaria de donar su espada nada menos que a Francisco Solano López. Tal condenación sería absurda en un rosista, pero está visto que los absurdos no significan freno alguno para Juan Pablo Oliver.

Las posturas antagonicas existen, en el efecto, y no hemos de ser nosotros quienes metamos en un mismo saco a todos los revisionistas rosistas, ni siquiera retribuirles la actitud de muchos de ellos, que ponen a todas las "izquierdas" dentro de una misma bolsa. La fecundidad de la polémica histórica, de la cual muchos escritores rosistas fueron en su hora adalides indiscutidos, ha terminado por ganar hoy al revisionismo mismo. Y ello no por causas pura-

mente académicas, sino porque las exigencias de la discusión, en una superestructura cultural sacudida profundamente por la crisis social y por la vida política, obligan, también a los rosistas, a perfeccionar o modificar sus ángulos de enfoque, frente a un público, preferentemente juvenil, mucho más amplio al que en su momento hubieran soñado o deseado un Ibarguren o un Laferrere.

En tal sentido, el revisionismo rosista se ve puesto en una alternativa que resulta dramática para su propio futuro, como es la de disponer de una visión histórica coherente —y tan “nacional” como pretenda tenerla— no sólo para la época que termina en Caseros, sino también para la que comienza en Caseros, puesto que Caseros, con un mínimo de sensatez, no podría ser convertida en el fin de la Historia...

Pero es justamente en este punto donde el rosismo comienza a mostrar vivamente sus limitaciones y contradicciones. Admitir que la Historia pueda ser revisada sólo en determinados períodos, significa también admitir, aunque sea de modo implícito, que ella es una mera yuxtaposición de compartimentos estancos. Semejante postura, al negar de hecho la irrevocable fluidez del proceso histórico, termina convirtiéndose también en una negación tajante de la tradición, ese ingrediente de continuidad al que los rosistas aceptan generalmente con la fuerza de una categoría.

Es habitual en los rosistas sostener que la tradición nacional habría quedado, sin más, *interrumpida* en Caseros (¡no en Pavón, ciertamente!), para fundamentar así, con el carácter de un fatalismo absoluto, la definición del país posterior como una Argentina descaracterizada, una especie de Argentina no argentina... Lo cual no les impide, llegado el caso, aferrarse a otras “tradiciones” menores, vinculadas —según lo veremos— a hechos o causas posteriores a la caída de Rosas.

Obligados a tener respuestas para toda la historia argentina posterior a Caseros o, lo que es lo mismo, para un período de ciento veinte años, los escritores rosistas solucionan el problema, o creen solucionario, mediante una opción: o elijen a los federales posteriores a Caseros, aunque deban personarles o “justificarles” su antiguo antirrosismo (tales los casos de José María Rosa, Ortega Peña o Fermín Chávez con las figuras de Peñaloza, Felipe Varela o López Jordán), o elijen francamente la causa de Buenos Aires y de Mitre, su nuevo caudillo, como ahora ocurre con Juan Pablo Oliver, y con Irazusta, flamante miembro de esa Academia Nacional de la Historia, que tiene a Mitre por numen tutelar.

Pero no siempre la opción corresponde a un juicio histórico sólidamente fundado: en el caso que nos ocupa, la opción de los rosistas responde a la urgencia por tomar posiciones, en una coyuntura histórica que no se ha dignado la cortesía de esperar la revisión del revisionismo tradicional.

Sin embargo aquella opción, no porque sea urgente por las circunstancias, deja de responder a una estricta lógica interna, en que el rosismo historiográfico termina descubriendo su raíz esencialmente porteñista en el enfoque de la historia argentina, así como el rosismo histórico fuera en su momento un partido esencialmente porteño...

El abrazo del Coliseo

Por eso la postura de Juan Pablo Oliver, más que una “disidencia personal” en el seno del rosismo actual, es una realidad la expresión franca de una tendencia profunda, constante, y ahora cada vez más explícita, en muchos de los escritores rosistas, tendencia que se remonta a la alianza de rosistas y unitarios en 1852, sellando la revolución del 11 de septiembre contra Urquiza y contra el Acuerdo de San Nicolás, para defender los privilegios de Buenos Aires contra las provincias de la Confederación Argentina. El famoso “abrazo del Coliseo” entre Lorenzo Torres y Valentín Alsina fue, más que un abrazo episódico, la manifestación pública de una alianza, y sobre todo de una imborrable *sucesión política* entre dos grupos porteñistas recalcitrantes.

La política de ambos grupos ha sido bien caracterizada por un historiador que responde a las tradiciones del federalismo provinciano, en un reciente reportaje de la revista “*Todo es Historia*” (junio 1971). Sostiene en efecto Isidoro J. Ruiz Moreno: “Mitre es el heredero político de Rosas... Rosas personificó el predominio de Buenos Aires sobre el país, hasta que el sentimiento federal pudo reaccionar con Urquiza, y en Caseros se le arrebató esa hegemonía que desde 1810 había tratado de tener en sus manos. Mitre es de los que levantan después de la victoria a Buenos Aires contra ese anhelo federal que encarna Urquiza; y cuando no puede Buenos Aires seguir imponiéndose sobre la Nación, Mitre y los hombres dirigentes de esta provincia la sustraen a la misma, y la mantienen en estado de aislamiento”.

La significación de Rosas, como la del propio Urquiza, no se agotan, sin duda, en la caracterización efectuada en ese párrafo por el citado historiador entrerriano, pero su definición sobre la herencia política de Rosas y sobre el papel de Mitre, es tajante y esencialmente correcta. Y adviertan los caver-

nícolos del nacionalismo oligárquico que Ruiz Moreno no es ningún "rojillo", ni peronista, ni izquierdista, sino un honorable profesor de Historia en la Escuela Superior de Guerra...

El propio Oliver, si bien con intención opuesta, confirma el punto de vista de Ruiz Moreno, cuando en otro de los reportajes de la misma revista emite, muy suelto de cuerpo, la siguiente preciosura: "*Mitre vuelve a reconstituir la unidad nacional que había logrado Rosas, y que se perdió a causa de la Constitución del 53*". Por razones obvias, Oliver prefiere no acordarse del abrazo del Coliseo, ni del papel de Mitre en el mantenimiento de la secesión porteña durante una década, como prefiere suponer también que la unidad nacional se perdió "a causa de la Constitución del 53" y no a raíz de aquella secesión... con lo cual, de paso, justifica la legitimidad del separatismo bonaerense.

Está visto que la pregunta sobre Mitre opera sobre el rosismo como un interesante y revelador reactivo...

El Partido de Buenos Aires

En la segunda mitad del siglo pasado, cuando aún vivía Rosas y cuando Mitre estaba en el cenit de su poder, el más lúcido de los pensadores argentinos de la época, Juan Bautista Alberdi, destacó en muchísimas de sus páginas la esencial identidad, o mejor dicho continuidad de Rosas a Mitre. Con menos frecuencia, cuando los problemas del presente le despejaban al tucumano de su antigua chifladura por Rivadavia —verosimilmente insuflada por Florencio Varela durante los años de Montevideo— el propio Alberdi, según es posible comprobarlo en páginas de los *Escritos Póstumos*, amplió esa línea de secesión portuaria: Rivadavia-Rosas-Mitre.

Los viejos rosistas que se habían pasado al mitrismo, o que lo apoyaron en los momentos críticos, tales como los hermanos Elizalde, el general Pacheco, Lorenzo Torres, Vélez Sársfield, los Anchorena y muchísimos otros, eran políticos prácticos que no se iban a arriesgar a una discusión con el tucumano, no ciertamente por timidez intelectual —la audacia porteña da para todo— sino, sencillamente, porque no les convenía ventilar el pasado... Prefirieron suponer que con Rosas en Southampton el pasado ya estaba liquidado, y se dedicaron muy activamente a compartir el poder "liberal" de Mitre desde las bancas de la Legislatura porteña, desde la Convención reformadora de la Constitución, y desde el propio gobierno, fuere el de la provincia de Buenos Aires o el del Ejecutivo Nacional de Mitre.

Conviene aquí detenernos en un rasgo que no es puramente circunstancial o personal: la actitud de los rosistas que apoyaron primero a Valentín Alsina y luego a Mitre, no puede ser explicada, psicológicamente, como una *defección* o como una simple "vuelta de casaca", tal como acostumbra hacerlo, por ejemplo, el Dr. José María Rosa. *Histórica y políticamente hablando, el rosismo es el partido rosista*, en su sector principal y dirigente, y no la sola persona de su jefe desterrado, cuyo papel se había agotado para los intereses del sector de ganaderos e importadores, que trajeron a Urquiza a Buenos Aires para luego despedirlo, como en su momento habían despedido al antiguo jefe de los Colorados del Monte... Y fue el partido rosista en ese sector principal —escindido del plebeyismo rural que representaban algunos jefes como Hilario Lagos— el que pasó a apoyar decididamente al locuaz tribuno de las Jornadas de junio y de la revolución de septiembre.

Descartado su jefe, el rosismo tuvo que adecuarse también a un cambio de "estilo": no se trataba ya de calificar al rey de los franceses como *unitario* y *rey guardachanchos*, pero el gusto de la clientela electoral porteña iría a solazarse, en adelante, con una retórica que si bien no era la misma de la Mazorca, temblaba igualmente de emoción ante la perspectiva de "*derrumbar a cañonazos las puertas de los ministerios*". No se trataba ahora de pegar con brea cintas rojas en el cabello de las señoras, sino de pegar cintas celestes en el pecho abierto de los "bárbaros" del Interior. Cambiaban las figuras, pero continuaba vigente la misma retórica de "vivas" y "muertas", con sus constantes apelaciones al sacrosanto civismo y con su líder 'descubierto ante el pueblo soberano', como en los días del noventa, cuando don Bartolo, autor de uno de los más escandalosos fraudes electorales en la historia de Buenos Aires —según hubo de recordárselo puntualmente el "loco" sanjuanino en horas difíciles— no tuvo empacho alguno en presentarse como apóstol de la pureza del sufragio... papel que seguiría representando hasta su óbito, a pesar de las reiteradas tentativas para evitar el sufragio por medio del "Acuerdo".

Años después de la polémica de Alberdi, cuando Mitre ya no tenía el poder pero en cambio comenzaba a digitar la historia, fue un mitrista y cívico, el doctor Adolfo Saldías, quien inició en gran escala —con la anuencia o estímulo del propio Mitre— la tarea de reivindicar la figura del Restaurador

de las Leyes, en su monumental y aun hoy aprovechable "Historia de la Confederación Argentina". Eran los años en que las turbulentas aguas de la política bonaerense, divididas y revueltas por la herencia y crisis del nuevo alsinismo (el de Don Adolfo), trataban de encontrar o reencontrar sus viejos puntos de acuerdo, para enfrentar a las fuerzas del Interior, entonces en alza. Mitre, que como se ha dicho no dejó de estimular el trabajo de Saldías, se preocupó de dejar aclarada su disidencia frente al revisionista, sobre todo en lo tocante a la honestidad de Rosas en el manejo de los fondos públicos, asunto de vidriera muy caro, por cierto, a los retóricos de la "casa de cristal", no tan sensibles a otros aspectos (privados) como el obsequio de las proveedoras de la Triple Alianza para afianzar los cimientos de la "tribuna de doctrina"...

Pero ninguno de estos antecedentes turba los pensamientos de los rosistas de hoy. Y es así cómo el rosismo historiográfico —fiel en esto a la duplicidad del supuesto "nacionalismo" de Mitre— ha optado por recurrir a historiadores y escritores de origen provinciano, especie de porteñistas honorarios, como el salteño Iburguren y el entrerriano Irazusta, para desbrozar el camino en la apología del caudillo del Puerto.

Sin embargo, el proceso de reivindicación juega un mala pasada a esos "modernistas" del rosismo, que pretendiendo actualizar la figura del Restaurador, llegan hasta presentarlo como una especie de Fidel rubio y sin barba... Pero don Carlos Iburguren, padre del revisionismo actual, se encarga de refrescarles la memoria, al dibujar la imagen de un Restaurador de las Leyes calificado esencialmente como caudillo bonaerense, hombre de orden, enemigo de "la anarquía", jefe de un partido conservador definido en sus líneas típicas como gendarme de la República, y hombre de la prosperidad porteña frente a la agitación disolvente del Interior y de sus exigencias. La figura que resulta del diseño de Iburguren es la de un Rosas fiel en todo esto a la política de Rivadavia, quien había inventado el federalismo del Cuadrilátero para separar a las provincias litorales de las del Interior, consolidando por medio del porteño Mansilla la autonomía pequeña de Entre Ríos, después de asestada la puñalada contra Artigas, y saboteando por todos los medios al Congreso Nacional convocado en Córdoba por Bustos.

El juicio del rosista Carlos Iburguren sobre el prócer del unitarismo queda, en efecto, bien estampado en las siguientes líneas, donde el salteño juzga así a Rivadavia y al Tratado del Cuadrilátero: "*Ese tratado aseguró por un tiempo el sosiego necesario para que Rivadavia encendiera, como un relámpago entre dos tormentades, una llamarada de cultura y de progreso en la metrópoli argentina*" (Carlos Iburguren: *Juan Manuel de Rosas*, Cap. VII).

¡Rosas constitucionalista!

José María Rosa, que ha pintado en cambio a don Bernardino como la personificación del cipayo y rastacuero sudamericano, en su libro sobre "*Rivadavia y el Imperialismo Financiero*", no estará seguramente dispuesto a admitir que las Instrucciones de Rivadavia, como Ministro de Martín Rodríguez (postergar la organización del país hasta que cada provincia hubiera hecho el arreglo de su administración interior), se parecen, como una gota de agua a otra, a los conceptos "constitucionales" —llamémosles así— de don Juan Manuel en su famosísima *Carta de la Hacienda de Figueroa*, documento éste que algunos escritores rosistas o proclives al rosismo, como don Pepe Rosa y don Arturo Jauretche, elogian como el *summum* de la sabiduría de Rosas, no sólo en el sentido de la maestría política —donde el elogio puede estar justificado— sino también como expresión de hondura de las ideas de Rosas en materia constitucional (¿?) lo cual resulta ya demasiado picante... Según ellos, esta sabiduría estaría cimentada en un excepcional *realismo* del Gobernador de Buenos Aires, que así se burlaba del doctrinarismo de los "ideólogos"... (La palabra *ideólogos*, con que el Primer Cónsul francés fulminaba a muchos de sus adversarios, ha hecho exitoso camino entre nuestros rosistas). Estos y otros escritores parecen olvidar que la doctrina de los bochincheros "ideólogos", doctores provincianos, canónigos y secretarios de caudillos —casi todos federales de buenos títulos, y no unitarios, como se afecta creer— pretendía nada menos que organizar el país, reglar nacionalmente el comercio exterior y distribuir equitativamente los ingresos de la única Aduana.

Así como la continuidad de fondo entre Rivadavia, Rosas y Mitre, no escapó en su hora a la penetración crítica de hombres como Alberdi, tampoco escapó a la perspicacia práctica de quienes, como Dalmacio Vélez Sársfield —otro provinciano porteño— sirvieron sucesivamente a los tres. El famoso "doctor Mandinga" fue, en efecto, rivadaviano, rosista y mitrista. Quiénes pretendan imputar esta conducta a otras tantas "vueltas de casaca", podrán hacer con ello una descalificación de fondo, esto es, el constante servicio a

una sola política: la política de Buenos Aires. En rigor de verdad, el doctor Mandinga, y como él muchos otros diablos menores, nunca se dio vuelta la casaca...

Los viejos amores

Entrados ya en la edad de la vejez del revisionismo nacionalista —vejez histórica y política, se entiende, con lo que dejamos a salvo nuestros respetos por las glándulas y arterias de tantos escritores todavía combativos— el rosismo siente hoy la tentación de volver a sus viejos amores. o, mejor dicho, a su único amor, el amor de Buenos Aires, esa antigua y nostálgica “Reina del Plata”, capaz de amparar en su seno abundante, cosas tan dispares como los recuerdos de Guido Spano, el culto por Mitre y los tangos de Gardel...

De ahí que, ante la irreverente embestida de tantos jóvenes y escritores nuevos, que saludan los aportes positivos del rosismo, pero pasan adelante en la tarea de revisión, los viejos popes del rosismo tradicional se alarmen y reaccionen en defensa del panteón de sus lares, donde se codean las efigies de los antiguos enemigos, celosamente custodiadas por una misma descendencia.

Nada quizá podría alertar más a estos hijos espirituales de Rivadavia, Tomás de Anchorena, Rosas, Valentín Alsina o Mitre, como el hecho de que la exhumación historiográfica de Bustos, Ferré, Ibarra, Heredia, Derqui, Peña-loza, Benavídez, Varela y tantos otros, haya tomado impulso contemporáneamente a un estado de franca rebelión del Interior, de sus clases medias y de su clase obrera, concretada en un proceso de reciente iniciación, pero que ya ha tenido expresiones muy nítidas en los sucesos de Córdoba, Corrientes, Rosario, Tucumán, Catamarca, etcétera.

Como los gansos del Capitolio ante el ascenso de los bárbaros, algunos próceres del rosismo dan la alarma, y denuncian como *rojos* a los escritores de la nueva generación, que se han tomado en serio la tarea de revisar de veras nuestra historia política. Aquellas vestales del pasado cultivaron, ciertamente, el escándalo y la iconoclastia cuando eran jóvenes, pero nunca sospecharon que la cosa pudiera llegar tan lejos... Por eso, no hay para ellos embarazo alguno en ser rosistas y ejercer al mismo tiempo la defensa, franca o solapada, de Bartolomé Mitre, heredero político del Restaurador.

Oigamos, por ejemplo, a Julio Irazusta.

Este escritor, refiriéndose a la política ferroviaria de Sarmiento, invoca como prueba de “nacionalismo” tres discursos de Mitre en el Senado. No dice que Mitre se mostraba “nacionalista” porque era entonces opositor, sino porque actuaba “como aleccionado por su propia experiencia” (¡Mitre arrepentido!...). Refiriéndose al fundador de la “tribuna de doctrina”, escribe Irazusta: “A la posición fijada en este debate, en el que pronunció tres discursos de los que deberían editarse anualmente millones de ejemplares, para que sirviesen de Biblia económica de los argentinos, Mitre siguió fiel hasta el fin de sus días...” (*Influencia Económica Británica en el Río de la Plata*. Eudeba, Buenos Aires, 1963, página 73).

Aceptamos con reverente humildad el hecho de que la Biblia sea editada periódicamente en millones de ejemplares, pero no alcanzamos a imaginar que público argentino podría absorber anualmente millones de ejemplares de tres discursos de Mitre, aun admitiendo la población de China... Y ello aunque Julio Irazusta trocara su papel de rosista eminente por el más opaco de vendedor de biblias...

Pero no es Irazusta, actual miembro de la Academia, el único presente en el recuentro del Coliseo.

Ya hemos mencionado a Oliver.

En un reciente reportaje (“*Todo es Historia*”, número de junio de 1971), explica Oliver que Mitre, en la Guerra del Paraguay, actuó “como argentino, como militar y como presidente” y que debe admitírsele “nos guste o no nos guste” (Esto que parece una reflexión gastronómica o estética es, sin embargo, para Oliver, un criterio de juicio historiográfico...).

Cuando en el mismo reportaje le preguntan a Oliver qué opina sobre la actuación de Mitre en el Interior, el escritor rosista, poniendo énfasis en la riqueza de Buenos Aires, responde: “Fue similar a la de todos los otros gobernantes argentinos, incluso Rosas. Mitre se valió para su política unificadora de la fuerza que tenía en su poder, basada en el dinero de Buenos Aires, único gobierno rico del país...”. Sin mencionar nombres expresivos de Oribe y Arredondo, admite Oliver que la política de Rosas y la política de Mitre fueron similares, lo cual es cierto, y las explica por el poderío del único gobierno rico del país, lo cual también es cierto, aunque el juicio de valor que de ese hecho pueden extraer un rosista-mitrista y un federal provinciano, cambie de signo

en uno y otro caso. Al mismo tiempo, justifica esa política porteña en el Interior, con una afirmación gratuita y calumniosa: la de que esa política fue similar "a la de todos los otros gobernantes argentinos". De lo cual podría deducirse, en definitiva, que a Oliver el Interior le importa un rábano.

Otra de las pruebas que para Oliver justifican a Mitre, es que muchos de los enemigos de éste en el Interior habían sido también enemigos de Rosas. Y en su primer artículo del Boletín del Instituto JMR, agrega Oliver esta tirada contra el revisionismo marxista: "...para esta izquierda nacional" todos los argentinos que intervinieron en la guerra del Paraguay, o fueron unos mercenarios pagados por las esterlinas inglesas o esclavos cobardes empujados por las bayonetas brasileñas. Y los auténticos patriotas eran, a la sazón, quienes se ganaban a los montes, se rebelaban o desertaban de sus deberes militares. De ahí la aureola folklórica para una serie de caudillos de la década del 60 quienes, casualmente, en la década anterior *combatieron todos contra Rosas* y hubieran vuelto a combatirlo de haber retornado al gobierno. Pero con su apología historicista el marxismo enseña el deber de rebelión y desertión en caso de un actual conflicto internacional".

En el párrafo transcrito, la mala fe corre pareja con la intención de enredarlo todo, aunque sea con el socorro de argumentos de pleitista. Ni la izquierda "nacional" (las comillas son de Oliver), ni ningún sector de pensamiento marxista podría cometer la estupidez de juzgar la actitud individual de los miles de hombres que integran un ejército, por identificación mecánica con los fines o los móviles que determinan una guerra. Nunca se le ocurrió a Lenin, por ejemplo, calificar de "mercenarios" del capital anglofrancés a los millones de rusos que perdieron su sangre en los ejércitos del Zar. No sabemos en qué caso concreto piensa Oliver cuando menciona un "actual conflicto internacional", pero sí puede estar seguro, este iracundo, que el marxismo revolucionario, llegada la ocasión, sabrá distinguir entre guerras y guerras. En cuanto a los caudillos de la década del 60, no fue "casualmente" que eran antimitristas como habían sido antirrosistas. Tan consecuentes como Oliver cuando defiende a Buenos Aires —sea con Rosas o con Mitre— los caudillos del Interior fueron igualmente consecuentes al levantarse contra la bota del Puerto, tratárase de Rosas en un caso y de Mitre en el otro.

Pero sería imposible insistir en el examen de los argumentos de Oliver, sin caer en el riesgo de dedicarle a él solo más espacio del que cabe en este artículo. Recomendamos al lector la lectura completa de los artículos de Oliver en los números 4 y 5 del "Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas". Allí podrá encontrar la "prueba" de que Solano López era agente inglés porque su compañera lo era, y porque utilizaba técnicos ingleses en la industria y en el ejército; reírse de los esfuerzos industriales del Paraguay; aprender que el Tratado de la Triple Alianza fue un resultado del "impacto psicológico" de la invasión paraguaya a Corrientes; comparar a Felipe Varela con Juan Moreira o con Mate Cocido; advertir cómo el revisionismo marxista argentino aplica lecciones de Moscú, y otras preciosuras del mismo estilo...

El Rosismo populista

Pero hay otra variante del rosismo que no es la impecablemente conservadora y cerril de Carlos Ibarguren, Irazusta u Oliver. Trátase de la que podría denominarse vertiente *populista* (voluntariamente más a tono con la época actual y más inclinada a darnos de Don Juan Manuel la imagen de un caudillo "nacional y popular"). Apela esta vertiente a algunos de los rasgos objetivamente nacionales del Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación (la Vuelta de Obligado, por ejemplo) para meter también en la misma bolsa la política del Gobernador de las Facultades Extraordinarias, doble mandato que implica un compromiso y que, a la larga, daría al traste con la dictadura tan laboriosamente mantenida.

Este revisionismo populista, con un entusiasmo embrollón, invoca indistintamente las banderas del viejo Partido Federal, y la de la Santa Federación, como si se trataran de la misma cosa, y mete en un mismo bando a todos los "federales" que de ello resultan, con un método histórico más digno de Rimoldi Fraga que de la verdad, y con el auxilio de los ingredientes antiguos y modernos más heteróclitos: montoneras, malambos, tacuaras, la barba de Fidel, los ojos del dictador rubio, los "caudillos" (¡oh! los caudillos...) la levita contra el chiripá, los gauchos y los doctores, etcétera.

Muchos rosistas hay de esta especie, sin excluir aquellos provenientes de diversos sectores ideológicos, que al descubrir "lo nacional" se *bandearon* poniéndose la divisa punzó. Pero aquí nos limitaremos a un rosista auténtico, como es sin duda el doctor José María Rosa, autor de una larga obra que, a pesar de su filiación y devoción porteña, ha intentado el compromiso con el federalismo del Interior.

Las opiniones de José María Rosa sobre Mitre nunca son demasiado ex-

plicitas si se trata precisamente de Mitre. Prefiere recurrir al ingenio antes que a la coherencia, para emitir sus juicios sobre el vencedor de Pavón. Así, en otro de los reportajes de la revista que hemos venido citando, don Pepe Rosa sale del paso con algunas frases que lindan entre la *boutade*, la vacilación y la afirmación. Dice que Mitre era mal militar (opinión seguramente no muy osada); le reconoce valor como historiador; recuerda que fue el "iniciador" del revisionismo al estimular a Saldías; condena la acción de Mitre en las provincias del Interior, aunque puntualizando la complicidad de Urquiza; y opina que Mitre es "prócer" porque es el "antiprócer" (¿?) tesis típicamente maniquea, en cuanto otorga igual poder a Dios que al Diablo...

Pero no son los arreglos verbales de José María Rosa, ni sus ocurrencias ingeniosas, las que aquí nos interesan, sino su posición explícita en el antagonismo Buenos Aires-Interior. Y en este terreno, el escritor rosista no recurre a alegorías ni figuras.

En un reciente trabajo sobre *La Revolución del 80* (Ver "Polémica", Centro Editor, N° 40) el doctor José María Rosa califica de "argentino" al ejército porteño de Pavón; afirma luego que *todo Buenos Aires*, en todas sus clases y partidos, se opuso en el 80 a los avances del "ejército de línea" (expresión utilizada con sentido peyorativo, para no calificar de "argentino" o simplemente de "el Ejército", al ejército de Avellaneda y de Roca). Sostiene que los jefes y conductores políticos de la rebelión porteña, como Mitre y Tejedor eran "decentes" y por eso "traicionaron" al alzamiento de Buenos Aires ante el temor de que el pueblo confraternizara con las tropas bonaerenses (¿?). Y como en el método del doctor Rosa todo puede arreglarse con el estilo y las palabras, sostiene que el alzamiento mitrista y tejedorista del 80 contra la Nación "fue la última revolución popular del siglo XIX; casi diría la última montonera" ... En consecuencia, y dado que el papel en que se escribe es incapaz de protestar, tenemos a Peñaloza, Varela, Saá y López Jordán transformados nada menos que en rifleros de Tejedor, aunque la vida y la muerte de todos esos caudillos hubiera sido una permanente protesta precisamente contra esos rifleros de la juventud dorada de Buenos Aires.

Recurriendo a una versión bastante barata del concepto de lucha de clases, José María Rosa condena por "decentes" a los jefes de la rebelión de Tejedor, y se queda con los supuestos "plebeyos" de Buenos Aires, es decir, con el grueso del partido mitrista y con su causa. Del mismo modo que el amanuense mitrista Eduardo Gutiérrez ("*La Muerte de Buenos Aires*"), a quien sigue y cita en cuanto le conviene, el doctor Rosa no trepida en presentar la derrota de las fuerzas del Puerto como una victoria militar de Buenos Aires...

No es eso todo. El doctor José María Rosa, a quien muchos sectores identifican como "peronista", es decir como partidario de una de las presidencias más *presidencialistas* que ha tenido el país, termina así su trabajo sobre la revolución del 80: "No hubo civismo, ni exteriorizaciones populares; no hubo sino una tremenda, una enorme disolución que haría posibles las políticas del presidencialismo y del unicato sobreviniente".

Lo cual recuerda bastante a la acusación de "*gobernante absoluto*" lanzada contra Francisco Solano López por Juan Pablo Oliver, vindicador de las *Facultades Extraordinarias* del Gobernador de Buenos Aires.

El caso de José María Rosa, defensor historiográfico del partido porteñista en el Ochenta, podría pasar, con un exceso de buena voluntad, como un enfoque meramente circunstancial, si su mitrismo implícito no se compaginara de modo tan perfecto con el mitrismo explícito y confeso de sus correligionarios Irazusta y Oliver. Podrán por ahora, si lo quieren, ocultar públicamente sus diferencias para no alterar la "imagen" del rosismo. Pero el abrazo del Coliseo, ya renovado con el ingreso de Irazusta a la Academia, les espera al final de sus disputas. Salvo que algunos se atrevan, de una vez por todas, a rasgar el velo de la "Santa Federación" para incorporarse, como argentinos y no como porteños, a la vieja tradición del Federalismo auténtico, cuya bandera levantara en su hora Artigas, el Protector de los Pueblos Libres y verdadero padre del federalismo argentino.

Córdoba, julio 1971

Por CARLOS LOPEZ MATEO

Homenaje a Trotsky

por Isaac Deutscher

En este mes de agosto se cumple el 31 aniversario del asesinato de León Trotsky, a manos de Ramón Mercader del Río, agente secreto de la GPU de Stalin. En aquellos oscuros días de 1940, el trágico fin del gran revolucionario pasó poco menos que inadvertido. Hitler y Stalin se habían abrazado en un pacto. La izquierda podrida (toda la izquierda que hoy llamamos cipaya) calló o aprobó el crimen. No hubo "posters" con la cabeza leonina de Trotsky, no hubo discos con música revolucionaria, ni arrebatados cantos de protesta que evocasen sus proezas, ni estudiantes estremecidos que voceasen su nombre en las manifestaciones o anfiteatros.

Con el asesinato del jefe de la insurrección de octubre pudo verse bien cual es la naturaleza cobarde, profundamente conformista, de ciertos sectores de la pequeña burguesía de "izquierda", que pulula particularmente en las grandes universidades cosmopolitas de todas las capitales imperialistas o coloniales. La Argentina no puede quejarse de carecer de tales gentes, cuanto más vociferantes, más vacías. Con el brillante estudio que le consagrara Isaac Deutscher, rendimos nuestro homenaje al eminente compañero de Lenin.

N. de la R.

¿En qué consiste la grandeza de Trotsky? ¿Cómo se relacionan sus ideas y sus luchas con los problemas de nuestro tiempo? La característica principal de Trotsky es ser un "visionario" en el mismo sentido en el que el mito griego nos dice que Prometeo era un visionario al contrario de su hermano Epimeteo, el que "reflexiona con tardanza". Su mente, su energía, su voluntad, estaban dirigidas hacia el futuro. Se apoya siempre en el cambio y en las transformaciones que el Tiempo, el gran subversivo, deberá realizar. Nunca dudó de que vale la pena trabajar y esperar en aras del cambio y la transformación. El orden establecido, las fuerzas dirigentes, el *statu quo* son sólo un "momento" que se desvanece en el flujo de la historia. Todo su ser está penetrado de un optimismo revolucionario casi inagotable e indestructible. Su vida es una polémica feroz con Epimeteo; una lucha fratricida entre él y el que reflexiona con tardanza.

"*Dum spiro spero*" (mientras queda un soplo de vida hay esperanza) grita cuando es un muchacho de 20 años. En el umbral del siglo XX hace este juramento. "¡Mientras me quede un soplo de vida, lucharé por el futuro, el radiante futuro en el cual el hombre fuerte y bello, será el amo de la cambiante corriente de su historia, y la dirigirá hacia los horizontes infinitos de la belleza, la alegría y la felicidad!" Y, ante el espectáculo de sangre y opresión mediante el cual ha sido ominosamente inaugurado el siglo exclama: "¡Tú! tú sólo eres el presente".

Con esta frase, impregnada con toda la ingenuidad y el fervor de su juventud, Trotsky, de hecho, estableció el tono optimista constante de su vida. A través de todas las vicisitudes sería siempre fiel a sí mismo: en cada cambio de fortuna, tanto en el triunfo como en la derrota, el *leitmotif* es el mismo. En la cúspide del poder nada le es más ajeno que la aceptación del *statu quo*; sigue luchando por el cambio, por la transformación, por la Revolución Permanente. En lo más abismal de la derrota, mientras la persecución de sus enemigos lo obliga a emigrar por todo el globo, y cuando se aniquila a sus hijos y se extermina a sus amigos y partidarios, él sigue expresando, con una voz casi ahogada por la pena, su fe en el futuro, su *dum spiro spero*.

“La experiencia de mi vida (dijo ante la Comisión Dewey, al finalizar el “Contra-proceso”, en México, en 1937), en la que no han faltado ni éxitos ni fracasos, no sólo no ha destruido mi fe en el brillante y claro futuro de la Humanidad, sino que, por el contrario, le ha dado un temple indestructible. Esta fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana, que a los dieciocho años me llevó a los barrios obreros del pueblo provincial ruso de Nikolayev, esta fe la he preservado total y completamente. Se ha vuelto más madura, pero no menos ardiente”.

El brazo del asesino estaba ya suspendido sobre su cabeza cuando repitió esta idea motriz de su vida; y la única esperanza que expresa en su testamento es que se le permita legar esta esperanza a la posteridad:

“Pero cualesquiera que sean las circunstancias de mi muerte, moriré con una fe inquebrantable en el futuro comunista. Esta fe en el hombre y en su futuro me da, incluso ahora, tal poder de resistencia, que no puede dar ninguna religión... Puedo ver el brillante verdor del césped del prado bajo el muro, y el claro azul del cielo arriba de él y llenándolo todo, la luz del sol. La vida es hermosa. Que las generaciones futuras la limpien de todo mal, opresión y violencia y la disfruten al máximo”.

En estos momentos de desilusión y cinismo nada resulta más fácil que equiparar esa actitud con un optimismo o racionalismo “victoriano” fuera de moda, sino es que como una “metafísica del progreso”. Trotsky, sin embargo, no invoca la bondad innata o la racionalidad abstracta del hombre; tampoco cree en ninguna capacidad automática de perfección de la sociedad humana. Ve la tendencia de la historia como una línea terriblemente dislocada y no como una gráfica que ininterrumpidamente se eleva. Es muy consciente de los sombríos callejones sin salida a los que por sí mismos han arribado los hombres tantas veces, de los círculos viciosos en los que las civilizaciones en ascenso y en declinación se han movido, de las innumerables generaciones desconocidas para nosotros, que han vivido en una esclavitud irredenta y de la inconmensurable cantidad de crueldad y sufrimiento que el hombre ha infligido sobre el hombre.

La historia y el Desarrollo de los Fuerzas Productivas

La historia no es para él la manifestación de ninguna voluntad ni inteligencia sobrenatural; tampoco es una historia con un designio subyacente de antemano. A pesar de todo, en medio del caos salvaje y el desperdicio sangriento de esta misma historia, Trotsky ve el curso peculiar y único de la realización del hombre, su ascenso biológico por encima del “oscuro ámbito animal”, su organización social, y su estupenda capacidad creadora y productiva, que ha crecido con particular intensidad en unas cuantas generaciones de la época actual. Esta capacidad permite al hombre moderno perpetuar las bases para el crecimiento futuro y el enriquecimiento de su civilización. Le permite hacer a su cultura inmune a la decadencia, cosa que no ha sucedido a ninguna otra cultura. Todas las civilizaciones desaparecidas de la antigüedad habían dependido, para su existencia, de fuerzas productivas muy pequeñas y débiles que, en las sociedades esclavistas, degeneraban fácilmente hasta que un solo golpe —una catástrofe natural, un desastre social, o una invasión extranjera— las eliminaba del todo. De este modo, la falta de continuidad en el crecimiento cultural del hombre se debía, en lo esencial, al subdesarrollo de su fuerza productiva. La tecnología moderna ha creado, por fin, las condiciones de la continuidad; le ha dado al hombre todos los medios para registrar, fijar y consolidar sus logros. Una vez tras otra le ha permitido reconstruir su existencia social de las ruinas, y reproducir en una escala creciente su riqueza material y espiritual. Esta era para Trotsky la fuente principal de su optimismo histórico.

Pero Trotsky no previó el advenimiento de la era atómica, dirá el pesimista; no conoció las armas actuales, añadirá, inventadas por nuestros científicos y tecnólogos. En la actualidad somos capaces no sólo de destruir la civilización, sino, incluso, de conmovir los fundamentos biológicos de nuestra existencia; el crecimiento de nuestra potencia productiva nos ha dado el

poder de la autoaniquilación. El optimismo de Trotsky sobre la capacidad productiva del hombre como la clave principal de la historia es, concluirá el pesimista, cuando mucho, una reliquia patética de la era preatómica.

El pesimista está equivocado. Para empezar, Trotsky sí previó el advenimiento de la era atómica. Hizo esta previsión casi dos décadas antes de que estallara la primera bomba atómica, cuando la idea no se le había ocurrido a ningún estadista ni dirigente político, cuando eminentes científicos todavía la veían con escepticismo.

Aún en este campo fue un visionario; afirmó explícitamente que la gran revolución social y política de nuestra época coincidiría con una gigantesca revolución en la ciencia y en la tecnología. Como marxista era del todo conciente de que a lo largo de la historia, cada avance en la potencia productiva y creadora del hombre, ha aumentado su capacidad de opresión y destrucción y que en cualquier sistema social desgarrado por contradicciones internas, todos y cada uno de los actos del progreso son intensamente contradictorios.

En la sociedad de clases nuestro poder para controlar las fuerzas de la naturaleza está monopolizado por la clase social dominante, o por los grupos dirigentes, que también usan ese poder para controlar, subyugar o destruir a las fuerzas sociales hostiles a sus designios (así como a los enemigos extranjeros). Marx y Engels se percataron de esto, y su confirmación separó su optimismo social de la creencia liberal en el progreso automático de la sociedad burguesa. Marx y Engels formularon una previsión histórica dual: la Humanidad, dijeron, avanzará hacia el socialismo o retrocederá hacia la barbarie.* Trotsky, constantemente elaboró enfoques sobre esta previsión dual de los clásicos marxistas. Hace cincuenta o treinta años los burgueses liberales consideraban esta previsión como excesivamente dogmática y pesimista; ahora se inclinan a descartarla como "optimismo de alucinados".

Socialismo o Barbarie

Es cierto que el peligro de una vuelta a la barbarie es actualmente mucho más amenazador que nunca, y que, aún Trotsky, no pudo prever cuán desesperadamente grave se iba a convertir, en la era atómica, la alternativa (socialismo o derrumbe de la civilización); pero, en ese caso, la escuela marxista y en especial Trotsky, sólo pueden ser acusados de no darse cuenta de cuán profundamente estaban en lo cierto. A pesar de ello, el optimismo de Trotsky no fue pasiva profesión de fe; sus pronósticos tampoco fueron los horóscopos de un adivino. Su confianza en el futuro del hombre está fundada en la capacidad y la voluntad humanas para actuar y luchar por su futuro. Su *dum spiro spero* era un grito de guerra; cada una de sus previsiones eran llamamientos a la acción. Entendido de este modo, su optimismo en la era atómica es más válido que nunca. Cuanto más cerca este el hombre a su autoaniquilación, más firmemente debe creer en que puede evitarla, más intensa y decidida debe ser su determinación de impedirlo. Su optimismo resulta esencial para su supervivencia, mientras que la desmoralización alañera y el pesimismo resignado son estériles y sólo pueden prepararnos para el suicidio.

Trotsky es un clásico del marxismo en más de un sentido. Representa la escuela del pensamiento marxista en toda su pureza, tal y como ella existía antes de su prostitución por las *ortodoxias stalinistas* y *socialdemócratas*; sus escritos transmiten la inspiración original, el esplendor intelectual y el *Elan* moral de la idea y el movimiento. Las generaciones de socialistas y comunistas que bien en la Rusia zarista o en la stalinista lucharon clandestinamente contra la explotación y la opresión, que llenaron las prisiones y los campos de concentración, que desafiaron condenas, galeras y pelotones de fusilamientos y que no esperaban ninguna recompensa que no fuera la satisfacción moral, estaban animados por una concepción y una visión de la sociedad de la que Trotsky da una expresión acabada.

Sus escritos son, por tanto, grandes documentos de la época. Los lectores latinoamericanos encontrarán en ellos profundos descubrimientos del *ethos* de una sociedad muy parecida a la suya; una sociedad sumergida en las agonías de una revolución. Una sociedad electrificada por corrientes peculiarmente poderosas de la acción, de la pasión y del pensamiento políticos.

Como toda gran escuela de pensamiento y como todo gran movimiento social, el marxismo ha pasado por varias metamorfosis y transmutaciones; a través de sus diversas etapas de desarrollo han surgido de él fases distintas. Trotsky se interesó y se comprometió profundamente con un elemento del marxismo clásico, con la quintaesencia del marxismo: *la revolución permanente*. Marx había formulado la idea de la revolución permanente en la mitad del siglo XIX, en la era de las revoluciones de 1848; Trotsky la reformuló al principio de este siglo, durante la primera revolución rusa de 1905-6. La idea

ha sido desde entonces objeto de una feroz polémica; por más de cuarenta años ha sido proscrita del mundo comunista y considerada como la herejía de todas las herejías.

¿Cuál ha sido su significado y qué importancia tiene para los acontecimientos de nuestro tiempo? Los *stalinistas* (incluyendo a los *iruschovistas* y también a los *maoístas*) han hecho todo lo que podían para desacreditar a la revolución permanente como una fantasmagoría del ultrarradical obsesivo. Antes de que Stalin denunciara a Trotsky como "el líder de la vanguardia de la contrarrevolución mundial" (y como el aliado de Hitler y el Mikado), lo describía como un "incendiario" y un "salvaje" dedicado a preparar golpes de estado comunistas en todas partes del mundo, como el dogmático de la revolución "puramente proletaria" y como el enemigo del campesino y de los "humildes" de otros niveles "intermedios". Lo que, finalmente, descalifica a todas estas acusaciones, es el hecho de que en la larga lista de crímenes y errores que Stalin atribuyó a Trotsky, no hubo uno siquiera que él mismo, Stalin, no cometiera; y así, en su distorsionado retrato de Trotsky es posible contemplar ahora su propia imagen.

De la Rusia zarista a la Unión Soviética

La teoría de Trotsky es, en realidad, una concepción profunda e integral en la que todos los grandes giros históricos por los que el mundo está pasando (en esta fase final de la era capitalista) son representados como partes interconectadas e interdependientes de un solo proceso revolucionario. Para ponerlo en los términos más amplios, el cataclismo de nuestro siglo es visto por Trotsky como global en su horizonte y en su significación, aún cuando pasa por varios niveles de civilización y por las más diversas estructuras sociales, y aun cuando sus varias y diversas etapas están separadas una de otra en el tiempo y el espacio.

Debe recordarse que, hace sesenta años, cuando Trotsky expuso por primera vez su punto de vista, la estabilidad del viejo orden parecía incommovible: casi todos los continentes estaban dominados todavía por Europa, cuyos grandes imperios y dinastías parecían ser indestructibles. Sólo en Rusia se había resquebrajado la estructura y había aparecido la primera fisura en el zarismo, fisura que pronto fue tapiada nuevamente. Sin embargo, a través de esa fisura transitoria, Trotsky percibió el horizonte de todo el siglo por venir. Fue, en este aspecto, único entre los marxistas contemporáneos, dirigentes y teóricos, pues ninguno de ellos, ni el mismo Lenin, tuvo la audacia de sostener que Rusia sería el primer país en establecer una dictadura proletaria y emprender la revolución socialista. Lo que los marxistas generalmente creían entonces, era que la que estaba "madura" para el socialismo era la Europa Occidental, aun cuando la mayoría de los socialistas europeos compartían una creencia más bien platónica sobre el particular.

En lo que se refería a Rusia, nadie vislumbró que se encontraba en el umbral de la revolución socialista. En general, se sostuvo que se dirigía a una revolución burguesa, la cual le permitiría liberarse de su pesado lastre feudal y la transformaría en una moderna nación capitalista; en una palabra, Rusia estaba a punto de producir su propia versión de la Gran Revolución Francesa.

Una sección de los socialistas, los mencheviques, deducían de este pronóstico que la dirección de la revolución en camino, pertenecería a la burguesía liberal. Lenin y sus seguidores se dieron cuenta de que la burguesía liberal era incapaz y no deseaba enfrentarse a una tarea de esa envergadura, y de que la joven clase obrera, apoyada por un campesinado rebelde, era la única fuerza capaz de emprender una lucha revolucionaria hasta el fin. Pero Lenin seguía convencido, y afirmaba enfáticamente, que Rusia, por su propia cuenta, no podía ir más allá de una revolución burguesa y que sólo *después* de que el capitalismo hubiera sido derrumbado en Europa Occidental, podría emprender, a su vez, el camino hacia la revolución socialista.

Durante tres lustros, de 1903 a 1917, Lenin se debatió ante este problema: ¿Cómo era posible que una revolución, dirigida por la clase obrera, socialista, y en contra de una oposición burguesa, concluyera en el establecimiento de un orden capitalista? Trotsky cortó tajantemente este dogmático nudo gordiano, con la conclusión de que la dinámica de la revolución no podría contenerse dentro de una etapa particular y que, una vez desatada, superaría todos los obstáculos y barrería no sólo al zarismo sino también al débil capitalismo ruso, de tal modo, que lo que habría empezado como una revolución burguesa terminaría como una socialista.

Aquí se planteaba un problema vital. El socialismo, según lo entendían los marxistas, suponía una economía y una cultura altamente desarrolladas y modernas, una abundancia de riqueza cultural y material que pudiera ser

capaz, por sí sola, de satisfacer las necesidades de todos sus miembros y de abolir las divisiones de clase. Esto era, por supuesto, una meta que estaba fuera del alcance de la atrasada y subdesarrollada Rusia. Trotsky, por tanto, consideraba que Rusia sólo podría *empezar* la revolución socialista, pero que sería muy difícil que la *continuara* e imposible que la *completara*. La revolución se encontraría en un callejón sin salida, a menos que saltara sobre las fronteras rusas y pusiera en movimiento a las fuerzas de la revolución en el Occidente. Trotsky suponía que así como la revolución rusa no podría ser contenida dentro de la etapa burguesa, del mismo modo no podría detenerse dentro de las fronteras nacionales: sería el preludio, o el primer acto, de una insurrección universal. La revolución sería, tanto al nivel nacional como al nivel internacional, una revolución permanente.

De modo paradójico, este aspecto internacional de la teoría, fue mucho menos polémico cuando Trotsky lo anunció por primera vez, de lo que más tarde lo sería. Fue un elemento de la teoría mucho menos discutido que la insistencia de Trotsky en la tesis de que Rusia iniciaría la insurrección socialista.

El marxismo clásico se había percatado profundamente del horizonte y del carácter internacional del capitalismo moderno y hacía hincapié de modo particular en la división internacional del trabajo como una de sus características más progresivas. Marx y Engels habían dicho, en el *Manifiesto Comunista*, que el socialismo empezaría allí donde hubiera terminado el capitalismo: evolucionaría, ampliaría, intensificaría y racionalizaría la división internacional del trabajo heredada del capitalismo. Esta idea era parte consubstancial de la tradición intelectual del marxismo. Pero, a principios de siglo, comenzó a caer en desuso o en el olvido y tenía muy poco impacto en las líneas de acción políticas del movimiento obrero.

Trotsky resucitó la idea y la encuadró dentro de un contexto más vivo y actual. Veía al socialismo y a la nación-estado como incompatibles. De este modo repudiaba, en forma implícita, al "socialismo en un solo país" de Stalin, veinte años antes de que Stalin comenzara a predicarlo.

Aislacionismo e Internacionalismo

Estos argumentos no quieren decir, como los stalinistas aseguraron, que cuando la revolución rusa quedó aislada, hacia los veinte, Trotsky no le concediera ninguna esperanza ni posibilidad de supervivencia y desarrollo. El siempre había mantenido que la revolución debería *empezar* en escala nacional y había previsto, como una alternativa de su desarrollo, su aislamiento temporal en un solo país. Con esta concepción, cuando el régimen bolchevique, en la realidad, quedó aislado, Trotsky luchó por su supervivencia vigorosa y exitosamente: primero como Comisario del Pueblo para la Defensa y después como el principal sostenedor de la rápida industrialización de la URSS, lo que sí es cierto, sin embargo, es que veía al confinamiento de la revolución en un solo estado, como algo totalmente pasajero. Se rehusaba a ver a la revolución rusa como un desarrollo autosuficiente, capaz de lograr su consumación dentro de sus fronteras nacionales. Persistió en considerarla como el primer acto de un drama universal, aún cuando la "pausa", "el intermedio" antes del siguiente acto se tornaron mucho más largo de lo previsto.

Por supuesto, incluso el mismo Stalin, nunca renunció de un modo inequívocamente explícito al "vínculo" que unía a la URSS y al comunismo mundial: el compromiso bolchevique con el internacionalismo marxista había sido muy fuerte como para mofarse abiertamente de él. Pero esta idea, a la que Stalin se refirió sólo de un modo demagógico, era consubstancial de todo el pensamiento y la actividad de Trotsky.

En este punto, puede ser pertinente una analogía con la historia norteamericana. La dicotomía entre el aislacionismo y el internacionalismo, que tan constantemente aparece en la historia soviética, aun cuando de una trágica manera que es mucho más confusa y mucho más violenta. El stalinismo representó al aislacionismo bolchevique, un aislacionismo positivo entre las dos guerras mundiales, y un aislacionismo desintegrador más tarde. El trotskismo era el internacionalismo bolchevique, intransigente y auténtico. El carácter confuso y ambiguo del aislacionismo soviético es producto del hecho de que, a diferencia de su equivalente norteamericano, había heredado una ideología internacionalista con la que se encontraba en conflicto continuo. Además, el aislacionismo soviético no contaba con los elementos geográficos del norteamericano; la URSS no estaba separada por dos océanos de las potencias hostiles o potencialmente hostiles.

Durante veinte o veinticinco años, desde el principio de la década de 1920-29 hasta el final de la de 1940-49, todas las apariencias de la situación mundial estuvieron en contra de la doctrina trotskista. La revolución no pro-

gresó fuera de la URSS y parecía que su contención dentro de las fronteras soviéticas fuera a ser para siempre. Puede ser controvertible precisar hasta qué punto esto se debió a las circunstancias "objetivas" y hasta qué punto el stalinismo contribuyó para prolongar la "pausa" de los procesos revolucionarios.

De cualquier modo, el stalinismo no sólo se conformó con el confinamiento nacional de la revolución, sino que proclamó su autoconfinamiento y auto-suficiencia nacional. Muchos anticomunistas (que prefieren a Stalin, el "estadista realista", en comparación a Trotsky, el "soñador" o "incendiario") aplaudieron al primero por tomar este curso. Lo mismo hicieron todos los partidos comunistas. "¿No tiene razón Stalin al consolidar al Socialismo en un solo país?", decían. "Sólo el espíritu de capitulación y de perversidad contrarrevolucionaria pueden impulsar a Trotsky a sostener que el socialismo no puede realizarse dentro de un solo país".

Stalin o "el Socialismo en un solo país"

El triunfo de Stalin, a pesar de lo duradero que fue, mostró en realidad ser tan transitorio como la situación que lo produjo. "El socialismo en un solo país", puede contemplarse ahora como el reflejo ideológico de circunstancias temporales, como un ejemplo característico de "conciencia falsa", más que como un programa realista. El acto siguiente de la revolución permanente empezó mucho antes de que la URSS llegara a acercarse siquiera al socialismo. (Es una parodia de la verdad afirmar que la Unión Soviética es —o era en los tiempos de Stalin— una sociedad socialista; incluso hoy, después de sus progresos recientes, se encuentra todavía en alguna parte del camino entre el capitalismo y el socialismo). La famosa "capacidad de estadista" de Stalin es ahora repudiada y ridiculizada por sus antiguos acólitos, que describen su dominio como una larga noche oscura de violencia sangrienta infligida contra el pueblo ruso. Estas denuncias deben tomarse con reserva; contienen un ápice de verdad, pero tienden a oscurecer las realidades subyacentes más profundas de la época de Stalin. La aislada revolución rusa, no pudo resolver en forma satisfactoria las tareas que ella misma se había impuesto, debido a que ellas no podían ser resueltas dentro de un solo estado. Mucho de lo que hizo Stalin consistió en resolver la cuadratura del círculo por medio del terror contra las masas. Y, en realidad, su socialismo en un solo país fue, como sostuvo Trotsky, la utopía de un pragmático. La Unión Soviética la abandonó hacia el final de la segunda guerra mundial, cuando sus tropas, pisándole los talones a los ejércitos de Hitler, atravesaron una docena de países extranjeros y acarrearón la revolución sostenidos por las puntas de sus bayonetas y por las torretas de sus tanques.

Después, en 1948-49, vino el triunfo de la revolución china, que Stalin no esperaba y a la que había obstaculizado en todo lo posible. La "pausa" había llegado definitivamente a su conclusión. Se había levantado el telón y el mundo era testigo de la apertura de un nuevo acto de la revolución internacional; y, desde entonces, Asia, Africa, e incluso América latina, están ardiendo. Al parecer, cada una de sus revoluciones son nacionales en su carácter y su perspectiva, pero, sin embargo, cada una cae dentro de un esquema que es internacional. La dinámica revolucionaria no puede detenerse; la revolución permanente ha vuelto a ocupar su lugar y cualesquiera que sean los futuros intervalos y derrotas, constituye la esencia y el contenido socio-político de nuestro siglo.

La historia difícilmente otorga una confirmación total a cualquier gran idea anticipatoria. No da esta confirmación ni siquiera a Trotsky, pues ningún pensador ni dirigente político es infalible. La gran predicción de Trotsky se está volviendo realidad, pero no en la forma en que él la previó. La diferencia, sin embargo, no se presentará a la posteridad tan grande como nos parece a nosotros. Un historiador que contemple nuestros tiempos desde la posición ventajosa de otra era, verá a nuestro siglo, casi con toda seguridad, no como el siglo norteamericano o ruso, sino como el siglo de la Revolución Permanente. Lo probable es que, en visión retrospectiva, conceda escasa importancia a las interrupciones y a los intervalos, al contemplar en su continuidad al proceso entero. Pero, para los contemporáneos, para la generación de Trotsky y para la nuestra, las interrupciones y los intervalos están tan llenos de tensión y conflicto, como lo están las acciones principales; comprenden una gran parte de nuestras existencias y absorben nuestros esfuerzos y energías. Trotsky pasó la primera parte de su vida militante dentro de un flujo ascendente de la revolución y la segunda en su marea descendente: de aquí las frustraciones y las derrotas que siguieron a sus triunfos y la esterilidad relativa de gran parte de su lucha contra Stalin. En la URSS sus numerosos e importantes partidarios fueron físicamente exterminados.

El exterminio fue tan grande, que hoy día los trotskistas soviéticos aparecen como los decembristas de hace cien años, una generación de revolucionarios

“sin hijos”, sin descendientes políticos directos. Fuera de la URSS, el trotskismo no ha sido un movimiento político vital: la Cuarta Internacional nunca ha podido iniciarse vigorosamente. Incluso el genio político de Trotsky no pudo convertir el reflujo en un flujo.

Más aún, la Revolución Permanente ha tomado un rumbo muy diferente del que Trotsky había previsto. De acuerdo con la tradición del marxismo clásico, él también pensaba que sus próximas acciones se presentarían en los países más “avanzados y civilizados” del Occidente. Grande era la importancia que tenían Alemania, Francia, Inglaterra e incluso EUA, en sus perspectivas revolucionarias y perentorias eran las esperanzas que había puesto en estos países. * En lugar de lo previsto, ha sido el Oriente, atrasado y subdesarrollado, el que se ha convertido en el teatro principal de la revolución. No es que Trotsky descuidara las potencialidades del Oriente —muy al contrario— sino que las consideraba como de un carácter secundario en relación a las potencialidades revolucionarias del Occidente, que a sus ojos serían al final las decisivas.

Este error de perspectiva (si éste es el término adecuado que debe emplearse aquí) está estrechamente vinculado con la apreciación marxista del papel de la clase obrera industrial en la sociedad moderna, una evaluación resumida en el famoso epigrama, “la revolución será la obra de los obreros o no habrá revolución”. Sin embargo, ninguna de las insurrecciones sociales de las dos últimas décadas han sido estrictamente “creación de los obreros”. Todas ellas han sido llevadas a cabo por organizaciones militares firmemente unidas y/o por pequeños partidos burocráticos.

En esos levantamientos sociales el campesinado ha sido, con mucho, una fuerza más activa que el proletariado industrial. Esto ha sucedido ante todo en la mayor de estas convulsiones revolucionarias, la china. Los guerrilleros de Mao llevaron la revolución del campo a la ciudad, mientras que para Trotsky era un axioma absoluto el que la revolución debía ir de la ciudad al campo y que no podría triunfar sin la iniciativa y la dirección urbanas.

La clase obrera y la revolución social

Saltar de aquí a la conclusión que algunos escritores, y, en especial, el recientemente extinto C. Wright Mills, han sacado sobre la bancarrota de la concepción marxista de la clase obrera industrial como el principal “agente histórico” del socialismo es, sin embargo, apresurado. No debemos olvidar que por más de un siglo las clases obreras de Europa fueron, en la práctica, los principales agentes del socialismo y que, generación tras generación, lucharon por él con una inteligencia, una pasión y un heroísmo que asombraron al mundo. Nadie puede borrar de la historia los hechos de los cartistas ingleses y de los comuneros franceses, la lucha de los obreros alemanes contra Bismarck y los Hohenzollerns, la épica lucha clandestina, que duró más de medio siglo, de los obreros socialistas y comunistas de Polonia y las insurrecciones proletarias de Rusia de 1905 y 1917. Este constituye un balance sin paralelo en los anales de la Humanidad, pues ninguna de las causas explotadas y oprimidas de las sociedades anteriores —esclavos, siervos, campesinos “libres” o plebeyos de la ciudad— habían mostrado jamás, ni siquiera remotamente, una capacidad comparable de elaboración coherente de pensamiento político, de autodisciplina, de organización y de acción. Fueron las “manos de fábrica” de San Petersburgo y no los intelectuales bolcheviques o mencheviques, las que “inventaron” la institución del Consejo de Diputados Obreros, el Soviet. Aun los soviets prostituidos de la actualidad (y en esto se asemejan a los sindicatos burocratizados de Occidente) siguen siendo monumentos —en verdad espantosamente distorsionados— de la creatividad política de la clase obrera. Todas las derrotas sufridas por los obreros, todos sus fracasos para asegurar los frutos de sus victorias, e incluso sus frustraciones para desempeñar un papel decisivo en las revoluciones de las dos últimas décadas, no son suficientes para privarlos del título de los “principales agentes del socialismo”, un título que se han ganado a lo largo de un siglo. Se necesita un sentido de las proporciones y de la perspectiva, para evitar sacar generalizaciones sobre un proceso histórico a larga escala, en base a una fase particular del mismo.

Después de haber dicho lo anterior, debemos admitir que lo complejo del desarrollo histórico puso a muy dura prueba la concepción marxista del socialismo proletario y las creencias y esperanzas de todos los militantes del movimiento obrero. El mundo está en el umbral de la Revolución Permanente. Pero ¿es esta revolución la del socialismo proletario? Para que la idea de Trotsky conserve su plena validez, aún es necesario el cumplimiento de su premisa básica: los obreros de las naciones avanzadas e industrializadas —y dentro de ellas se encuentran, en la actualidad, tanto la soviética como las de Occidente— deben recuperarse de la apatía, la confusión y la resignación a

las que el reformismo occidental y el stalinismo los han conducido. Deben reafirmarse como los principales agentes del socialismo. El problema de quién sea, al final, el que controle la revolución de nuestro siglo está aún por resolverse: ¿serán las burocracias tiránicas e irresponsables o la clase obrera como representante de los intereses generales de la sociedad? De la resolución y respuesta a esta pregunta depende mucho más, infinitamente más, que la mera validez de ésta o aquélla doctrina. Lo que está en juego son todos los valores materiales y espirituales que el hombre ha creado y acumulado durante su historia.

La idea de que la clase obrera es, o debe ser, el actor principal de la revolución social, determina todo el pensamiento político de Trotsky, su concepción del régimen soviético y del Partido Bolchevique y toda su lucha contra las ortodoxias socialdemócrata y stalinista; la "democracia proletaria" es la noción clave de todos sus razonamientos y argumentos.

Trotsky, como todos los marxistas revolucionarios, considera a la dictadura proletaria como una de las condiciones políticas necesarias para la transición mundial del capitalismo al socialismo. Nadie, entre sus camaradas y rivales, ni siquiera Lenin, era "más terco y duro" en el sostenimiento de este principio, tanto teórica como prácticamente. Describir a Trotsky como un humanitarista dulzón, como un soñador intelectual, como un predicador de la no-violencia, como una figura del tipo de Gandhi dentro del bolchevismo, sería falsificar la historia. Este gran mártir no vivía de leche de cabra, ni negociaba con la leche de la bondad humana. Sabía que muchos de los giros decisivos de la historia habían sido teñidos con sangre humana. (La guerra civil norteamericana era uno de sus ejemplos favoritos al respecto.) No retrocedía ante las medidas drásticas cuando estaba convencido de que eran necesarias para lograr el progreso de la humanidad. Y sería hipócrita condenarlo por esto en nombre de la civilización occidental y sus valores, una civilización que tiene en su haber las matanzas masivas de dos guerras mundiales y que ha expuesto a la humanidad a los peligros de la guerra nuclear. En donde radica la diferencia entre Trotsky y estos carniceros glorificados por la historia, es en el hecho de que él nunca, ni en un solo momento, se regocijó de rudeza alguna de sus medidas ni del tufo de la sangre. Preparó la mas grande e importante de las insurrecciones armadas, el levantamiento del 7 de noviembre de 1917, de tal modo que, aun los testigos más hostiles, reconocen que el número de bajas no llegaron a diez, y como jefe del ejército proletario en la guerra civil trató el derramamiento de sangre al modo de un cirujano, como una parte indispensable pero estrictamente limitada, de una operación necesaria y saludable.

Parlamentarismo burgués y Partido Bolchevique

Fue partidario de la dictadura proletaria porque consideró axiomático el que los terratenientes, los capitalistas y los esclavistas, no iban a dejar, en lo general, sus propiedades y su poder sin luchar salvajemente. (Sucedió así en Rusia, donde fueron apoyados y armados por todas las grandes democracias occidentales.) Sólo una dictadura podría salvar a la revolución rusa. Pero, ¿cuál sería su carácter?

Es indispensable, en este punto, dar a sus ideas el significado que tenían para él (y de hecho para Lenin y para los primeros bolcheviques), ya que, desde aquel entonces, con la experiencia de los regimenes totalitarios, se ha adicionado a estas ideas elementos repulsivos ajenos a ellas. En la concepción de Trotsky la dictadura proletaria era, o debería haber sido, una democracia proletaria. Esto no constituía una paradoja. No se debe olvidar que Trotsky, como otros marxistas, estaba acostumbrado a describir todas las democracias burguesas (la monarquía constitucional inglesa, la República Alemana de Weimar, la Tercera Republica francesa, y el sistema político de los EUA) como "dictaduras burguesas". Sabía, por supuesto, que en términos estrictamente políticos y constitucionales, estos regimenes no eran dictatoriales, ni siquiera semidictatoriales, y tomaba muy en cuenta las libertades que el pueblo disfrutaba en las democracias parlamentarias. (La importancia que daba a estas libertades puede verse en su controversia con la Komintern stalinista sobre el fascismo y la democracia en Alemania).

Pero Trotsky insistía en describir al sistema parlamentario occidental como una dictadura burguesa en el sentido más amplio, como un régimen en que, debido a que se basaba en la propiedad capitalista, garantizaba a las clases poseedoras la supremacía económica y social, y, por lo tanto, su supremacía política y cultural. El término "dictadura burguesa" describe precisamente esa supremacía y ese dominio y no se refiere necesariamente a un sistema constitucional particular o a un método de gobierno. Del mismo modo,

cuando Trotsky (o Lenin o Marx) habla de la dictadura proletaria, usa el término en su significado más amplio, para caracterizar un régimen que debe asegurar la supremacía social de la clase obrera; no se refiere, pues, a ninguna forma constitucional, ni a ningún método de gobierno. De modo semejante a la "dictadura" burguesa, la proletaria puede ser, desde el punto de vista político, va dictatorial, ya democrática, puede tomar distintas formas constitucionales. En el período inmediatamente posterior a la revolución y durante la guerra civil, su tendencia derivará a ser estrictamente dictatorial; en circunstancias más normales su tendencia derivará hacia la democracia, pero incluso en su etapa estrictamente dictatorial ésta deberá ser siempre, tal y como lo era el régimen soviético al principio, una democracia proletaria, que asegure una genuina libertad de expresión y asociación cuando menos a los obreros, y que les permita ejercer un control efectivo sobre el gobierno. Esta concepción de la dictadura no tiene nada que ver con ningún poder auto-designado, de una oligarquía o de una autocracia "socialista", o con un sistema de gobierno "monolítico", totalitario. En realidad constituye su negación total. No hay que extrañarse, por tanto, de que bajo el stalinismo esta concepción fuera denunciada como una herejía menchevique y erradicada del pensamiento comunista. Para las mentes formadas en la escuela stalinista, la convicción de que la clase obrera es o debe ser la guía del socialismo, ha sido erradicada con efectividad.

Como muchas otras concepciones, su concepción del partido también surtía de esa convicción. Es imposible, dentro del contexto de esta antología, * ilustrar adecuadamente la evolución tan compleja de los puntos de vista de Trotsky a este respecto. Los lectores interesados en esta evolución pueden consultar los tres volúmenes de mi biografía de Trotsky. * Aquí resultará suficiente recordar que en este punto, Trotsky estuvo en desacuerdo con Lenin por casi quince años y en oposición encarnizada con Stalin por cerca de veinte. Codo con codo, marchó con los bolcheviques durante seis años, los años de "conmoción mundial", de 1917 a 1923; los motivos de sus polémicas contra Lenin difieren en sus fundamentos, ampliamente de los de su antagonismo con Stalin. Sin embargo, hay un *leitmotif* que campea a través de ambas controversias: la repugnancia de Trotsky a cualquier forma de tutelaje del partido sobre los obreros. Fue por tal sospecha, de que Lenin ambicionara ejercer cierto tutelaje, por lo que receló de él hasta antes de 1917; más tarde vio encarnada y realizada esa ambición en Stalin. Trotsky reconoció que se había equivocado gravemente con respecto a Lenin, quien había preparado al Partido Bolchevique para *dirigir* a los obreros, no para *domarlos* o *subvugarlos*. Al hacer la distinción entre la dirección legítima, por una parte, y el tutelaje y la usurpación por otra, el Trotsky maduro corrigió cierta unilateralidad de su parte: había confiado demasiado en la espontaneidad de la conciencia de clase de los obreros, en su inteligencia y voluntad revolucionarias inherentes, las que por sí mismas asegurarían la victoria del socialismo. Había tenido cierta inclinación a ver a la clase obrera como un cuerpo social homogéneo, animada en su conjunto por la misma preocupación socialista y en posesión de una gran capacidad de acción política. Una clase obrera así no necesitaba una guía especial; el partido sólo tenía que identificarse con ella y expresar sus aspiraciones.

La naturaleza de clase del partido

Lenin también tenía como básica la convicción de la "misión histórica" de los obreros como agentes principales del socialismo, pero, al mismo tiempo, veía a la clase obrera más realista y críticamente. La veía como un cuerpo complejo y heterogéneo, constituido por capas diferentes, cada una con su propio origen e historia, cada una vinculada de un modo distinto con el campesinado, con la pequeña burguesía y con el resto de la clase obrera, cada una con su propio nivel de educación y su conciencia social específica y cada una con su propio grado de capacidad (o incapacidad) para la acción revolucionaria. Esta masa tan grandemente diferenciada, sólo estaba unida por su condición proletaria dentro de la sociedad y por su antagonismo a la explotación capitalista y estaba desunida por fuerzas centrífugas que operaban en su seno y por sus diversos grados de receptabilidad al socialismo. La clase *auténtica* estaba constituida por elementos progresistas y atrasados, sólidamente conscientes y apáticos, valientes e indolentes; en síntesis, necesitaba la dirección del partido con el objeto de ser elevada a su "misión" revolucionaria.

En consecuencia, el partido no podía simplemente identificarse con los obreros y no se podía contentar con sólo percatarse y expresar su ánimo; tenía que moldearlos. Ante todo, tenía que identificarse con los obreros avanzados con objeto de llevar a cabo junto con ellos la tarea de educar políticamente a los atrasados. El partido, por lo tanto, debía ser una "vanguardia pro-

letaria", una lúcida élite marxista, indomable, autodisciplinada y capaz de suministrar el "estado mayor" de la revolución.

El Trotsky maduro aceptó esta idea leninista y nunca la abandonó. Resultaría ocioso negar los peligros inherentes a todo tipo de partido de élites, peligros a los cuales el joven Trotsky había sido tan sensitivo. En la actualidad, sus filípicas juveniles contra el esquema del partido de Lenin, se leen como previsiones proféticas del régimen stalinista.* La élite podría muy fácilmente convertirse (y así sucedió) en una oligarquía y la oligarquía acarrearía, a su vez, al irremovible dictador. Trotsky, sin embargo, aceptó el esquema de Lenin, no sólo debido al análisis abrumadoramente realista de la relación entre el partido y la clase, sino ante todo debido a la forma como el partido de Lenin (a diferencia del de Stalin, Jruschov y sus herederos) ejercía su dirección. A pesar de la elevada disciplina con que se estructuraba el partido, éste también era una libre asociación de revolucionarios, en la que sus derechos democráticos dentro de la organización tenía un carácter axiomático y los cuales eran plenamente utilizados para criticar a sus líderes sin temor o adulación y para rebatir, en forma frecuente, incluso en público, todas y cada una de las líneas políticas de acción.

El Centralismo Democrático de Lenin

Las grandes prerrogativas del Comité Central leninista, la gran concentración de poder en sus manos y la obligación de los miembros del partido para actuar al unísono bajo sus órdenes, eran efectivamente equilibradas por una crítica abierta y un control democrático desde la base.

El "centralismo democrático" de Lenin debe distinguirse de la ultracentralización burocrática, característica del stalinismo. El partido en su condición de élite, no estaba destinado a ser, según la intención de Lenin, un organismo autosuficiente que sustituyera a la clase obrera como agente del socialismo. Estaba destinada a ser parte de la clase obrera, del mismo modo que en cualquier ejército la vanguardia sigue siendo parte integrante del grueso de las fuerzas combatientes, incluso en los momentos en que actúa como destacamento especial en la realización de una función específica. En el partido leninista, la base de militantes tenía la libertad de cambiar la composición del Comité Central, del mismo modo que en la República soviética la clase obrera tenía el derecho (legalmente ratificado en la Constitución) para quitar y reemplazar al partido en el poder. La democracia proletaria incluía la democracia interna partidaria como su aspecto particular.

Sabemos que, a pesar de lo irreprochable que este esquema pudo haber sido, desde el punto de vista ideal, las realidades de la revolución lo transformaron. Esta transformación no fue el resultado de un "accidente histórico" ni de la malintencionada voluntad de Stalin. El atraso de la vieja Rusia encontró su más cruel expresión en el advenimiento del stalinismo. La clase obrera soviética se había agotado por la revolución y la guerra civil. Se había reducida catastróficamente en número. Estaba desmoralizada y desorganizada debido a los colapsos de la economía entera. Bajo estas circunstancias, la clase obrera soviética demostró ser incapaz para preservar la democracia proletaria y controlar al partido en el poder. Dentro del partido también, la base de los militantes, no pudo salvaguardar sus derechos ni controlar a sus dirigentes. El régimen bolchevique adquirió de este modo el carácter burocrático y monolítico que iba a mantener por décadas.

La lucha de Stalin contra Trotsky constituyó una etapa crucial de esta transformación. La extraordinaria crueldad y furia de esta lucha, se explica por el hecho de que el "trotskismo" representaba la conciencia de la revolución; que recordaba, de modo insistente, al Partido Bolchevique su compromiso con la democracia proletaria, y que enardecía en la clase obrera, la aspiración, nunca del todo extinta, de que se convirtiera de nuevo en el agente del socialismo. Por toda una época, el trotskismo fue la única alternativa revolucionaria al stalinismo.

Las ideas de Trotsky sobre la "construcción del socialismo" eran también diametralmente opuestas a la teoría y práctica stalinistas. Una breve recapitulación puede ayudar a que enfoquemos el contraste. Trotsky fue el primer vocero y promotor de la industrialización acelerada de la URSS. Comparte, por tanto, el éxito de su presente situación ascendente de su economía. También consideraba a la colectivización de la agricultura como un paso necesario y paralelo a la industrialización y como el camino para llegar a un modo de producción agrícola superior al basado en las pequeñas parcelas laboradas con instrumentos arcaicos.

En cierto modo, Stalin robó todos estos "ropajes" de Trotsky, después de que lo había derrotado. Tomó el programa de la industrialización y la colec-

tivización de la Oposición de Izquierda.* Esto ha llevado a ciertos "soviétólogos" a afirmar que no había mucha diferencia entre Stalin y Trotsky, que "no era mucha la diferencia entre ellos". El argumento falla en un punto esencial. a saber, en el hecho de que Stalin, mientras se vestía con los "ropajes" de Trotsky, los empapaba con la sangre de los obreros y los campesinos soviéticos. Aquí tenemos, en una nuez, la diferencia entre los "métodos de la construcción socialista" de ambos.

En el esquema de Trotsky sobre estos procesos, la rápida industrialización tenía que ser promovida con el consentimiento de los obreros y no contra sus intereses y su voluntad. Esto suponía una expansión simultánea y equilibrada de las industrias de bienes de consumo y de medios de producción, un mejoramiento más o menos continuo del nivel de vida de la población y una participación creciente, consciente y voluntaria de los obreros en el proceso de la planificación. Resumía este último punto en la frase "planificar desde abajo así como desde arriba". Stalin, sin embargo, promovió un desarrollo unilateral de las industrias de medios de producción, descuidando las industrias de bienes de consumo. A consecuencia de esta política, el nivel de vida de las masas descendió o quedó estancado, y a los resentidos obreros al negárseles los beneficios de la industrialización, se les privó también de voz en la determinación de la política económica. Se les quitó todo derecho de protesta, de huelga e incluso de opinión. En el curso de dos décadas, los obreros fueron penados por las ofensas más triviales a la "disciplina del trabajo", con años de esclavitud y tortura en el infierno de los campos de concentración stalinistas. Durante la década de 1930, Trotsky fue su único defensor incondicional y también el único que los escuchó. Su voz resonó en todo el mundo a pesar del ruido ensordecedor de una mordaz propaganda stalinista. De modo similar la colectivización de la agricultura, de hacerse como Trotsky la hubiera promovido, debería haberse llevado a cabo gradualmente, por medio de la persuasión, con el consentimiento del campesinado, y no reforma "integral" como Stalin la forzó en los años de 1929-32.

Trotsky y América latina

Se afirma a veces que si hubieran regulado el ritmo de la industrialización y de la colectivización, medios persuasivos en lugar de los coactivos, la URSS no hubiera sido capaz de construir su potencia económica y militar tan pronto como lo hizo, no lo suficientemente rápido como para surgir victoriosa de la Segunda Guerra Mundial y de romper, poco después, el monopolio de la energía atómica. Un razonamiento de este tipo no puede ser aceptado ni refutado con fundamentos meramente empíricos. Debemos darle, sin embargo, mucha importancia al contraargumento de Trotsky, de que bajo una dirección más racional y civilizada que la de Stalin y, sobre todo, más sensitiva a las necesidades populares, la potencia económica y militar de la URSS hubiera sido colocada sobre bases más sólidas y hubiera sido mucho más efectiva. Gran parte de lo que ganó Stalin en el proceso de desarrollo a un ritmo de crecimiento acelerado, lo perdió por otro lado por medio de la mala administración y el desperdicio burocrático. Por cierto que ese desperdicio de hombres, así como de materiales, fue terrible. Tampoco se debe "olvidar" la "pérdida" que la conducta de Stalin, en el ámbito de las relaciones internacionales, le costó a la URSS cuando, *inter alia*, le permitió a los ejércitos de Hitler ocupar y devastar las tierras soviéticas más ricas, durante la Segunda Guerra Mundial.

De cualquier modo, las críticas que Trotsky hizo de los planes quinquenales de Stalin, han recibido un eco por parte de sus propios herederos, quienes, por supuesto, estuvieron estrechamente asociados con las prácticas de su amo.

Si el "método" stalinista era históricamente inevitable, entonces lo fue sólo en un sentido, a saber, debido a que el grupo dirigente soviético, o, más ampliamente, la burocracia soviética en su totalidad, estaba demasiado atrasada, era demasiado ruda, demasiado brutal, como para ensayar un modo de construcción del poder soviético más civilizado y más socialista.

En última instancia, los vicios de la burocracia surgieron de la vieja barbarie rusa que sobrevivió a la Revolución de Octubre y que después la venció. La tragedia de Trotsky y Rusia consistió en que, incluso en la lucha para arrancarla de su barbarie, Rusia misma fue incapaz de elevarse por encima de ella.

Muchos lectores occidentales pueden encontrar difícil visualizar la inmensidad aterradora del conflicto que durante dos décadas desgarró a la historia soviética; espero, sin embargo, que las páginas siguientes * puedan darles una visión del ambiente intelectual y moral, del dramático destino y del cálido sentido humano que Trotsky llevó a la lucha. La libertad de su espíritu y la extensión asombrosa de sus intereses y actividades, están fielmente reflejadas

en sus escritos. El mismo dijo de Lenin que éste pensaba en "términos de continentes y de épocas"; ello se aplica punto por punto también a él; incluso tanto su pensamiento como su época estaban todavía centrados en Europa, trascendía constantemente este límite y llegó a otros pueblos y a otros continentes todavía "silenciosos", y hasta nuestra época, en la que todos ellos adquieren sus propias voces y dar, por fin, un carácter realmente universal a la política.

Durante los años de su último exilio, a todos los lugares a los que tanto la feroz persecución de Stalin como la de las "democracias" occidentales lo obligaban a tocar, desde una remota isla turca, desde un escondite en los Alpes franceses, desde un pueblecillo noruego y, finalmente, desde Coyoacán, un suburbio de la Ciudad de México, su mente y su corazón nunca dejaron de abarcar al mundo. Su internacionalismo no era sólo una convicción intelectual, era tan espontáneo que parecía un instinto. Era un sentimiento que se mostraba con una solidaridad cada vez más viva y activa siempre que era necesario apoyar a uno de los sectores de la humanidad oprimida y combatiente. Estaba tan intensamente preocupado con las perspectivas de la revolución china, en el período de su eclipse, como lo estaba del destino que esperaba a los obreros alemanes en el umbral del ascenso de Hitler al poder, o como lo estaba con las funestas ilusiones de los frentes populares de Francia y de España. Seguía la lucha por la independencia de la India, Indonesia e Indochina (como se le llamaba antes a Vietnam) y profundizaba sobre la naturaleza de sus relaciones de clase. Su oído percibió todos y cada uno de los temblores sociales que sacudían a América latina y aun, en sus últimos días, sus pensamientos estuvieron siempre atentos a las acciones de los negros norteamericanos, que estaba seguro, se alzarían un día en masa contra sus opresores. Se sentía en su propia casa en todas las naciones y con todos los pueblos de la tierra, ya que cada uno de ellos tenía que contribuir con su cuota dentro de la Revolución Permanente.

Las ideas de Trotsky

En otro aspecto la amplitud de sus ideas y de su obra es excepcional. Dirigente político, sociólogo, economista, jefe de ejércitos, teórico militar, "espelelista" excepcional en insurrecciones armadas, historiador, biógrafo, crítico literario, maestro de la prosa rusa y uno de los más grandes oradores de todos los tiempos, Trotsky lleva a la totalidad de estos campos de su actividad, su inteligencia inquieta y original y su extraordinario poder de expresión. Trata todos los temas que aborda con su modo peculiar, como nadie los habría de abordar después. Incluso cuando repite los lugares comunes del marxismo, vuelve a descubrir, diríamos, la verdad que contienen y les da nueva vida, de tal modo que, tratados por él nunca se convierten en clichés; los reafirma con objeto de sacarles conclusiones nuevas y creadoras. Trotsky es, en muchos aspectos, el más ortodoxo de los marxistas, pero toda su personalidad rechaza el tufo de la ortodoxia. Habla con autoridad, pero no con la de los escribas y en su espíritu, su temperamento y su estilo está más cerca de Marx que cualquier otro de sus discípulos y seguidores.

"El estilo es el hombre", pero también es la época. El estilo de Trotsky refleja soberbiamente el período heroico de la historia de la revolución y del marxismo, con todo su *ethos* y colorido. Este período se ha oscurecido, a los ojos de la generación actual, con la sangre y el lodo del stalinismo, y por las ambigüedades de los regímenes post-stalinistas en la URSS y en otros países orientales. Es por tanto, mucho más importante la necesidad de que el estudioso de la historia contemporánea trate de penetrar profundamente a través de estos disturbios, hasta llegar a la inspiración original, semiolvidada, de la Revolución de Octubre. El esfuerzo mental requerido para hacer esto, puede compararse con el esfuerzo de purificación y restauración al que, en la actualidad, someten en los museos y galerías a las antiguas obras de arte. Estas obras estuvieron tanto tiempo cubiertas por la mugre y la pátina, que frecuentemente su colorido e incluso sus formas han sido olvidadas, hasta tal grado, que los historiadores del arte llegaron a considerar estas inserciones desdibujadas como partes de la propia paleta y visión del mundo del antiguo maestro. Disertaciones muy eruditas se han escrito sobre los "esquemas de colores de un Goya o de un Greco basadas en estas suposiciones erróneas, hasta que un día, investigadores inquisitivos y valientes, comenzaron a rascar y limpiar cuidadosamente la superficie de una famosa obra maestra; en el proceso de restauración apareció un "esquema de colores" del todo diferente y que asombró a los investigadores. Era un "esquema" lúcido y brillante y tenía muy poco parecido con el "esquema de colores" construido por los eruditos expertos.

Las imágenes del marxismo, del leninismo y de la revolución rusa suministradas por los soviétólogos occidentales y por los ideólogos soviéticos tienen

en común, por igual, con las teorías de los desafortunados expertos del arte, lo siguiente: presuponen, también, que todas las distorsiones, todo el hollín y toda la sangre de la superficie pertenecen, de algún modo, a los originales. Mientras tanto la historia acaba de ponerse a trabajar lenta y titubeantemente, rascando los detritus distorsionadores del marxismo y de la revolución. Los escritos de Trotsky son ya, y lo serán cada vez más, un elemento muy importante y activo en esta obra de restauración.

Lo que está implícito aquí, sin embargo, no sólo es la recuperación de la imagen histórica auténtica de una gran época. Las ideas de Trotsky no pertenecen sólo al pasado. De modo curiosamente confuso se han interconectado en forma estrecha con las controversias críticas del presente. Es verdad que el mismo Trotsky fracasó en sus intentos por crear un movimiento comunista independiente y políticamente efectivo. Sin embargo, como él gustaba de repetir, las ideas enraizadas de manera profunda, en la realidad social, no son destruidas, incluso cuando sus sostenedores son asesinados o exterminados en masa. Las ideas son cosechadas de nuevo y se adueñan de la conciencia de otras gentes, que tal vez ni siquiera sepan o sospechen quien fue el primero que las expuso y formuló.

Los "herederos" de Trotsky

Algunas veces una corriente sigue su curso durante un largo trecho en la superficie; de repente desaparece de la vista, se hunde en él subsuelo y permanece sumergida por otro largo trecho de su camino, hasta que en un momento dado, en un paraje extraño, resurge, ya sea como una sola o en combinación de varias y diferentes corrientes. Algo parecido está sucediendo con el "trotskismo" en la actualidad. Después de veinticinco años de su supresión "final", ha resurgido en el mundo comunista, no bajo su antigua forma, ni siquiera bajo su propio nombre, sino en una forma en que sus elementos han sido separados y convertidos en diversas corrientes autónomas.

En la controversia entre Jruschov y sus herederos con Mao Tse-tung, que está conmoviendo al mundo comunista, los polemistas se acusan mutuamente de... trotskistas. Por supuesto que, tanto Mao como Jruschov y sus herederos se etiquetan así con el objeto de desacreditarse mutuamente en forma más fácil, pues entre ellos, así como entre sus seguidores, el horror stalinista de la herejía trotskista está todavía palpitantemente vivo. Y, sin embargo, hay más que un simple exceso y truco polémicos en esta acusación mutua. Jruschov sí aparece ante los ojos de Mao como un trotskista disfrazado, y lo mismo sucede a Mao, que es visto como trotskista por Jruschov y sus sucesores. Más aún, cada uno tiene ciertos fundamentos para considerar al otro trotskista, pues ambas partes llevan a cabo, involuntariamente y, tal vez, incluso sin saberlo, el testamento político de Trotsky. Pero cada uno lleva a cabo una parte diferente de él. La desestalinización jruschovista es el triunfo póstumo de Trotsky; cada una de las reformas progresistas efectuadas desde 1953 en la URSS, han sido sólo un débil eco de la *desiderata* y de las demandas que Trotsky promovió. Sin embargo, la política exterior soviética sigue aún dominada por el espíritu de autosuficiencia y el oportunismo stalinistas.

Al contrario del caso soviético, del régimen interno maoísta, al reflejar el atraso y la pobreza de China, está todavía más cerca del modelo stalinista, mientras que en sus críticas a la política exterior de Jruschov y en su enfoque del comunismo internacional, Mao expone, en forma burda, aunque inequívocamente, algunas de las tesis fundamentales de la Revolución Permanente.

¡Qué irónica ilustración de la "ley del desarrollo desigual"! El trotskismo está resurgiendo, pero sus elementos aparecen mezclados en extrañas combinaciones con los del stalinismo. El movimiento comunista, que sufre todavía de amnesia política no es aun consciente del camino que sigue la continuidad de sus propias tradiciones sumergidas, para reafirmarse como una continuidad realizada por medio de la discontinuidad.

Pero la resurrección de las ideas de Trotsky apenas ha comenzado. Queda por considerarse su curso, cómo y cuándo estas ideas se aunarán con el futuro. Ahora que la nueva conjunción, no tendrá como objetivo reproducir el viejo trotskismo, sino que lo absorberá y lo trascenderá en una nueva etapa del marxismo, y en el contexto de una nueva conciencia socialista enriquecida por las experiencias de nuestra época. Esto, sin embargo, es evidente: el conocimiento de la obra de Trotsky es una condición indispensable para una comprensión profunda de los fenómenos por los que el mundo comunista está atravesando y de los cambios que experimentará en los años próximos.

"Pero Trotsky difícilmente puede decirnos algo sobre EUA", dirá un crítico norteamericano. El marxismo no tiene ninguna relevancia para nuestros problemas como Trotsky aseguraba. ¿No es verdad que estaba patéticamente equivocado cuando afirmó al final de la década del 30 que EUA (así como Europa

Occidental) estaba en el umbral de la era de la revolución proletaria, cuando decía que el marxismo estaba a punto de conquistar a la conciencia social norteamericana, y que los norteamericanos iban a crear la verdadera versión moderna, actual, del marxismo? ¡No sólo ninguna de estas profecías se han vuelto realidad, sino que todo el desarrollo de nuestra sociedad, ha ido en la dirección contraria!”

En efecto, los pronósticos de Trotsky sobre EUA fueron muy aventurados. En los últimos veinticinco años, el capitalismo norteamericano lejos de acercarse a su derrumbamiento, ha desplegado una inmensa vitalidad, logrando una expansión sin paralelo en la historia y mostrando una gran seguridad por su riqueza y poderío. Consecuentemente, la predicción de Trotsky sobre “una gran época del marxismo norteamericano” no se ha cumplido. No sólo se ha “rehusado” EUA a crear una versión moderna del socialismo proletario, sino que su clase obrera parece estar más lejos que nunca de la aceptación de cualquier tipo de socialismo. Y la que fue ayer una *intelligentsia* izquierdizante, e incluso marxista en EUA, es en la actualidad una legión de panglosses que cree que el “modo de vida” norteamericano, un poco retocado por las prescripciones keynesianas, es el mejor de todos los posibles.

El “marxismo norteamericano”

Sí, la confianza de Trotsky en el “marxismo norteamericano” fue tristemente desubicada, pero, ¿este hecho habla contra él o contra sus críticos? Trotsky, por lo menos, era fiel a su carácter: los grandes revolucionarios siempre esperan y quieren mucho más de lo que pueden realizar, pues de otro modo, nunca lograrían lo que en realidad logran. Deben, como regla, extralimitarse con objeto de realizar las cosas que están dentro de su alcance. Los panglosses (incluso los que son “radicales”) nunca cometen esta clase de errores y, hoy día, son capaces de señalar, con regocijo, la prolongada prosperidad de post-guerra, con el propósito de echar a un lado el análisis marxista como obsoleto e inaplicable para la sociedad norteamericana. La pregunta que sigue sin contestar, sin embargo, es la de si Trotsky, el previsor, estaba pensando muy adelante de su tiempo en sus pronósticos sobre EUA, o la de si Trotsky se encaminaba por la dirección equivocada.

Sus críticos norteamericanos tendrían fundamentos muchos más sólidos para su confianza si la gran prosperidad de post-guerra del capitalismo norteamericano (y del europeo occidental) no contuviera un elemento tan venenoso como la fiebre armamentista que lleva ya dos décadas de vida, si los auges de post-guerra no fueran cada vez más frecuentes y abruptamente interrumpidos por depresiones sucesivas; si los gobiernos, tan ilustrados por la teoría keynesiana, demostraran su capacidad para resolver el problema del desempleo de millones de obreros, que reaparece en medio de los auges, incluso antes de que la automatización tuviera todo su enorme compacto sobre la fuerza de trabajo industrial; y si las crisis del dólar, cada vez más frecuentes y la furiosa competencia de los mercados internacionales, no señalaran el fin de la excepcional supremacía de post-guerra de EUA, y la aproximación de la sobreproducción en todo el Occidente. Tal vez los críticos han “enterrado” al marxismo un poco prematuramente. Después de dos décadas de prosperidad, los errores básicos del sistema, tal y como han sido diagnosticados por los marxistas —su irracionalidad y su anarquía— persisten. El carácter social del proceso productivo sigue estando en conflicto con las relaciones antisociales de propiedad. Las necesidades y exigencias internacionales de la economía moderna están en conflicto con la nación-estado. Trotsky basó sus pronósticos sobre EUA, en la persistencia de estas “fallas” estructurales y en la convicción de que no podían remediarse dentro del ámbito del capitalismo. Y en tanto estas premisas sigan siendo válidas, el elemento de error en sus pronósticos se refiere al ritmo más que a la dirección del curso de los acontecimientos. Pues, a pesar de todos los signos superficiales de salud floreciente, el “modo de vida” norteamericano (burgués) lleva en su seno una enfermedad incurable. En los años futuros esto se podrá ver mejor por medio de la manera como EUA reaccione al reto de las potencias comunistas.

Esto no significa que se niegue el juicio erróneo de Trotsky en relación al ritmo del desarrollo, pues un error de ese tipo, inevitablemente, se convierte en un error de apreciación de las circunstancias. Cuando Trotsky, al final de la década del 30, hablaba de la crisis que se avecinaba el capitalismo norteamericano, no se imaginó que en tal crisis Estados Unidos, tenía que enfrentarse con una serie de gobiernos comunistas establecidos en una tercera parte del mundo y que se vería presionado directamente por la moderna potencia económica y militar de la URSS. La victoria de la Revolución China estaba todavía diez años en el futuro, y la Unión Soviética se encontraba en la etapa difícil de su “despegue” industrial. Los cambios en la balanza mundial del poder no se han realizado del modo como Trotsky los visualizó. Se han efectuado por medio de la revolución en Oriente y no en Occidente (y también por medio del crecimiento del poder industrial de los estados anticapitalistas).

En la próxima década esta tendencia, con toda seguridad, continuará y romperá el equilibrio aun más radicalmente. En el futuro, el "modo de vida" norteamericano será sometido a una prueba mucho más grave y severa que la que predijo Trotsky. La prueba será más grave, precisamente, porque se ha "retrasado" por décadas. Si los panglosses no fueran lo que son, no se alegrarían del hecho de que los pronósticos sobre EUA que hizo Trotsky, no se hayan realizado; deberían estar profundamente preocupados. A causa de su conservadurismo social y de su complacencia política EUA puede haber perdido, o está en proceso de perder, su mejor oportunidad histórica.

Hace muchos años, aun antes de la primera guerra mundial, Trotsky mismo dio la clave de esta situación. En una de sus típicas generalizaciones, escribió sobre el notable hecho de que a principios del siglo, que era, tanto industrial como tecnológicamente, la más atrasada de las naciones europeas. ¡Tal ha sido la unilateralidad funesta de la evolución histórica! Qué fácil hubiera sido esta era de transición, cuántos sufrimientos y sangre se hubieran evitado, si la tecnología avanzada hubiera estado acompañada con la ideología avanzada; si EUA, en vez de Rusia (y la China), hubiera conducido al mundo del capitalismo al socialismo.

No iba a ser así. En el intervalo, sin embargo, la "ideología avanzada" en la URSS, a pesar de todas las crueles distorsiones stalinistas, ha ayudado a crear también la tecnología avanzada, mientras que EUA, a pesar de todos sus triunfos tecnológicos e industriales, no ha hecho ningún avance decisivo en el campo de las ideas políticas. Y, sin embargo, sin dicho avance, la tecnología norteamericana puede ser derrotada aun en sus propios terrenos. De las dos grandes "exportaciones" europeas, puede ser que la de la "ideología" moderna haya sido más fructífera que la de la tecnología, e históricamente más benéfica para la nación "importadora".

Me gustaría creer que los norteamericanos podrán, como nación, ponerse al día en el campo de las ideas. Pero no tienen mucho tiempo que perder. En los años recientes los sputniks y luniks rusos han conmovido enormemente la complacencia social y política de EUA. Pero el efecto de este choque, visto desde afuera, parece limitado. La energía norteamericana ha sido encauzada en forma intensa a la competencia con los rusos en los nuevos campos de la ciencia y de la industria, en la astrofísica, en la construcción de vehículos espaciales, etcétera. Todo esto está muy bien, en tanto conduzca y contribuya no sólo al acrecentamiento de la potencia militar, sino al progreso del conocimiento y al control del hombre sobre la naturaleza. Más aún, así, la reacción norteamericana a los éxitos soviéticos sigue siendo unilateralmente tecnológica, en las ideas sociopolíticas el conservadurismo norteamericano parece inmovido. Y, sin embargo, es en este campo de las ideas, las ideas marxistas, donde los norteamericanos tienen necesidad de aprender más, si no quieren llegar a un espantoso *impasse*.

Y, en el campo de las ideas, Trotsky, estoy seguro, es todavía un soberbio maestro.

* En el famoso "Junius Brochure" de Rosa Luxemburg, escrito en una prisión alemana durante la primera guerra mundial, la autora dijo:

"Federico Engels dijo una vez que la sociedad burguesa se enfrenta a este dilema: transición al socialismo o vuelta a la barbarie. ¿Qué significa "vuelta a la barbarie" en la presente situación de la civilización europea? Ciertamente leído estas palabras más de una vez, y las hemos repetido sin percatarnos de su terrible gravedad... La presente guerra mundial es una vuelta a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la decadencia de la cultura. Decadencia cultural durante cualquier guerra moderna, o decadencia completa, si la era de las guerras mundiales, que ha empezado, durara hasta llegar a su conclusión lógica. Por lo tanto, en la actualidad... nos encontramos de nuevo ante la alternativa: o triunfa el imperialismo y presenciamos la devastación de toda cultura, como en la Roma antigua (devastación, degeneración estancamiento y disminución de la población, un enorme cementerio) o la victoria del socialismo..."

* Compárese la anterior con el mensaje que F. Engels dirigió al Consejo Nacional del *Parti Ouvrier Français* en 1899, con ocasión de su 70 aniversario.

"Fue su gran compatriota Saint-Simon quien vio por vez primera que la alianza de las tres grandes naciones occidentales —Francia, Inglaterra y Alemania— es la primera condición internacional; para la emancipación política y social de Europa. Espero ver que esta alianza, que será el núcleo esencial de la alianza europea que pondrá, de una vez por todas, punto final a las guerras de los gobiernos y las razas, la realicen los proletariados de estas tres naciones. ¡Viva la revolución social internacional!"

* Isaac Deutscher, op. cit.

* Ver: Trotsky, el profeta armado.

* La Oposición de izquierda se formó en 1923; aglutinaba a un gran grupo de prominentes bolcheviques bajo la dirección de Trotsky. Los motivos iniciales de su aparición fueron los problemas de la democracia obrera y de la industrialización planificada por el Estado. Después de una lucha de cinco años por su programa dentro del partido, fue prohibida por el XV Congreso del Partido, en 1927.

* Deutscher se refiere una vez más aquí a la mencionada Antología de las obras de Trotsky, histórico.

Cine, historia, falsificación

por Enrique Valverde

Esta es una época de definiciones. Se siente la impulsión del país verdadero que pugna por ascender a la superficie. Se trata, sin embargo, de una aspiración todavía inarticulada, de una fuerza que aún no ha hallado una vía adecuada para proyectarse. En consecuencia, los empresarios del orden viejo se apresuran a habilitar para ella una variedad de puertas falsas: desde el reflotamiento de los antiguos partidos políticos hasta el manipuleo de la idea del comicio libre; desde las sentencias impregnadas de ardor liberal a la promesa —condicionada— de levantar el exilio histórico que se ha impuesto a las figuras representativas —vivas o muertas— de algún instante de comunión del pueblo argentino. En el cuadro de esta política que esquivo el bulto y se maneja con rótulos en vez de esencias, se inserta, muy lógicamente, un cine que acaba de descubrir la *simulación* del cine histórico como sucedáneo del cine histórico.

Desde el éxito comercial del "Martín Fierro", el Sr. Torre Nilsson y sus émulos se abalanzaron sobre nuestro rico pasado, escogiendo algunas figuras eminentes o típicas para enancarse en ellas y utilizar su resonancia popular como cebo para los billetes. No les ha ido mal, financieramente hablando, y el éxito de la operación estimula a proseguirla. Esto equivale a la promesa de no pocas veladas cinematográficas indigestas y de un alud de lugares comunes; pero es también el síntoma de que algo se mueve en el público de cine: por primera vez en muchos años ese público busca una temática que se mire en el país y que rescata a figuras cuyo prestigio no procede, precisamente, del aura helada de la consagración oficial, sino de la capacidad que han demostrado para resistir a ésta.

El cine argentino conoció ya un época signada por el interés hacia nuestro pasado, época que se sitúa al comienzo de los años 40. Si bien antes se habían producidos filmes históricos —el cine argentino nace con la reducción filmica de la "Amalia", de Mármol —tales manifestaciones había revestido un carácter episódico, sin cohesionarse nunca como corriente o como género. Al comenzar la década del 40, sin embargo, un manojo de títulos —"La guerra gaucha", "Su mejor alumno", "Pampa bárbara"— se proyectó a la atención del público con la suficiente contundencia como para señalar un hito en el desarrollo del

cine nacional y como para constituirse en uno de los poquísimos períodos narrativos distinguibles como bloques en la corriente de una producción caracterizada por la disgregación y la falta de continuidad. El hecho no fue casual. El país se encontraba en el umbral de una etapa de definiciones, etapa que fue ilustrada por el 5 de junio, el 17 de octubre, el peronismo y las violentas polarizaciones que se crearon a su conjuro. Había un vasto movimiento en la sociedad argentina, movimiento que si bien no llegó a esclarecer en gran escala a los argentinos sobre su propia naturaleza histórica, sí puso sobre el tapete una serie de problemas que hacían a esa naturaleza, como el cuestionamiento del poder político de la casta oligárquica y el peso que en ese poder cobraban las masas populares. Ese período estuvo señalado por una corriente de confianza en el país, confianza que se manifestó, paradójicamente, en todos los sectores numéricamente importantes que protagonizaron el proceso, aunque fuesen antagónicos entre sí. En efecto, es la época en que el país aclama los triunfos deportivos argentinos, y las exteriorizaciones de orgullo a que daban lugar tales proezas no se diferenciaban demasiado, en su superficialidad ingenua, de las jactancias desplegadas por los muchedumbres peronistas en la plaza de Mayo, o de las fanfarronadas de la clase media opositora, atragantada de lugares comunes "civilistas" y parada en la soberbia del medio pelo, pero confiada en la eficacia de su credo, y convencida de que con el derrocamiento de la "dictadura" se abrirían a la Nación caminos brillantes. En este ambiente de confianzas demasiado fáciles, pero verdaderas, el cine histórico practicado por Demare y Fregonese se encontraba en un diapason natural con el espíritu del tiempo. El esquema ideológico simple, inspirado en la oleografía escolar, que presidía sus realizaciones, podía ser absuelto por el hecho de que era en gran medida espontáneo, y respondía a una expectativa popular también cándida: ese Sarmiento que hablaba en frases próceres en "Su mejor alumno" no diferiría demasiado del que se forjaba la imaginación de un público formado en el respeto al "gran maestro". De la misma manera, la exaltación un poco retórica de las hazañas del gauchaje de Salta, que practicaba la "Guerra gaucha", no diferiría de la tradición lugoniana que había ponderado esos hechos y que era ingenuamente asumida por el público.

Tras el brote historicista de los años 40, el cine argentino guardó silencio respecto al pasado. Las pocas producciones que abordaron el tema, sin gran relieve, estuvieron separadas por lapsos considerables y de ninguna manera puede considerárselas como un fenómeno unitario. Pero, promediando el "onganiato", el Sr. Torre Nilsson lanza al mercado un "Martín Fierro" al que siguen, en rápida sucesión, un "Santo de la espada", un "Martín de Güemes" (o "La tierra en armas"), un "Argentino hasta la muerte" y un "Bajo el signo de la patria" —estos dos últimos títulos debido a Fernando Ayala y a René Mugica. Súbitamente, nos encontramos con un brote historicista cuantitativamente superior al producido en los años cuarenta, y en el cual es posible distinguir, como en aquél, una línea inspiradora de tipo ideológico. Ahora bien, cuál no será la sorpresa del espectador desprevenido cuando constate que esa línea inspiradora es sustancialmente la misma, y que de Angel Magaña a Roberto Rimoldi Fraga lo único que ha cambiado es la —discutible— aptitud canora de que hace gala el último.

El nuevo cine histórico argentino, en realidad, no tiene nada de nuevo. Reedita, con algunas alteraciones, los cuños sobre los cuales se habían trazado las biografías próceres de los años cuarenta, tanto en el plano de las ideas como en el de la forma. El tiempo, sin embargo, no transcurre en vano, y es imposible desconocer las modificaciones que aporta so pena de quedar marginado de los desarrollos reales. El público de 1971 no es el mismo de 1945; tiene inquietudes y apetencias que no se satisfacen ya con la exaltación de valores sacrosantos; por el contrario, esas inquietudes son las que lo llevan a discutir a prácticamente todos esos valores. En 1945 un autor podía todavía exaltar acriticamente a figuras como San Martín, Mitre o Güemes, sin tamarse el trabajo de profundizar sus raíces sociales y su papel dentro de la dialéctica del proceso de la organización nacional; pero eso era posible —relativamente posible— sencillamente porque el grueso del público no se planteaba expectativas problemáticas respecto al pasado o al presente y vivía confiado en la eficacia de un empirismo que se reflejaba en la indigencia de la "doctrina peronista", en los lugares comunes de la "democracia" y en la sacralización de la "historia". Ahora, por el contrario, el público —el país— que viene precisamente de vivir la experiencia del fracaso del peronismo, del civilismo pequeño-burgués y del militarismo, empieza a preguntarse qué hay detrás de los rótulos que han ido marcando ese deterioro, y por consiguiente tiende a rechazar o desdeñar todo producto que parezca inspirarse en una exaltación apriorística de cualquier tipo de valores.

Este estado de ánimo, que incita al estudio y a la comprobación polémica, implica, desde el vamos, un certificado de defunción para los productos generados hasta ahora por el reciente brote historicista del cine nacional. Lo que es más grave todavía, implica la inautenticidad ideológica y el consiguiente fracaso estético de esos mismos productos. En efecto, ni Torre Nilsson, ni Ayala, ni Mugica, pueden aislarse de los humores de este tiempo. La inquietud cognoscitiva que señalamos impregna al país entero, en mayor o menor grado, y es imposible que figuras como las de los mencionados realizadores puedan sus-

traerse a ella, o a sus ecos. Si Fregonese y Demare podían compartir, o al menos simpatizar “estéticamente” (por lo que podía haber de ingenuo en su apariencia) con la historia oficial, los autores actuales sólo pueden llegar a una afinidad semejante forzando sus propias convicciones. O, si queremos ser más exactos, forzando sus propias dudas sobre la intangibilidad de ese pasado. Y ninguna obra de arte puede brotar de un autor que a sabiendas se miente a sí mismo.

Vamos a tomar, a los fines de este análisis, dos films de los producidos últimamente: uno de ellos claramente uncido al carro del conformismo oficial, y otro sugeridor de un disconformismo de filiación revisionista; pero ambos remachados a una convención de fondo que sólo puede alterar el barniz de las cosas, sin renovar su esencia. Nos referimos a “El santo de la espada” y a “Argentino hasta la muerte”.

Ambos films son un fracaso ideológico y estético. Como decíamos antes, lo segundo es consecuencia de lo primero. Ahora tendremos oportunidad de demostrarlo experimentalmente. El San Martín de Torres Nilsson es falso de pies a cabeza. La película “adelgaza” la figura del Libertador para reducirla a la escala de un Onganía cualquiera —o, mejor dicho, a la imagen que los Onganía se forjan de sí mismos. Los guionistas insertan a San Martín en un apoliticismo de manual, contradiciendo de manera flagrante una verdad histórica que nos muestra a un militar miembro de logias masónicas, a un jefe de regimiento que da como primera misión, a la flamante unidad que comanda, el derrocamiento del Primer Triunvirato, y a un generalísimo que se “desentiende” de las contiendas civiles porque está embargado por una concepción política más alta, cual es la unificación hispanoamericana. Pero la convención oleográfica que resulta de la transformación del San Martín verdadero en un vegetariano político, revela su carácter sustancialmente reaccionario cuando a ella se suma el retrato que Torre Nilsson hace del personaje de Bolívar. La malignidad que preside a esta composición es definitiva para juzgar los propósitos de la película. En efecto, el Libertador colombiano está descrito de cánones consagrados por la perspectiva mitrista de la historia americana, cánones repetidos por toda una teoría de literatos y redactores de textos escolares, desde Rojas hasta Grosso; es decir, un Bolívar sensual y ambicioso, frente a cuyo egoísmo San Martín levanta su sublime renunciamento y se esfuma dejando el campo libre para que aquél recoja los laureles sin competencia. La verdad es, como se sabe, más trágica y menos grata para nosotros argentinos, y se desprende del examen de la situación objetiva que existía cuando la entrevista de Guayaquil. La verdad es que San Martín se había quedado sin ejército, al menos sin una fuerza de combate efectiva, debido a la orfandad en que Buenos Aires lo había dejado. Esta es la prosa del famoso renunciamento: San Martín ya no estaba en condiciones de regir al Perú ni de investir una representatividad comparable a la de Bolívar. La situación se encontraba en un “impasse” debido al sabotaje porteño hacia al causa americana, y la única manera de forzar las cosas era abriendo el camino al hombre que había liberado la porción septentrional del continente. La antipatía por Bolívar, que los comerciantes portuarios transmitieron a sus epígonos literarios y cinematográficos, no respondía a la sensualidad o a la ambición de aquél, sino que era la proyección del egoísmo y del extrañamiento de Buenos Aires respecto al destino de América...

¿Cómo ha abordado Torre Nilsson, en términos formales, la materia de su film? Como se ha dicho antes el criterio estructural padece aquí las taras que provienen de una visualización forzada e insincera del elemento anecdótico. Nunca ha sido más clara que en esta película esa interdependencia entre la forma y las tensiones del contenido, que es el resorte de la obra de arte. La falta de convicción de Nilsson en su tema, se traduce en un hacer autovigilado, en un estilo rígido que se apoya en una descripción y una recitación enfáticas. Este mecanicismo afecta no sólo a la combinación de secuencia con secuencia; alcanza también al ritmo interior de cada secuencia aislada. Los preciosismos fotográficos de Di Salvo cuando muestra el encuentro de San Martín y Remedios en el baile son muy bellos en sí mismos; pero esa atmósfera no termina de integrarse con el color o clima general del fragmento en que la escena está incluida: una fiesta donde, en vez de introducirse y fundirse con ella creando un universo de personajes dotados de vida, la cámara fotografía una serie de estampas animadas con marionetas que recitan frases célebres.

Basta analizar el que sin duda es el trozo más logrado de la película —el combate de San Lorenzo— para comprender cómo incluso ahí el choque entre las exigencias autónomas del drama y los imperativos de un didactismo que no se siente, opera para destruir la secuencia en su conjunto. La célebre carga y la batalla están ejemplarmente descriptas: Torre Nilsson consigue transmitir cierta sensación de brutalidad y de resolución épicas a través de la alternación rápida de planos generales en “travelling” mostrando jinetes al galope, con planos medios y primeros planos que sugieren el encontronazo entre la caballería y los infantes españoles. Sugieren más que muestran: ahí está el quid, pues surge una sensación de violencia mayor de la “imagen mental” que el espectador se hace de un golpe, que de la evidencia de éste en plano, cuando se corre el riesgo de que los figurantes delaten el truco empleado. Ahora bien, esta escena, tan excelentemente filmada, fracasa sobre el final, al recoger la película la frase “histórica” de Cabral: “Muero contenta, hemos batido al ene-

migo". Para introducir esta digresión verbal es preciso romper con el ritmo de toda la secuencia, que hasta entonces había sido atorbellinado; pero romperlo no en contrapunto sino macizamente, como de un hachazo: la banda sonora, estrepitosa hasta entonces —podríamos decir que estaba ubicada en un "primer plano auditivo"— se aleja, se debilita súbitamente y deja lugar a la frase sacramental, totalmente inverosímil en el contexto dramático suministrado hasta ese momento. El clima de la secuencia se vacía, se torna laxo, y el espectador no puede dejar de sentir el poder letal que tienen los párrafos sentenciosos: por célebres y auténticos que sean, el uso ha desgastado su poder de convicción.

De "Argentino hasta la muerte", la otra película "histórica" que queremos tomar en consideración, no habría mucho que decir si no fuera porque tras ella, tras su formulación equívoca, se encuentra una figura como la de Félix Luna, cuyos trabajos, por objetables que puedan parecer desde nuestra perspectiva, revistieron siempre una propiedad literaria y una seriedad documental que los hacen apreciables. Pero el cine es para las ideas, como el primer plano para el rostro, un "tests" arrasador. No hay deficiencia que no resalte y no se haga abrumadoramente visible. La simplificación del aparato erudito que exige la traducción dramática de un episodio histórico, deja al desnudo las líneas fundamentales del pensamiento y revela la riqueza o la escualidez de su substancia. Y ocurre que en "Argentino hasta la muerte" no hay substancia alguna. Que esto suceda en parte por efecto de presiones exteriores al autor de guión, es posible; pero el hecho de que el autor en cuestión, acceda a ellas, implica también que, al menos en términos generales, se encuentra de acuerdo con la orientación de acuerdo con la orientación que se imprime a la película. En este caso no puede hablarse de un film con direccionalidad ideológica, ni de explicación objetiva de los factores que llevaron al conflicto. Ni siquiera puede decirse que el film sea ambiguo, pues las oposiciones que se ponen de manifiesto y entre las cuales la película evade cuidadosamente asumir una posición explícita, son de un carácter tan banal que su exposición no compromete a nada. En efecto, ni la naturaleza del interés brasileño en aplastar al Paraguay, ni el papel que Inglaterra jugó en la concomitancia que se estableció entre esos intereses y los del gobierno mitrista, ni el aspecto *fratricida* que la guerra tuvo para las provincias interiores argentinas, que manifestaron su solidaridad con el Paraguay a través del desbande de Basualdo y del alzamiento de Felipe Varela... nada de todo esto es puntualizado o efectivamente aludido por la película. En cambio, se nos sirve a un Rimoldi Fraga implacablemente cantor, que interpreta a un personaje que se siente desgarrado entre su simpatía por el Paraguay (simpatía que no sabemos de dónde proviene, pues la película no lo dice) y su noción de "patria". Noción que a su turno resulta un poco desconcertante, y geográficamente circunscrita, toda vez que, fuera de Buenos Aires, el país había manifestado su antipatía por la guerra. Pero esto no inquieta mayormente al personaje de Rimoldi, quien, "poeta" al fin y partidario por consiguiente de las fórmulas sintéticas, condensa sus dudas respecto al conflicto en la siguiente frase: "Atrás de esto hay motivos oscuros, Daniel, hay motivos oscuros". Sentencia breve, por cierto, pero tan poco esclarecedora de las causas de la guerra como las tinieblas que invoca...

Parafraseando a Proust, podríamos decir que el pueblo argentino se ha puesto en busca de la historia perdida... El cine argentino, también; pero, convendría añadir, con el definido propósito de no encontrarla...

La actitud evasiva del séptimo arte nacional no es, como vimos, sino la réplica de las falsas salidas que se instrumentan desde arriba para retener al país en su acostumbrado estancamiento. Se imita el cambio, a fin de no cambiar nada. El cine *finje* encontrar la historia, descubrir las provincias, vivenciar a los héroes, cuando en realidad lo que hace es espolvorear los viejos mitos, suplantando la afirmación por la exclamación. Rimoldi Fraga o Horacio Guarany reemplazan los acordes del país profundo, con el grito musicado; de la misma forma, películas como la de Ayala reemplazan la expresión de la racionalidad y del carácter progresivo de la causa paraguaya, con la manifestación de una simpatía declamatoria.

Empero, como ocurría en las vísperas del 45, la aparición de este tipo de preocupaciones, en esferas como la cinematográfica, implica la presencia de una inquietud que, si en sus puntas aparentes se resuelve en banalidades o en formulaciones tramposas, en sus orígenes colectivos es un fenómeno muy de personajes que hablan todos en frases hechas, y en una hilación narrativa que procede a trompicones, por fragmentos que no se vinculan obedeciendo a una necesidad interna sino a una presión exterior, que los unifica de una manera que sería incomprensible si no estuviera sostenida por el conocimiento previo que el espectador posee respecto a los pasos de la historia.

El cine argentino no puede concebirse desprendido del entorno que lo contiene; este entorno, hoy, mira hacia el interior de sí mismo. De la profundidad que alcance esta mirada, y de la naturaleza de las soluciones que, paso a paso, se vayan elaborando, dependerá la capacidad del cine para estructurar una respuesta adecuada a los interrogantes y a las incitaciones que propone nuestra historia. Pues el público, ese público que hoy, desconcertado, presta un fugitivo apoyo a las producciones del tipo de las reseñadas, se hará más y más exigente en su requisitoria de un planteamiento político y estético que lo exprese.

Cartas polémicas

Con motivo de la publicación en el N° 12 de nuestra revista de un comentario bibliográfico titulado "Marianetti: las luchas sociales en Mendoza", el Dr. Benito Marianetti, dirigente del Partido Comunista de esa provincia, dirigió una carta al compañero Marcelo Palero, Secretario General del Partido Socialista de la Izquierda Nacional de Mendoza. El compañero Palero contestó dicha misiva en los términos que corresponden. La carta de Marianetti ofrece al lector curioso un ejemplo de la elevación teórica y la riqueza espiritual del stalinismo, en su versión cuyana. Como creemos de interés esta confrontación, publicamos aquí ambas cartas, ejemplo de democracia marxista que incitamos a emular a "Nuestra Palabra".

N. de la R.

Mendoza, 17 de junio de 1971.

Doctor

MARCELO PALERO

Presente

El conocido escritor Ernesto Sábato, en una charla sostenida con los estudiantes locales, ha dicho que la juventud suele ser insolente. Si hubiera conocido su comportamiento en el caso de su comentario a mi libro sobre "Las luchas sociales en Mendoza", habría podido decir, sin esfuerzo, que la misma, a veces, es "descarada".

Porque, francamente, no puedo calificar en otra forma su actitud. Usted se ha atribuido la publicación de referencia ante terceras personas, aunque en la revista —más o menos desconocida— en la que aparece publicado, no va su firma. En su Estudio, y a mi pedido, y creyendo el suscripto que se trataba de una cuestión corriente de discrepancia ideológica, se ha hecho sacar una fotocopia de ese comentario, la que se me ha hecho llegar. Ni siquiera se ha tenido la deferencia de enviarme un ejemplar de la revista.

Antes de que ello ocurriera y antes de que yo supiera hasta adonde se puede descender en la escala de valores, usted vino a mi estudio por un asunto profesional, como si nada hubiera pasado. No hace falta decirle que, de haberlo sabido, lo menos que puede haber hecho habría sido impedirle el acceso a mi casa.

Usted me atribuye haber exaltado a la escuela liberal y a Mitre a su cabeza como la que ha realizado la más alta investigación histórica en nuestro país. Y sostiene que tal cosa la he dicho en mi libro: "Argentina, realidad y respectivas". Tengo mucho respeto por Mitre y por algunos otros historiadores que son sus adversarios, pero no sigo a ninguno de ellos en ciertos aspectos de nuestra Historia. Profeso determinada ideología y veo la historia de acuerdo a mi propia concepción del fenómeno histórico. De manera que es usted, quien comienza por falsear la verdad atribuyéndome posiciones que jamás he asumido y citando libros que usted no ha leído ni por las tapas. Fíjese, por ejemplo, que cuando me refiero a Güemes, critico la posición de Mitre frente a este valiente soldado. Esto le pasa a usted por citar a macaneadores quienes tampoco han leído mi libro.

Me hace decir usted que considero a Buenos Aires como "una inocente" en relación a la política de ahogo a la que fueron sometidas las provincias. En ese libro que usted no ha leído, me refiero a este tema. Me remito a lo que allí tengo dicho, que es todo lo contrario de lo que usted me hace decir. Pero yendo a "Las luchas sociales en Mendoza", tampoco he afirmado tal cosa. He dicho (pág. 18), que la economía de Cuyo, en la época de Rosas, tenía cierta personalidad y cierto desarrollo capitalista. No era la economía del cuero y del tasajo. Aquí había cierta industria, cierta iniciativa individual. Rosas era la estancia, el saladero, el atraso. "Rosas —a pesar de Buenos Aires— era la negación de todo esto". Con este párrafo no he dicho lo que usted me atribuye. He sido consecuente con mi pensamiento: a pesar de la existencia de Buenos Aires (puerto) que tenía un indudable desarrollo comercial e industria, Rosas no tenía preferencias o simpatías por el comercio y la industria, excepción hecha del comercio y de la industria derivados de sus saladeros. Rosas era un representante típico de la oligarquía ganadera terrateniente y feudal. Rosas se adueñó del puerto de Buenos Aires y de la Aduana. Los de su clase, unitarios o federales, querían exactamente lo mismo. Ambos cuidaban, sobre todo, sus intereses. Su política económica ahogó a las provincias. Y si se nos dice que la culpa la tenían los ingleses, es decir, los comerciantes "exportadores", diremos que exportaban lo que los oligarcas les vendían y que importaban lo que los oligarcas les compraban y que estos comerciantes fueron los primeros en firmar manifiestos de adhesión a Rosas. Defendían sus intereses.

De manera que en ninguna parte he sostenido que la verdadera aliada de las provincias del interior haya sido la "Unitaria" Buenos Aires. Los unitarios de Buenos Aires, como ya lo he expresado, eran tan centralistas como Rosas, como Urquiza y como los caudillos provinciales.

Usted tiene todo el derecho como Rucci, de colocar coronas de flores en la tumba del prófugo de Caseros, pero no pretenda obligarme a mí que rinda también homenaje.

A la "revolución radical" de 1905 le he dado la significación que podía tener en un trabajo como el mencionado. Se trataba, como la del 90, de importantes movimientos para lograr la libertad electoral y el sufragio libre. Pero la clase obrera, que ya existía en el país, como existía en la época de Perón, nada tenía que ver con ese movimiento. Ese mismo año hubo otra revolución en Rusia. Tenía carácter obrero y popular.

Con respecto a Lencinas, en mis diversos libros, cuando ha habido que hacerle justicia, se la he hecho. Cuando ha habido que criticarlo, lo he criticado, como en el caso de la deportación de los obreros.

En mi libro no he hecho discriminaciones entre "extranjeros" y "criollos". Pero no puedo haber negado realidades históricas: el movimiento obrero organizado en nuestro país, lo mismo que el movimiento político de los trabajadores (partidos socialista y comunista), han contado con el aporte valioso de probados militantes que venían de las barricadas de la Comuna o de otras trincheras auténticas de combates sociales desarrollados en distintas naciones de Europa.

En cuanto a lo que digo y pienso de Perón y del peronismo, mis afirmaciones están corroboradas por los propios discursos de Perón, especialmente en el período 1943-45.

Yo no sé para que arco "patea" usted. Es decir, ignoro cual es su posición política e ideológica. Ignoro si es peronista, si es trotskista, si es nacionalista de derecha o de "izquierda", si es "maoista", si es "socialista nacional" o "nacional socialista". Lo que sí puedo decirle es que no le reconozco ni antecedentes ni autoridad para darme lecciones de marxismo ni de defensa de los intereses del pueblo y de nuestra Nación. Cuando usted andaba en pelotas o aún no había nacido, su padre y tantos otros, y yo y tantos otros, nos hemos jugado muchas veces el pellejo en defensa de lo que para usted solo es una palabra. Tenemos una trayectoria cumplida, con sus aciertos y sus posibles y humanos errores. Y usted me causa pena cuando me acusa de "falsedad" y de

"cipayo". Porque se puede discrepar ideológicamente pero hay una valla para los hombres de bien: el respeto al adversario. Yo podría insultarlo también a usted y con razón porque he sido injustamente agredido. Pero me expondría a descender al mismo nivel en que usted se ha colocado. Y porque me resultaría doloroso hacerlo con el hijo de un amigo a quien siempre he apreciado, me resisto a hacerlo. También asumo esta actitud por respeto a mi mismo.

Mendoza, 13 de julio de 1971.

Doctor

BENITO MARIANETTI

Presente

En primer lugar, quiero hacerle algunas aclaraciones referentes al modo en que mi comentario a su libro sobre las luchas sociales en Mendoza llegó a su poder, y el porqué de la falta de firma en el mismo.

Originariamente había redactado la breve nota a fin de que fuera publicada en el periódico "Lucha Obrera", donde no se acostumbra a firmar cada comentario que aparece. Sin embargo, la dirección de la revista "Izquierda Nacional" conoció el comentario y le pareció conveniente incluirlo en la sección "Lecturas Críticas".

No teniendo nada que ocultar ni nada de que arrepentirme en lo que se refiere a la publicación del artículo, comenté con el procurador Pagano la aparición del mismo. A su vez el procurador Pagano le comentó el hecho a usted y posteriormente me informó de que usted quería conocer mis críticas. Afortunadamente la revista ha tenido buena acogida en Mendoza, y hasta el ejemplar que yo había adquirido hube de entregarlo a un interesado. Por ello, cuando el procurador Pagano me solicitó un número no se lo puede facilitar.

Cuando concurrí a su escritorio en la oportunidad que usted menciona, como así también en las tres veces anteriores, lo hice exclusivamente por un problema de carácter jurídico, acompañando a clientes con intereses contrapuestos a los de sus clientes, y que necesitaban de mi asesoramiento en las tratativas de arreglo extrajudicial.

Profesionalmente, entonces, no puedo dejar de atender a una persona, por el solo hecho de que la otra parte tenga como asesor a un adversario político. No fui a su casa por una visita de cortesía ni a abusar de su hospitalidad. Fui a su escritorio en mi carácter de abogado y acompañando un cliente. Nada más.

Con posterioridad, el procurador Pagano se encontró en Tribunales con mi socio solicitándole una fotocopia del artículo, la que obtuvo de su ejemplar. Así fue como le llegó a usted el comentario. No fue, como dice en su carta, que en mi estudio hice sacar una fotocopia para hacérsela llegar. Tampoco he cometido un pecado contra la deferencia en no hacerle llegar un ejemplar de "Izquierda Nacional".

Ahora bien, sinceramente me ha sorprendido su reacción y el nivel de los calificativos personales y no políticos que usted emplea.

En realidad, después de más de tres décadas de pertenecer usted al PC, le resulta lógico confundir la verdad simple con la "insolencia".

Se asombra usted "hasta dónde se puede descender en la escala de valores". No sé qué quiere decir, pero en todo caso me imagino que no se referirá al hecho de militar en un partido que ha evolucionado desde la gloriosa Revolución de Octubre hasta la Unión Democrática con el embajador Braden y desde Lenin hasta Codovilla.

Tampoco creo que se refiera al tenor de mi comentario. Lo dicho allí son verdaderas flores comparadas con las injurias que el PC ha vertido en su prensa sobre muchos patriotas y militantes revolucionarios.

La sensibilidad exquisita que usted ahora exhibe, el dolor que le causan ciertos vocablos es realmente notable, pues usted integra un partido político que legendariamente ha acusado de "agentes policiales" a los afiliados disidentes; que ha calumniado e injuriado a Yrigoyen a Perón; que ha descripto a la clase obrera argentina como integrada por "descalsados" (1945); que ha llamado y llama todavía hoy a León Trotsky, el organizador del Ejército Rojo y la Insurrección de octubre, "traidor"; "aliado de Hitler, de Mussolini y del

Mikado"; asesino, espía y saboteador del Estado Soviético"... ¿Para qué seguir? Los revolucionarios como Trotsky han resistido la infamación, el crimen y la persecución, pero usted es incapaz de escuchar una pequeña parte de la verdad sin sobresaltarse.

No es atribución mía que usted y su partido exalten a la escuela liberal y a Mitre. La cita que he mencionado en mi comentario, ha sido extraída textualmente de su artículo "Sobre las líneas históricas argentinas", aparecido en "Cuadernos de Cultura", mayo-junio de 1960, pág. 15. Por otra parte es la doctrina sostenida oficialmente por Moscú y los historiadores del Partido Comunista argentino, (Leonardo Paso, Alvaro Yunque y otros), reiterada por Rodolfo Ghioldi en esta ciudad en 1947: "Mitre no ha sido superado". Usted sigue dicha escuela más que a la escuela del materialismo histórico, puesto que su actitud hacia las montoneras es la de Mitre; su actitud ante Rosas es la de Mitre; y su apoyo hacia los aspectos supuestamente civilizadores de Buenos Aires en Rodolfo Ghioldi en esta ciudad en 1947: "Mitre no ha sido superado".

Usted sigue dicha escuela más que a la escuela del materialismo histórico, puesto que su actitud hacia las montoneras es la de Mitre; su actitud ante Rosas es la de Mitre; y su apoyo hacia los aspectos supuestamente civilizadores de Buenos Aires en su antagonismo con el Interior, también es la de Mitre. No haré comentario alguno sobre el vocablo "macaneadores" que usted emplea para sus adversarios en el terreno de las ideas, por considerar esa palabra como carente de valor científico.

En cuanto al carácter feudal de la oligarquía terrateniente de Buenos Aires, que usted sostiene en la carta que contesto, hace mucho que los marxistas de la Izquierda Nacional, cuya lectura le recomiendo, han estudiado la naturaleza de esa economía ganadera, cuyos rasgos de capitalismo agrario saltan a la vista en el más simple examen. No hubo feudalismo en el Río de la Plata pues no hubo siervos, salvo en el Alto Perú y Bajo Perú, con una producción minera fundada en la semiesclavitud de los indios. Fue una economía pecuaria, semi-industrializada, (saladeros) básicamente destinada al mercado mundial. El feudalismo es otro de los espectros europeos gratos al stalinismo, que no sabe mirar con independencia una realidad original.

No es cierto que los unitarios y federales "querían lo mismo". Su posición ante la Aduana no fue exactamente la misma en lo que se refiere al libre comercio. Tampoco fue idéntica su posición ante las potencias extranjeras y ante el Interior. De otro modo, los unitarios, al caer Rosas, hubieran dejado sobrevivir o morir de hambre a las provincias, como había hecho Rosas durante 20 años. En cambio las arrasaron, con su amado Mitre al frente, a sangre y fuego. Esta diferencia de política supone una divergencia que usted parece olvidar. Hubo una diferencia entre la burguesía comercial y la clase terrateniente de Buenos Aires, según se ve.

Aunque yo tengo derecho a colocar flores sobre la tumba que me plazca, como usted dice (me alegra encontrar un punto de coincidencia, aunque sea una triste coincidencia), no he colocado flores en la tumba del que en su carta llama "el prófugo de Caseros", por la sencilla razón de que no soy rosista, sino Socialista de la Izquierda Nacional. Nuestro partido ha fijado claramente su posición ante el "rosismo". Le recomiendo, por ejemplo, la crítica aparecida en el número 13 y 14 de "Izquierda Nacional" sobre la posición de Oliver.

Sin embargo, estamos muy lejos de caer en el antirosismo sospechoso para el cual la palabra nacional o nacionalismo le repugna, y la sola mención de Rosas "exalta sus sentimientos dramáticos". No en vano —dice Jorge Abelardo Ramos— el imperialismo se ha cuidado de "mantener despierto el odio a esa figura que encarnó en muchos momentos la voluntad de resistencia nacional a las potencias extranjeras".

Usted pone "revolución radical" entre comillas, refiriéndose a la que en 1905 encabezó Hipólito Irigoyen en el orden nacional y Lencinas en el provincial. Esas comillas dicen bastante, puesto que usted y su partido nunca pusieron entre comillas la revolución de 1955, que en su momento apoyaron; del mismo modo que en 1930 el Partido Comunista atacaba a Yrigoyen juntamente con el General Uriburu. El P.C. condenaba el radicalismo como "fascista" y Uriburu lo derribó por "demagogo". Esas dos palabras son habituales del partido al que usted pertenece. Las usan sin aburrirse desde hace 25 años para referirse a Perón. No es extraño, entonces, que todavía usted en 1971 se refiere a la "revolución" de Lencinas, que permitió a las fuerzas populares de Mendoza tomar el poder en contra de la oligarquía. Para subrayar su desdén por estas revoluciones radicales, usted recuerda que en ese mismo año de 1905 hubo en Rusia otra revolución, esta vez sin comillas. Agrega usted que tenía un carácter obrero y popular, a diferencia de la "revolución" de Lencinas, en la cual "la clase obrera, que ya existía en el país como existía en la época de Perón, nada tenía que ver con ese movimiento". De este modo usted, deja claramente sentado que una cosa es un movimiento popular en un país imperialista, opresor de otros pueblos, (Rusia en 1905), y otra cosa muy distinta es un movimiento popular ocurrido en un país agrario, semicolonial, oprimido por el imperialismo extranjero. Usted aprueba el primero, pero desconfía del segundo, y añade que la clase obrera no participó en él. Hace lo contrario de lo que enseña Lenin cuando analiza la política del marxismo

en los países coloniales y semicoloniales. Para colmo, usted no aclara que si parte de la clase obrera no participó en ese movimiento, (recordemos que la gran mayoría de los obreros criollos votarían luego al radicalismo), se debía a que eran extranjeros, no conocían bien al país al que habían inmigrado recientemente, y generalmente se vinculaban al Partido Socialista, eran anarquistas o sindicalistas, especialmente concentrados en una o dos ciudades del país. Justamente es esa desvinculación con la realidad nacional de Juan B. Justo y de sus discípulos comunistas, la que los ha llevado finalmente al abrazo con Braden, lo que usted juzga como un mérito.

Como usted perteneció al Partido Socialista y luego al Comunista, asume, por lo que se ve, la herencia política de ambos partidos y resulta comprensible que se considere "injustamente agredido" por mis apreciaciones que se fundan en hechos más contundentes que las palabras.

Precisamente he debido de hacerme de algún tiempo entre mi trabajo profesional, para poder concurrir a los archivos de periódicos de esta ciudad, para conocer su actitud ante los acontecimientos sobre los cuales discrepamos. Realmente la opinión adelantada en mi comentario y fundada en el libro que comento tanto como en los documentos públicos del Partido Comunista se vuelve pálida al comprobar el tenor de las declaraciones que usted vertió. De ahora en adelante recomendaré a mis jóvenes compañeros su más atenta lectura, como una muestra límpida y clara de lo que es una actitud antinacional y antipopular. Verdaderamente hay que leerlas.

Por ahora le recordaré unas muestras:

Diario "Los Andes" día 12-9-30: "Requerido el doctor Marianetti para que hiciera declaraciones para "Los Andes" respondió lo siguiente: "Desde luego, mi declaración en este caso es absolutamente personal. Pues el Partido Socialista por órgano del Comité Ejecutivo dará al país su opinión sobre el momento que atravesamos. El doctor Nicolás Repetto dijo en su último discurso —la más alta expresión de ideas hecha en el detestable parlamento que acaba de ser disuelto— que el ejército argentino no sólo tenía la misión de defender la integridad del territorio de la Nación, sino también la integridad de sus instituciones. Si nuestro ejército ha perseguido estos propósitos, según las palabras del General Uriburu, es evidente que nada puede objetársele y por el contrario todos los argentinos deberíamos agradecersele de la misma manera que lo hizo el país con Urquiza después de Caseros".

Usted sigue diciendo en su declaración: "Por el progreso alcanzado, es lamentable que en estos tiempos una revolución de carácter político como la verdaderas flores comparadas con las injurias que el P.C., ha vertido en su actual, que sólo se explica por la falta de partidos orgánicos y por la *inadecuación cívica de las masas* a cuya conducción y existencia han contribuido poderosamente los *grandes conglomerados electorales, caóticos, desorganizados y sin propósitos ideológicos definidos*" ... "Debemos civilizarnos políticamente: esta debe ser la consigna para la acción ulterior, especialmente en lo que respecta a la provincia de Mendoza".

Esa fue su actitud. Ese fue el desdén hacia el radicalismo y hacia las masas criollas. Esa fue su admirable visión política.

Pero sigamos. Le recomiendo que relea su declaración del 5 de febrero de 1946, que es sumamente original. Especialmente cuando dice que en el orden nacional el P.C., con los demás integrantes de la Unión Democrática, estaba dispuesto a enfrentar al peronismo y derrotarlo.

El Partido Comunista, a su vez, declaraba el 8-2-45 que con las demás fuerzas de la U.D., existía una patriótica coincidencia, la cual era posible en base a deponer "pequeñas cuestiones partidistas".

Pero realmente es notable su "Carta a los obreros peronistas" aparecida en el diario mencionado llevando su firma. Cito solo algunos de sus párrafos, aunque todo su contenido es sustancioso:

"Los problemas de los trabajadores argentinos serán resueltos conjuntamente con los problemas fundamentales de la República. Si no restablecemos el comercio exterior, tu problema no tendrá la solución adecuada".

"El peronismo es la negación de la democracia. El peronismo es la negación de los partidos populares. El peronismo es la negación de la libertad de prensa y de palabra. El peronismo es la negación del parlamento. El peronismo es la negación del sindicato y del gremio autónomo. El peronismo es la negación de la independencia de la clase obrera. *El peronismo es la negación de la libre concurrencia en el orden económico.* El peronismo es la exaltación de las pasiones sistematizadas. Es el engaño hecho programa, es el nazismo sin principios y sin escrúpulos. Tienes que elegir entre dos caminos: entre la libertad y la dictadura. Si fuiste una víctima del engaño de agentes nazis cubiertos bajo el poncho rosista, estás a tiempo para reaccionar".

Ese era el respeto al adversario que usted tenía. Esa era su posición ante el pueblo.

No puedo dejar de citar otro párrafo que pinta perfectamente su posición ante la guerra interimperialista. Decía usted a los trabajadores peronistas: "No olvides que mientras la reacción mundial con el nazismo y el fascismo preparaban la guerra horrible de que acabamos de salir, tu partido construía laboriosamente, estupidamente la primera república socialista de trabajadores,

la Unión Soviética, y que los demócratas de todo el mundo creaban las condiciones contra las cuales se estrellaría el fascismo y el nazismo”.

Ya realizadas las elecciones, y sin que usted tuviera conocimiento aún de los resultados, aclaró a “Los Andes” cosas muy interesantes reveladoras de su habilidad en el análisis y pronóstico político: “El peronismo ha sufrido un golpe terrible. Su representación parlamentaria —si la obtiene— carecerá de autoridad y eficacia. En el orden interno se empieza a respirar. En el orden internacional se abre una era de esperanzas para la recuperación de las buenas relaciones con los países hermanos (Inglaterra y EE.UU.). Tengo la impresión de que comenzamos a levantarnos de una posición agobiante. Pienso que tendremos que salvar muchos obstáculos, pero nuestro pueblo se ha puesto en marcha y ya no podrá ser detenido. Este día ha marcado una fecha histórica en los anales de la nacionalidad. Ha sido reivindicado Roque Sáenz Peña pero sobre todo ha sido reivindicado nuestro pueblo”. Quien afirmó tales cosas, ¿puede decir que los autores que yo he citado son “macaneadores”?

Usted dice ignorar para que “arco pateo”. Más arriba le he aclarado que pertenezco al Partido Socialista de la Izquierda Nacional, si eso es lo que usted quería saber con el empleo de tan curioso lenguaje.

Usted dice que “no me reconoce ni antecedentes ni autoridad” para darle lecciones de “marxismo ni de defensa de los intereses del pueblo”, y agrega: “Cuando usted andaba en pelotas o aún no había nacido, su padre, muchos otros y yo, nos hemos jugado el pellejo en defensa de lo que para usted es solo una palabra”.

A esto puedo responderle que no hacen falta las barbas de Franz Merhing o de Antonio Labriola para juzgar la política del stalinismo en la Argentina. Con leer los diarios de la época es suficiente.

Si ustedes estuvieron siempre contra Yrigoyen y contra Perón, y si sus aliados fueron la oligarquía, el senador conservador y ganadero Santamarina, y el embajador de Estados Unidos, mister Spruille Braden, resulta innecesario levantar una cátedra de materialismo dialéctico para saber que ustedes nunca han comprendido la política argentina. Esto no constituye una agresión personal, como usted supone, sino una descripción objetiva de la línea que usted y su partido han aplicado durante cuarenta años.

Marcelo Héctor Palero

**LECTURAS
CRITICAS**

**Libros,
periódicos,
papeles en general**

**JOURNAL DE VOYAGE
EN AMERIQUE LATINE**
por Jacques Arnault,
Editions Sociales, París, 1969.

En dos pequeños volúmenes, el periodista francés Jacques Arnault, perteneciente al Partido Comunista de su país, evoca brevemente, casi aforísticamente, sus impresiones sobre América Latina. Se conocen las limitaciones del género, compensadas a veces por el encanto del estilo o la penetración del observador. Pero rara vez este género puede contar con la comprensión profunda del viajero. Y no es para menos. Una sociedad no puede ser analizada tan rápidamente como un paisaje. Difícil como es para sus propios miembros, un país es demasiado complejo para ser aprehendido en la mirada que se pasea por él a lo largo de una semana o dos. En algunos raros casos, los resultados son de verdadero interés: recordemos las "Notas de viaje por la América del Sur", que escribió Georges Clemenceau en 1910, análisis descarnado de un burgués imperialista sobre la frívola colonia de los estancieros argentinos; o "Mis peregrinaciones en España", de Trotsky, donde el gran marxista ruso hundía su análisis en la

enferma sociedad española. Salvo ejemplos excepcionales como los citados, los libros de viaje adolecen de una superficialidad inevitable. Los dos libritos de Arnault no escapan al rigor de esta ley.

Arnault es llevado de la mano, en los países que visita, por los respectivos stalinistas del lugar. Esto ocasionará al autor y, por supuesto, al desprevenido lector francés, algunos inconvenientes. Pues además de percibir de modo imperfecto la realidad sudamericana por las razones antes expuestas, esa realidad sufrirá las peculiares deformaciones que le imprimen los guías stalinistas. Libro doblemente desafortunado, como se ve. Ante todo, llama la atención la atmósfera de "clandestinidad" exagerada que le muestran al visitante los stalinistas en la Argentina de Onganía. Arnault pisa papas calientes desde que llega a nuestro país. Las medidas de seguridad son novelescas y prestan emoción de trópico revolucionario al periodista galo. Uno de sus temibles amigos del PC argentino que Arnault designa con la letra B... "me dice que la situación política y la vigilancia policial son tales que serán necesarios algunos días para organizar mi trabajo". A renglón seguido, Arnault cuenta que se ha encontrado con Agosti, conocido dirigente comunista, y se han ido a pasear juntos por la calle Florida, a recorrer galerías de arte. Luego, cerca de la plaza San Martín "Agosti ha buscado el ángulo conveniente y me ha dicho: "Mire: ¿No se creería uno en París?". Se ve que el francés no perdona en sus observaciones a sus propias colegas stalinistas

y que Agosti esquivo bien a la policía cuando pasea por Florida.

La actividad en la Argentina de Arnault, por lo demás, consistía en entrevistas políticas con escritores, sindicalistas y hasta nacionalistas oligárquicos.

Pero las observaciones que recoge de sus amigos de Buenos Aires y que Arnault vierte ante los ojos de su público francés son muy elocuentes. Afirma que la crisis de 1929 "tuvo consecuencias desastrosas. El gobierno de los radicales intentó hacer pagar los gastos a la clase obrera y a las clases medias. No logró contener la ola del descontento". De ahí que la oligarquía, con la ayuda del Ejército, logró derribar a Yrigoyen. De este modo, la causa de la caída del radicalismo se origina en el radicalismo "anti-obrero". Arnault recuerda una reunión con dirigentes sindicales comunistas. Según sus interlocutores, el peronismo ganó influencia sobre las masas en 1943. Esto es falso. El peronismo no existía en ese año y el proceso de contactos y de popularidad de Perón entre la clase trabajadora comienza en 1944 y sólo se pondrá de manifiesto hacia fines de 1945, justamente en el mes infausto del stalinismo, Octubre. "Pero, desde 1948, la agravación de las condiciones económicas conduce a esas mismas masas a participar de movimientos reivindicativos exigiendo a Perón satisfacer sus reivindicaciones". Sólo en Francia podrán creerse tales fantasías. Pero lo mejor viene luego: "En el movimiento obrero la influencia más fuerte la ejerce hoy el peronismo. Pero es menos el resultado de la actividad propia de las organizaciones peronistas que de la utilización del peronismo por las clases dirigentes argentinas"... "¿Cómo sacar de las cabezas de los obreros la ideología peronista? Si logramos cambiar esta mentalidad, todo el panorama argentino se modificará". Tales son las informaciones que los stalinistas de nuestro país brindaron al desprevenido francés. Y si se lograra extraer de las cabezas de los stalinistas el stalinismo, sin duda que los stalinistas dejarían de serlo. No se irá muy lejos con esta metodología. El pobre Arnault ha despilfarrado su tiempo por estas tierras del Sur.

Víctima de las imposturas del partido de Codovilla, Arnault afirma que Perón "soñaba hacer de la Argentina la Alemania de América del Sur. Perón había comprendido el rol de la demagogia nacional... él ha constatado también el partido que podía sa-

car de la demagogia social: ¿no logró ella ganar una gran parte de la clase obrera alemana?”. Se comprende que Agosti y Arnault, nacionalidad a un lado, pertenecían a esa degradada y horripilante versión del marxismo burocrático llamada stalinismo. Comparar el nacionalismo de un país atrasado con el nacionalismo de un país imperialista sólo pueden hacerlo todavía aquellos que no sólo han olvidado a Lenin, sino en realidad quienes no lo han comprendido nunca. Arnault, como buen europeo, parece desconocer que los stalinistas argentinos son como los stalinistas argelinos, que luchaban contra la independencia nacional de Argelia, con gran contento del Partido Comunista Francés, que opinaba lo mismo. Ambos —los comunistas de la nación opresora y los comunistas de la nación oprimida— se oponían al “nacionalismo burgués” de Ben Bella y de los guerrilleros del desierto. ¡Si conoceremos a estas gentes, de donde proceden los que actualmente en la Argentina proclaman “ni golpe, ni elección, revolución”!

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO BOLIVIANO,

por Guillermo Lora, Ed. “Los Amigos del Libro”, La Paz, 1967, I Tomo.

El autor de esta obra es dirigente del Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, se autodefine como “trotskysta” y participó, junto a los stalinistas, socialdemócratas, radicales, liberales y estudiantes de “izquierda”, en la asonada imperialista que derribó en 1946 al gobierno nacionalista militar del Mayor Gualberto Villarroel. Esta “revolución” coronó su triunfo colgando a ese Presidente de un farol en la Plaza Murillo. Las incursiones de Lora por la historia de Bolivia debían ser necesariamente complementarias de su actividad política, como lo

demuestra categóricamente el primer tomo de la obra que comentamos.

La Izquierda Nacional, como expresión genuina del marxismo latinoamericano, ha realizado una obra crítica demoledora acerca de la historiografía oligárquica y burguesa, del mismo modo que analizado los criterios históricos del stalinismo en la Argentina. Es curioso comprobar como ciertos “trotskystas”, a su vez, coinciden con el stalinismo en la común dependencia de los esquemas históricos del imperialismo para juzgar el pasado de América Latina. Este hecho prueba, tanto como la política cipaya practicada por el autor aludido, que la formación de un verdadero movimiento revolucionario en América Latina deberá distinguirse por la recreación completa del pasado histórico, tanto como por la reinterpretación de los métodos de acción política, la historia del ejército, de la clase media y de la tradición cultural deformada.

La obra de Lora es una verdadera “summa” de liberalismo decimonónico apenas teñido por un vocabulario “clasista”. Comienza elogiando la penetración imperialista: “Surgieron ciudades en las cumbres más inhóspitas bajo el aliento civilizador transportado por los ferrocarriles y los aviones” (pág. 29). Sostiene además que Bolivia “a no mediar la presión decisiva del imperialismo yanqui, sería la manzana de la discordia entre sus vecinos que han logrado un mayor desarrollo (Argentina, Brasil, Chile) y cuyo posterior desenvolvimiento parece estar vinculado al control económico y político que pueden ejercer sobre ella”. Lora ha tenido siempre esta predilección por coincidir con los Estados Unidos en la política concreta. Ahora lo hace en el campo de la historia. Pues su tesis consiste en que si no fuera por el papel moderador que ejerce el imperialismo yanqui, sus poderosos vecinos devorarían a Bolivia como ya lo hicieron en otras ocasiones: “guerra del salitre con Chile, guerra del caucho con el Brasil, guerra del Petróleo con el Paraguay” (pág. 32). ¡Los pacíficos Estados Unidos y las belicosas semicolonias sudamericanas! El cipayismo orgánico del autor lo lleva a ignorar la presencia del imperialismo cada vez que este realmente se manifiesta en los hechos. Tal fue el rol del imperialismo inglés en la Guerra del Pacífico, como lo sabe todo estudioso del problema o de la rivalidad angloyanqui en la guerra del Chaco,

que Lora atribuye al guerrillerismo paraguayo. Para que no quede duda sobre su pensamiento, Lora agrega: “Las necesidades de petróleo de Argentina y Brasil, los países mayormente industrializados de América, configuran parte de su política internacional, pues ambos construyen ferrocarriles para poder llegar a las zonas de explotación de ese hidrocarburo”. En “América”, hay otro país “mayormente industrializado” que la Argentina y Brasil. Ese país es Estados Unidos que y no sólo en la esfera del petróleo, es el país “mayormente” influyente en Bolivia, según se sabe

Este desplazamiento de las afinidades políticas de Lora hacia la historia, ofrecerá en este volumen notables sorpresas. En la página 33 nos informa que la creación de Bolivia en 1825 fue obra de “la coyuntura creada por la rivalidad entre las zonas geográficas que formaron parte de los virreynatos coloniales de Lima y Buenos Aires”. Lora carece de información sobre este tema, aunque debería tenerla de su patria chica quien escribe una historia del movimiento obrero. Bolivia surgió como resultado de una Ley dictada por el Congreso rivadaviano de 1825, reunido en Buenos Aires, que decía lo siguiente: “Es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas (las provincias del Alto Perú) queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad”. Semejante Ley, que amputaba las provincias de arriba a la soberanía común heredada de España, contrariaba todos los planes de Bolívar, según lo testimonia su correspondencia con Sucre (que debería leer Lora, sin mengua de los papeles impresos por los izquierdistas de Londres o París, que devora sin cesar) y fue objeto de la incredulidad del Libertador, quien sospechó que tamaño desatino sólo podía ser producto de alguna invención porteña. Aclamada por los explotadores de indios de Chuquisaca y Potosí, encabezados por el sinvergüenza de Olañeta, el célebre Doctor doscaras, esa ley fue el punto de partida para que los cholos apergaminados y parásitos edificasen, con el éxito conocido, su propia parroquia, su escudito y sus nuevas fronteras, a fin de seguir explotando indios en paz, cubiertos bajo el pabellón de una flamante “patria”. Los propietarios de indios, tierras y minas agradecieron a la canalla portuaria de Buenos Aires el obsequio de esta rentable soberanía.

Pero la dependencia de este "marxista" hacia los lugares comunes de la historia liberal oligárquica no conocen término. Afirma en la página 44 que "los grandes países europeos y especialmente Inglaterra, financiaron la lucha de los criollos y les prestaron ayuda ideológica y hasta organizativa. Las logias masónicas, que juegan en esa etapa el mismo papel que los partidos revolucionarios de hoy, cumplieron el rol de verdaderos estados mayores de revolucionarios entrenados para la lucha clandestina. El cuartel general de las logias masónicas se encontraba en Londres. Más tarde los Estados Unidos desempeñan un papel semejante al coadyuvar a los países centroamericanos en sus afanes de emancipación". Cuesta creer que tales dislates puedan ser escritos y publicados por alguien que declama desde hace años frases revolucionarias.

Es falso que los países europeos financiaron las campañas de la independencia, aunque es cierto que en algunas ocasiones prestaron cierta ayuda, según sus conveniencias y según los criollos estuvieran dispuestos a firmar los tratados de libre comercio que ya tenían redactados los hábiles ingleses. El esfuerzo básico, tanto en el orden económico, como ideológico, provino de la propia América Hispánica, del sacrificio de los sectores patriotas pudientes (Bolívar liberó todos los

esclavos heredados de sus padres, que eran 1.000) o de la confiscación lisa y llana de dichos sectores. "Ideológicamente" mal podía ayudar Inglaterra en esa época, que era el centro instigador de la Santa Alianza contra la expansión de las doctrinas de la Revolución francesa. En cuanto a las logias masónicas, es totalmente falso que puedan compararse "a los partidos revolucionarios de hoy" (salvo, quizás, al grupo de Lora) puesto que las logias tenían en América revolucionaria muy distinto carácter político. Unas eran revolucionarias, como la de San Martín, y otras probritánicas, como la de Rivadavia, en el Río de la Plata. La "masonería" no pasaba de ser un sistema de clubes políticos privados, próximos o enemistados entre sí, según fueran los intereses e ideas de sus miembros. Calificar genéricamente a las logias en un sentido u otro, es incurrir en un error pueril. Pero no es nada pueril atribuir a los Estados Unidos (una vieja debilidad de Lora), el papel de generoso aliado de Centroamérica en su emancipación de España. Mientras que la participación de Inglaterra en los asuntos de América del Sur es sutil y encubierta por el velo de las intrigas y el secreto diplomático, el papel desempeñado por los Estados Unidos en los países del Istmo es abierta y brutal: llega hasta el latrocinio del aventurero Walker, que con el

apoyo de los terratenientes sureños implanta la esclavitud en Nicaragua. Los países centroamericanos, contra lo que dice indocumentadamente Lora, no lucharon para emanciparse, de los españoles con el apoyo de los norteamericanos, puesto que se emanciparon sin disparar un tiro. Los tiros y la sangre la habían proporcionado los pueblos de México, Venezuela y Colombia. España estaba demasiado exhausta y demasiado pobres eran los países centroamericanos como para enviar tropas a combatir, contra los patriotas. La intervención yanqui en Centroamérica en fin, no estará destinada a emanciparla, como dice este extravagante autor, sino a oprimirla con los filibusteros de Walker, treinta años después que Centroamérica estuviera emancipada. Estados Unidos (¿es preciso recordarlo todavía?) ya en 1846 arrebató a México los inmensos territorios de California.

Pero los poco afortunados hallazgos históricos de Lora se parecen curiosamente a sus extravíos políticos. ¿Acaso no es la misma persona que declaró en la Universidad de La Paz: "Los trotskystas coincidieron en 1946 con los Estados Unidos al derribar al Mayor Villarreal, pero por razones diferentes"?

(Continuará en el próximo número)

YA ESTAN EN VENTA LOS PRIMEROS 3 VOLUMENES

Revolución y Contrarrevolución en la Argentina

por JORGE ABELARDO RAMOS

Desde su aparición en 1957 se han vendido ya 20.000 ejemplares de esta historia argentina escrita desde un punto de vista marxista y latinoamericano.

Para su mejor difusión, en esta 4ª edición popular la obra total se ha dividido en 5 volúmenes, que pueden leerse y adquirirse por separado.

-
- I. LAS MASAS Y LAS LANZAS (1810-1862) . . . \$ 800.—
Abarca este volumen la Revolución de Mayo, el estallido de las guerras civiles, el período de Rosas, la época de la Confederación Argentina y la dictadura de Mitre.

-
- II. DEL PATRICIADO A LA OLIGARQUIA (1862-1904) . . . \$ 900.—
El mitrismo arrasa al interior, los ferrocarriles extranjeros, la inmigración, el roquismo, la contrarrevolución del 90, la revolución del 80, el anarquismo y el socialismo, los comienzos de la factoría.

-
- III. LA BELLA EPOCA (1904-1922) . . . \$ 1.200.—
Comienza la edad del disfrute oligárquico, las revoluciones radicales, la irrupción del Demos y la primera guerra mundial, las corrientes literarias y el fin de la Argentina criolla.

Aparecen en junio:

IV. EL SEXTO DOMINIO (1922-1943)

V. LA ERA DEL BONAPARTISMO (1943-1970)

En todas las librerías y en Ediciones del Mar Dulce,
Casilla de Correo 5027, Correo Central, Buenos Aires.

LOS LIBROS POLITICOS PARA LA NUEVA GENERACION

La lucha contra la burocracia

por León Trotsky

Indispensable para comprender el ascenso de Stalin y el carácter retardatario de la burocracia soviética: \$ 8,70.

La revolución permanente

por León Trotsky

El célebre libro de Trotsky, con un apéndice que incluye todos sus escritos sobre la revolución en América Latina: \$ 9,60.

Mis peripecias en España

por León Trotsky

Páginas autobiográficas y sus trabajos sobre la revolución española: \$ 6,00.

Lenín como tipo nacional

por León Trotsky

Los principales estudios de Trotsky sobre el fundador del partido bolchevique: \$ 5,00.

La Cuestión Judía

Carlos Marx

Texto completo de la polémica Marx-Bauer, única versión castellana, con páginas de Deutscher, León, y Trotsky: \$ 8,00.

La cuestión nacional en Marx

Jorge E. Spilimbergo

En esta obra se estudia el concepto de Marx acerca de las naciones opresoras y las naciones oprimidas. punto de arranque de la política contemporánea de los partidos revolucionarios en los países atrasados: \$ 3,50.

El socialismo en la Argentina

Jorge E. Spilimbergo

De la izquierda cipaya a la izquierda nacional. Un examen revelador del pensamiento de Juan B. Justo y de las variantes ultraizquierdistas que lo sucedieron: \$ 15,00.

Vida de Scalabrini Ortiz

Norberto Galasso

Una evocación notable del hombre, la época y la obra, indispensable para conocer y comprender la política argentina: \$ 19,80.

Historia de la Gente Decente

Gregorio Caro Figueroa

Desde los tiempos de Güemes la "gente decente" del Norte argentino, como la oligarquía bonaerense se opuso a la soberanía popular y al progreso del país. Es la

bre la concepción del foco historia de esos godos de ayer y de hoy la que narra Caro Figueroa: \$ 9,80.

Historia del stalinismo en la Argentina

Jorge Abelardo Ramos

Una historia crítica, fundada en una extensa documentación, presenta el desarrollo desde 1910 de las corrientes que formarán el Partido Comunista; es al mismo tiempo una historia de la política argentina y de la falsificación del marxismo: \$ 11,00.

Ejército y Semi-colonia

Jorge Abelardo Ramos

Este libro presenta los estudios que el autor ha consagrado a la naturaleza social y al papel político que los Ejércitos pueden jugar en los países semi-coloniales y en particular en América Latina. Asimismo, la obra incluye el ensayo crítico soquerrillero expuesto por el Comandante Ernesto Guevara: \$ 6,00.

Pedidos a

EDICIONES

DEL MAR DULCE,

Casilla de Correo 5027,

Correo Central,

Buenos Aires,

ARGENTINA